

AMERICA



105

Talleres Gráficos del Servicio de Suministros

QUITO - ECUADOR

DIRECTORIO DEL GRUPO AMERICA

Presidente, Lcdo. Humberto Vacas Gómez

Vicepresidente, Dr. Antonio Santiana

Secretario, Sr. Francisco Terán

Tesorero, Sr. Gerardo Chiriboga

Director de la Revista "América", Dr. Darío Guevara

Director de la Biblioteca de Autores Americanos, Sr. Gustavo Adolfo Otero (fallecido)

Procurador, Dr. Aurelio García

Vocales: Sr. Augusto Arias, Dr. Galo René Pérez

Grupo América
Casilla N° 75
Quito - Ecuador



AMERICA



AMERICA

PUBLICACION DEL
GRUPO AMERICA

Director:

DARIO GUEVARA

Fundadores:

Alfredo Martínez

+ **Antonio Montalvo**

Enero de 1959

AÑO XXXII

Nº 105

TALLERES GRAFICOS DEL SERVICIO DE SUMINISTROS

GRUPO AMERICA

Casilla N° 75

Quito - Ecuador



Dr. Dn. Eduardo Salazar Gómez

DUELO DEL GRUPO AMERICA

En la primera mitad del año pasado, la muerte segó dos vidas ilustres del Directorio del GRUPO AMERICA. El 8 de febrero falleció el Dr. EDUARDO SALAZAR GOMEZ, mientras se hallaba en ejercicio de la Presidencia de la Institución. El 1º de junio, otra vez la parca quiso privarnos de otro compañero: Dn. GUSTAVO ADOLFO OTERO, Director de la Biblioteca de Autores Americanos. Ambos recibieron el tributo póstumo de la Entidad. Hoy rendimos el homenaje de AMERICA, por intermedio de la tildada pluma de Dn. Augusto Arias.

RECUERDO DE SALAZAR GOMEZ

En Eduardo Salazar Gómez se relacionaron armoniosamente, conjugándose en los perfiles de una personalidad, la grandeza del ciudadano en cuya fe no se apaga la esperanza en una Patria mejor, con la bondadosa levadura del hombre sin acerbidades ni enconadas aristas de lucha; del amigo presto al servicio y al consejo; del organizador y el dirigente que se mantiene igual en los cargos encumbrados como en los de la colaboración sin mayor nombradía, en los que se prueba la voluntad del trabajo, sin anhelo de retribuciones ni ambición de aplauso.

De hoy más, y cuando el "occiduo sol" de los muertos resplandezca sobre las rivalidades, haráse el elogio de los valores de Eduardo Salazar Gómez, en los diversos campos de su actividad intelectual y cívica, llevados con ejemplar constancia y ánimo de aleccionadora marcha, desde sus días estudiantiles en los cuales anima el verso y traslada a estos Andes, para aclimatar en delicada versión de justas galantes, el aire de

los Juegos Florales, o se disciplina para los viajes futuros de su conocimiento en la letra de las ciencias públicas, o abre los volúmenes del Derecho Político y del saber de la economía, o va por la reviviscencia de la Historia en busca de la pasión o el destino de los pueblos.

Obra numerosa, varia e intensa, la de Eduardo Salazar Gómez, como para dar razón a la verdad de que el tiempo parece domarse y crecer ante el conjuro de la diestra laboriosa, su misma fecundidad y la parsimonia de que se revestia y la falta de atuendo con que se produjo, no nos dejó el espacio para clasificarla y encarecerla justamente: los trabajos del escritor que a poco de abandonar el lírico pensamiento en el que florece toda la virtud adolescente, trazó las páginas del estudio jurídico, las interpretaciones de la sociología y los libros alimentados con la savia relacionadora y didáctica del ensayo, por los que circularon así su visión de los países y de las épocas, como su terruñal idea, su devoción patria, que constituyen la unidad esencial de sus escritos, y a la que se concretan sus fervores, románticos y prácticos, de crítica y de esperanza, acicateados por la comparación de los climas y el aprecio de las latitudes del mundo que le fue dado medir mientras se aguzaba en el motivo de posibilidades ecuatorianas carentes de estímulos propicios para crecer y fructiferar; de aspiraciones que, como en la parábola del hombre ecuatorial, estuvieron destinadas a vida breve o a truncaada promesa.

Anduvo Eduardo Salazar por países de América y Europa, y en ellos no sólo que mereció acogida por sus talentos, ya que sus iniciativas dieron triunfo a las empresas, y brillaron en los Congresos y las Academias las luces de su inteligencia. Así fue de los primeros en certámenes internacionales, y si sus ensayos acerca de problemas americanos o de las convulsiones de nuestro hemisferio, encontraron lectores y comentaristas en los territorios bañados por el Pacífico o el Atlántico, entróse, como todo sudamericano de verdadera sensibilidad democrática, por las páginas de José Martí, por las de sus versos sencillos y sus artículos despejadores, y fue, por lo mismo, de los mayores amigos de aquel en cuya frente en golfo amaneció una América hecha a imagen y semejanza de los anhelos del hombre que ha de salvarse igualmente de la condición del siervo o de la del verdugo.

No ha mucho, de regreso de su último viaje, estuvo en la mesa directiva del Grupo América, para disponer planes de labores, para estimular con su palabra, y, en sentenciosa fra-

se, expresar su admiración por la obra literaria que no enciende recelos ni deja lastimaduras, y suele burilar nombres en gloria tranquila, mientras se agitan torbellinos de lucha y el libro del político no puede compaginarse en entera lealtad, ni son sus capítulos más sinceros los que sirven para vencer o conquistar.

Ha pocos días escribió una carta, con su conocida sobriedad en llamamiento a la unión y a la concordia. Al releerla, hemos pensado en que el ejemplo de ecuatorianos como Salazar Gómez, caballero del civismo y en no pocas veces señal de holocausto, debiera servir para un más sereno y justiciero aprecio de los valores, en nuestro ambiente que desaprovechó a sus mejores hombres o les hizo víctimas de los engañosos vaivenes de la política.



Don Gustavo Adolfo Otero

GUSTAVO ADOLFO OTERO

Fue la de Gustavo Adolfo Otero obra de consagración verdadera, a la que no interrumpieron ni los triunfos ni los desengaños, burilada en partes como a cincel de pensamiento, y abierta, en otras, a las brisas universales de su destino de andar y ver. Fundamentalmente escritor, ejerció con singular decoro las funciones de la diplomacia, y como hombre de letras supo que el libro y el artículo son los más ágiles medios de comunicación entre nuestros países, y con ellos triunfó contra una limitada parte de las opiniones que pretenden que el diplomático debería consagrarse exclusivamente a los protocolarios papeles.

Otero fue de los diplomáticos y escritores guiados por una voluntad generosa y justa de hablar de los valores de su Patria. En cuantas veces se trató de buscar en el panorama intelectual de la tierra del Altiplano la obra de sus historiadores y de sus periodistas, de sus oradores y poetas, de su novela y ensayo, las apuntaciones de Otero valieron tanto por su certeza como por su sobriedad. La monumental *Historia de la Literatura Universal* de Prampolini, incluyó por lo mismo, su estudio sobre las letras bolivianas y en la continuidad de su devoción trazó en varios libros el ensayo de Bolivia, que es el de su historia y su carácter, de sus pasiones y esperanzas, de su afirmación y su flaqueza. Libros de tal savia son *Cabezas*, *El Hombre del Tiempo Heroico*, *La Vida Social del Coloniaje*, *La Piedra Mágica*, *Estampas Bolivianas*, *Estilo y Forma de Bolivia*.

La Piedra Mágica es el libro acerca de la vida y costumbres de los indios callahuayas de Bolivia. En sus páginas sigue el lector a los callahuayas, a los aymaras. Viaje que descubre, en el brillar y en la reciedumbre de la mágica piedra, así las creencias como las devociones, el saber y el presentir, el reproducirse y el morir, de nuestro lejano hermano de Bolivia, el aymara, dueño de una metafísica y al que nosotros le dimos, por intermedio de nuestros incas, una influencia religiosa.

Varios de sus libros editanse en prensas ecuatorianas. En uno de aquellos se refiere a figuras señeras de la cultura bo-

liviana. En otro ensayo habla de sus líricos. De Ricardo Jaimes Freyre que funda una estética nueva y cuya poesía es música pensativa y geometría elegante. De Gregorio Reynolds, artífice parnasiano que nos da poemas de dramatismo, sobrecogidos a veces por los vientos del Ande. De Franz Tamayo, que pasea por las eurítmicas letras de los griegos, por los países de la cultura occidental, pero que, como en un regreso, plantea en un día su profesión de fe indígena y su amor por el nuevo Prometeo de la raza.

Pero no sólo se queda en sus estancias de apretadas elevaciones, en el autóctono solar del que salieron palabras comunes a nuestros pueblos, como las propias suyas, como las de Alcides Arguedas. Sale a los vientos de América, y escribe una Historia del Periodismo en nuestro continente, en la que relaciona, con necesaria sincronía, el suceder boliviano con el de otras naciones afines o fraternas, o antagónicas si se quiere, no obstante sus ancestrales parentescos.

Vivió en países de América y Europa y en todos ellos buscó los libros y dio los libros. Ministro Plenipotenciario de Bolivia en el Ecuador, en la penúltima época, aquí le tocó cumplir su destino de "exilado voluntario". Suerte no extraña en la turbulenta historia de la política de nuestras tierras que ha parecido constituirse, en algunas veces, como en una conspiración contra los valores positivos.

Pero aquí encontró estimaciones verdaderas. -La Universidad le ofreció una Cátedra en homenaje a su inteligencia y saber, y un honroso título con sellos ecuatorianos. Su último libro, "La Estética de la Conducta", salió de prensas universitarias. Por allí flota alguna brisa de Platón, como si hubiese llegado, modernizada, hasta nuestros días, o se aclara con alguna de las doradas tardes del Túsculo de Cicerón, cuando el filósofo de La Amistad y La Vejez disertaba a propósito del modo de hacer llevaderos los sufrimientos o creía en la eternidad del alma. Libro al propio tiempo idealista y práctico, de un sabroso eclecticismo, como guía de caminantes, útil, así para el viajero novel como para el andariego frustrado, y que dibuja la belleza de la conducta contra las flaquezas de la simulación y el oportunismo.

Otero volverá a su país, en mortal resumen, pero Ecuador compartirá de sus libros, varios de ellos escritos en la vigilia de sus horas quiteñas.

**EL GRUPO AMERICA RECIBE
SOLEMNEMENTE
EL RETRATO DE CERVANTES**

11 DE OCTUBRE DE 1956



Don Miguel de Cervantes y Saavedra

DISCURSO DEL SECRETARIO GENERAL Dr. ANTONIO SANTIANA

El Grupo América de Quito rinde homenaje a España y sus representantes. Una vez más, el estrecho y viejo contacto entre españoles y ecuatorianos se afirma a la luz de la colaboración intelectual. Dos de los calificados miembros de nuestro Instituto, los Sres. Isaac J. Barrera y Guillermo Bustamante, concurren al Segundo Congreso de las Academias de la Lengua Española, reunido en Madrid. Y uno de ellos, el Sr. Bustamante, recibió del Instituto de Cultura Hispánica el honroso encargo de traer y hacer entrega al Grupo América del óleo de Cervantes. Un rasgo de la hidalguía española que sabemos apreciar debidamente. A pocas horas del clarear del 12 de Octubre, los miembros del Grupo América acudimos a nuestro cuartel de letras para recibirlo, y hemos requerido la presencia del Sr. Ministro de Educación, Dr. Enrique Arroyo Delgado y de Don Luis Soler y Puchol, ilustre Embajador de España.

Bustamante y Barrera no han sido los primeros peregrinos de España salidos de nuestras filas, ni serán los últimos. Les precedieron hombres tan destacados en las letras como: Gonzalo Zaldumbide, Gustavo Váscones Hurtado, Augusto Arias, Luis Bossano, José Rumazo González, Humberto Toscano y Neptalí Zúñiga. Por otra parte, intelectuales españoles tan distinguidos como Alfredo Sánchez Bella, Antonio Jaen Morente, Ernesto Jiménez Caballero y algunos otros, golpearon las puertas de nuestra casa de estudios. Hay pues tradición de cordial y asidua amistad entre el Grupo América y las instituciones culturales españolas. Y esto, aunque muy valioso, no es todo. El Grupo América organizó en 1947 la Exposición del Libro Cervantino, la cual llenó estos mismos salones. Gracias al aporte de la Embajada Española, presidida entonces por Dn.

Luis Avilés, y de varias instituciones, el pueblo de Quito pudo ver cuanto se ha escrito, desde qué tiempos y en qué variadas formas sobre Cervantes y su obra. Gracias también a gestiones realizadas por el Sr. Avilés —a quien el Grupo América tributa su homenaje póstumo— y mas tarde por el Embajador Don Antonio Villaceros y Benito y el Secretario de la Embajada, Don Ernesto La Orden y Miracle, la biblioteca del Grupo América se vio enriquecida. Fue aquel el momento culminante y grato de nuestra colaboración, que deseamos prosiga con empeño renovado y a través del canje de publicaciones, de cursos y conferencias o del intercambio de trabajos.

Para el hombre de estudio que deja los solares andinos y va en pos de la cultura occidental para asimilarla en sus fuentes, no puede haber visita al mundo europeo que no comience en España. No hace falta gran cultura para constatar que España ha sido y es, ante todo, espíritu. Espíritu en sus más variadas y fantásticas manifestaciones. Espíritu hay en el donaire y la gracia de su mujer, en el orgullo de su pueblo, como en la aventura de Juan Sebastián de El Cano. Desde el misticismo de Ignacio de Loyola y Teresa de Jesús hasta el furor anárquico de sus revolucionarios. Hernán Cortés quema sus bajeles ante las puertas del Imperio Azteca, y el Padre Las Casas se traba en polémica ardorosa con Ginés de Sepúlveda. Entre Murillo y Picasso queda un trecho que colma el espíritu. Por último, ese perseguidor de las formas en el tejido nervioso, moderno aventurero movido como los otros, como todos, por sed de descubrimiento, posee una voluntad que sirve a su ideal. Concluimos así que, el que crea es el espíritu y sobrevive el que lo posee; por ello la mejor definición de España es la de Augusto Arias: "España Eterna".

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL Sr. GUILLERMO BUSTAMANTE

Tuve a honra y fue para mí motivo de complacencia asistir al II Congreso de Academias de la Lengua, reunido en Madrid el 22 de abril del año próximo pasado. Un Congreso de sabiduría, de gentileza y cordialidad. Fiesta familiar lo llamaría yo, en que la Madre España, cargada de siglos, embebida de historia y embellecida de arte, estuvo rodeada cariñosamente de sus hijas de América que, representadas por sendas delegaciones, se congregaron en la augusta y elegante sala de actos de la Real Academia para tratar de los problemas de su patrimonio común: el hermoso idioma castellano, que es gloria de todas ellas y vínculo indestructible que las acerca y las hermana.

Asamblea fue aquella, del talento y del bien decir, en la cual, aparte del estudio que se hizo del lenguaje, el sentimiento materno y la gratitud filial hallaron bella y florida expresión, y en donde se puso de manifiesto la ufanía que sienten todas las naciones americanas de habla hispana, de haber nacido de la España descubridora.

Allí, presididos por altos Magistrados y por la pequeña gran figura del ilustre filólogo y venerable Director de la Real Academia Española, don Ramón Menéndez Pidal, quien, en un día ya remoto, posó su planta en la cumbre del histórico Pichincha, se destacaron, entre otros, con pleno dominio del idioma y con relieves de superioridad intelectual, hombres consagrados por la fama como sabios humanistas y profundos pensadores. Un Gregorio Marañón, médico y literato notable, cuya ciencia y cuyos libros le han conquistado, entre lectores y pacientes, una selecta y numerosa clientela, pronuncia, en términos brillantes, el discurso inaugural de las sesiones; y un Aurelio Espinosa Pólit, en quien no se sabe qué admirar más, si su sapiencia de maestro o su santidad de sacerdote, da

respuesta magnífica al anterior, proclamando que "la lengua española es una reina con cetro y con corona". Un García Sanchiz, simpático trotamundos de larga melena encenizada por el polvo de todos los caminos y llena la imaginación de cielos y paisajes de diversas latitudes, que conserva los más gratos recuerdos de sus andanzas por América, luce su fácil elocuencia en una amena charla al entregar, para los congresistas, en nombre de un curioso investigador, el facsímil de la carta en que Cristóbal Colón, allá por el año de 1493, daba cuenta del encuentro del Nuevo Mundo. Este García Sanchiz, mago de la palabra, al referirse a su visita al Ecuador, hace una admirativa alusión a la maravilla del Chimborazo y a la gentil hospitalidad que brinda nuestro pueblo. Un Chacón y Calvo, representante de esa renombrada isla antillana que un día floreció en impecables sonetos heredianos y en sublimes heroísmos emancipadores, habla con tono conmovido en el homenaje a la memoria del eminente polígrafo montañés, don Marcelino Menéndez y Pelayo, con ocasión del primer centenario de su nacimiento, rememorando la amistad intelectual que, en lejanas épocas de juventud, le uniera con el autor de la "Historia de la poesía de América", al cual le faltó vida para escribir lo mucho que tenía pensado en el inmenso laboratorio de su mente. Por último, un José María Pemán, inspirado y fino poeta y comediógrafo de los mejores, gran señor del ademán gallardo y la frase galana, en una pieza oratoria de gran vuelo que mantuvo por largos instantes pendientes de sus labios la atención del auditorio, clausura las labores del Congreso, convencido de que, al hablar el castellano, "manejamos un instrumento de universalidad, ofrecido a la paz y al acercamiento de los hombres".

La recepción a los académicos que llegaban de América y su instalación en Madrid, lo mismo que todos los agasajos en su honor y las visitas a lugares históricos, corrieron a cargo del Instituto de Cultura Hispánica, que colmó de atenciones a los distinguidos invitados. Su diligente Director, señor Alfredo Sánchez Bella, y el culto personal de colaboradores que lo secunda en sus actividades, procuraron en todo momento, con su amable don de gentes y su admirable sentido de organización, que los congresistas hispanoamericanos y filipinos tuviesen la sensación de que, al hallarse en España, no se habían ausentado de su propia casa.

Entre las atenciones del Instituto de Cultura Hispánica, me es grato señalar una muy especial para nosotros: el valioso

obsequio de un retrato al óleo del inmortal don Miguel de Cervantes para la galería de personalidades ilustres que está formando el "Grupo América".



Todos sabemos que la cultura española que vino al Nuevo Mundo con los conquistadores fue la fuerza espiritual que infundió vida civilizada en el alma de los pueblos americanos. Y si fruto inigualable de esa cultura fue en la España del Siglo de Oro el portentoso ingenio de don Miguel de Cervantes y Saavedra, de igual modo, aquí en el Ecuador, tres siglos más tarde, sorprendente producto de esa misma cultura fue también el vigoroso talento de don Juan Montalvo.

Estos dos grandes nombres se immortalizaron en la Historia con la creación de estupendas obras conocidas por todos como dechado de perfección literaria, como tesoro de profunda y moral filosofía y como singular modelo para el buen gobierno del idioma castellano.

Libro extraordinario, monumento él mismo erigido a la soberana inteligencia que lo concibió, y que ignorarlo vale tanto como no conocer la radiante luz que brilla en el espíritu, es aquel que lleva por título: "Don Quijote de la Mancha", para cuya mayor difusión vino pequeño el mundo, y el aplauso universal fue insuficiente premio a su grandeza y hermosura. Libro en el cual su esclarecido autor, el famoso Manco de Lepanto, en los dos personajes que hacen de protagonistas de la obra: idealista hasta la demencia, el uno; obsesionado utilitarista, el otro; encarnó y simbolizó, de manera asombrosa, los sueños y los apetitos que inspiran y mueven todos los actos de la Humanidad.

Por su parte, Juan Montalvo trasladó a su obra cumbre de los "Siete Tratados", todo aquello que en su inmenso corazón palpitó con amplio latido de generosidad y de nobleza; todo aquello que en su cerebro poderoso fulguró con destellos de belleza grandiosa y peregrina y tomó formas y expresiones de arte eterno. Lo que su pasmosa memoria acumuló de las visiones contempladas en la muerte civilización pagana; y lo que como creencia en un Dios todo bondad y misericordia vivía en el fondo de su alma comprensiva y religiosa, allí, en ese su libro magistral, tienen luminosa página imperecedera para deleite de lectores de despejado entendimiento y refinado gusto.

Caballeros de un alto ideal de libertad y dignidad huma-

nas; batalladores fervorosos contra los agravios y las injusticias; defensores infatigables del débil y del oprimido, tanto el desafortunado hidalgo de Alcalá de Henares, —víctima él mismo de infamias, villanías y desprecios durante su azarosa vida—, como el apasionado ambateño que paseó sus rebeldes sueños tormentosos por los apacibles jardines de Ficoa, —cuando no por los tristes caminos del destierro—, hicieron de la palabra ora fino estilete de la ironía con que herir y ridiculizar la vanidad y la pedantería de los necios, ora invencible lanza con que arremeter contra la soberbia y el despotismo de los poderosos. Si el primero lucha en las desérticas llanuras de la Mancha contra fantásticos gigantes que se transforman, por arte de hechicería, en molinos de viento de descomunales aspas arrolladoras; el segundo, en el escabroso terreno de la política, combate sin tregua contra reales y verdaderos gigantes de la tiranía y el abuso del poder constituídos en Presidentes de una República.

La lengua de Castilla, —timbre de orgullo y límpido blason del escritor que sabiamente la maneja—, llega en las producciones literarias de estos beneméritos letrados al pináculo del primor y la excelencia.

Quien ha sentido florecer en los labios la inevitable sonrisa que provocan los extraños sucesos del "Caballero de la Triste Figura"; y se ha recreado leyendo los "Capítulos que se le Olvidaron a Cervantes", unidas llevará para siempre, en un solo recuerdo, las imágenes imborrables de los dos más sobresalientes cultivadores de la prosa castellana.



Hace pocos días nuestra Institución inauguró solemnemente la galería de los hombres que se han distinguido en el campo de las letras, con el retrato del exponente máximo de la intelectualidad ecuatoriana, el gran "Cosmopolita", regalado por el ilustre Municipio de Ambato. Y la feliz casualidad ha querido que cerca de él venga a ocupar sitio de honor el óleo de Cervantes, figura excelsa, lustre del idioma y prodigio de estilo, en quien Montalvo, que fue su más lucido imitador, halla el ejemplar más perfecto del precioso arte de escribir bellamente, esto es, con inteligencia, sentimiento y erudición.

Si estos geniales escritores tienen en sus obras innegables puntos de contacto y se asemejan tanto entre ellos, hasta el extremo de casi identificarse en el admirable Quijote creado

con sin igual maestría por el ingenio español e imitado con no menos pericia por el ingenio ecuatoriano, no obstante que el mismo Montalvo lo tuvo a ese libro como inimitable, nada más puesto en razón que colocar sus retratos aquí, uno al lado del otro, para que, juntos, sean objeto de una misma devoción en este nuestro santuario de la cultura.

Al entregar al Sr. Secretario General del "Grupo América" el magnífico presente del que he sido alborozado portador, ruego al Excmo. Señor Embajador de España se digne descubrir el rostro de su insigne compatriota, —rostro familiar ya y venerado entre los literatos de habla castellana— para rendirle, una vez más, el sincero tributo de nuestra profunda admiración.

DISCURSO DEL Sr. EMBAJADOR DE ESPAÑA DON LUIS SOLER Y PUCHOL

Señor Secretario General del "Grupo "América"; Señor Don Guillermo Bustamante, Señores:

Honrado con vuestra invitación tan llena de ternura y gentileza para que, como símbolo de lo que tan sensible fe es representar, tuviera presencia España en tan solemne acto, tan sólo debiera decir un "gracias" salido del fondo de mi corazón, porque otras palabras nunca alcanzarían a definir, exactamente, ni el momento ni la emoción. Y, además, porque al enviaros España, en su Instituto de Cultura Hispánica, este retrato de tan dilecto hijo, el genial complutense, traído a Quito por tan buen portador, ya estaba dicho mucho; y al colocarlo en puesto de tal honor junto a tan preclaro ecuatoriano, ya estaba dicho todo. Y, aún, más en este simbólico expresar, pues que al concederme la alta distinción de descubrir ante vuestra presencia "el rostro inmortal de mi insigne compatriota", lograsteis, con vuestro rasgo, poner el más bello **estrambote** a tan sublime soneto; porque para el alma, el impulso y el gesto, es lo que vale y, así, aquí en este altísimo lugar en donde se viven las más nobles esencias espirituales, ya se ha pronunciado en hechos, la más hermosa frase que define nuestro mutuo amor.

Este mutuo amor que hoy debe culminar en nuestros corazones, ya que por vuestra delicada voluntad habéis querido nos reunamos en tan emocionante solemnidad, en visperas del 12 de Octubre, como pórtico y antesala de ese Día de Raza e Hispanidad, en que los pueblos de habla hispana hemos de celebrar y defender en apretado abrazo, nuestro alto significado espiritual.

"¡Palabra mágica la de Hispanidad, plena de esencias de

tantos siglos de vida en común, de tesoros espirituales de nuestros pueblos, de nobleza y de común estirpe; que llenan de contenido eso que hemos dado en llamar civilización occidental, nunca mejor representada que por el espíritu común de nuestros pueblos", y nunca mejor entrelazada y trabada y expresada que por nuestro común idioma!.

Así, Guillermo Bustamante, en su prosa rotunda, clara, bella y precisa, modelo de la lengua, exclama: ¡Qué bueno sería para idioma de la Humanidad, este idioma en el cual se expresaron Juan Montalvo; y Santa Teresa de Jesús; y Rodrigo de Triana cuando dio el grito gozoso de ¡Tierra!, y Simón Bolívar, desde su lecho de muerte pidiendo "Unión y Paz"...!

Bien están, pues, como símbolo de este idioma en que se expresaron en tonos de sublimidad y arrebatos poetas, santos y héroes, Montalvo y Cervantes, forjadores de idioma, pulidores de idioma y maestros del bien decir y del mejor soñar; almas gemelas en el ideal y hasta en el dolor; sonoros ríos paralelos que desembocan en un mismo mar. Caballeros de la aventura y lo imposible que persiguieron al Sol en su quimera.... Por todo eso, pudo el uno llegar al otro, en prosa y en sentir que bien se igualan, con aquellos "Capítulos que se le Olvidaron a Cervantes", que, modestamente, llamaba su autor "ensayo de imitación de un libro inimitable", que fue para mayor gloria su obra póstuma; obra que como la original del **ingenioso Hidalgo** que injerta y amplía, es ante todo humana, como el dolor que amarga la vida, como la risa, del placer servidora, como la esperanza en el soñado ideal que nunca llega y por el que en balde se lucha, como la esencia poética de todo espíritu que en vuelo de incienso se eleva a las etéreas regiones de la fantasía... Póstuma obra que vino a corregir al "nadie las mueva", con este colofón, que bien puede cerrar la "Historia del Divino Loco" y, aún, volver definitivamente la última hoja.

Yo os doy gracias a todos en nombre de España, en el mío propio y en el de este grupo que representa la Colectividad española residente en Quito y que preside Don Oscár González Artigas, por esta deferencia, por esta presencia entre vosotros "Grupo de América", que me proporcionáis y por este agasajo, en fiesta de hermandad, y en vísperas de la fecha memorable y memorada. Gracias por tan sentidas palabras Dr. Santiana y gracias de todo corazón admirado Guillermo Bustamante, por las frases tan bellas de hoy, dedicadas a esta veneranda figura de la Raza hispánica, ya tan inseparablemente

vuestra: de todos nosotros; y mi compatriota y paisano por nacido en esa modesta provincia de Madrid graciosa, buena y sutil, llena de sol y de encanto de la vida que el evocarla aquí es como una brisa venida del Guadarrama azul a este país de ensueño... Y gracias, también, por las frases de otros días, "palabras de ayer", en las cuales se desliza o se impone, siempre, en la más bella prosa castellana, un elogio y un amor a España que unas veces adquiere gesto de reflexión y comentario, otras es exaltación y otras se sublimiza alcanzando, como la caricia de una oración, términos que tan sólo se pueden escuchar en silencios de almas: "España y Santiago de Compostela"; "Siembra de espiritualidad"; "Audaz esfuerzo español fue el descubrimiento del Nuevo Mundo"; "Obra titánica de los españoles en América"; "Formación del Alma de los pueblos"; "La Literatura Hispánica..." Y esa admirable glosa de las poesías de Cristina de Arteaga que fue Marquesa de Laula y, hoy, es ideal de perfección en la santidad de un claustro, donde puede decir como la Santa Doctora de Avila: "la vida hasta aquí era mía; la que vivo en adelante es que vive Dios en mí".

Esto es comprensión de hispanidad e hispanidad misma desgranada y sentida, hora tras hora, en el fervor consciente de una vida. ¿Qué más que pueda emocionar a un español y más si éste es Representante de la España lejana que vosotros la hacéis presente por vuestro noble amor?. Contestar no podría y, así os ruego de me guarescer de dar réplica a lo que por su valer y por su valor debe quedar quieto, defendido en su quietud por un eterno "noli me tangere".

Todos tenemos en nuestras almas un sentimiento, un recuerdo algo íntimo, que es un pedazo de nuestra existencia, y lo dejamos inmutable y peremne en medio de la continual renovación de nuestra vida. Es, cómo diría yo?. Nuestra Capilla oculta. Y, así ha de quedar en medio de mi existencia este remanso que me habéis ofrecido donde los siglos velan por lo imperecedero, que es como volver a vivir lo eterno al hacerse actualidad; el espíritu que es lo que nunca muere: Así, nuestra santa hermandad espiritual.

DISCURSO DEL SEÑOR AUGUSTO ARIAS

(Reseña)

Para cerrar el acto, el señor Augusto Arias, en nombre del "Grupo América", agradeció al Instituto de Cultura Hispánica por la donación del óleo de Cervantes, fina copia del retrato original, atribuido a Juan de Jáuregui, del autor de Don Quijote de la Mancha. Se refirió, en evocación de Madrid, a la calle de Lope de Vega, en donde vivió y murió Cervantes, en casa frontera a la del insigne dramaturgo, y en cuya esquina se levanta la casa de Don Francisco de Quevedo. Recordó de los afanes de Cervantes y de Quevedo por venir a tierras de América, y de la galante cita de Lope de Vega, en su "Laurel de Apolo", de nuestra riobambeña doña Gerónima de Velasco. Expresó que Cervantes, para quien alguna vez el Ecuador pudo dibujarse en su deseo de conocer el Nuevo Mundo, ha venido en sus libros, en sus influencias, en los Capítulos de Montalvo, y ahora en efigie, para decorar dilecto sitio de la Biblioteca de Autores Hispanoamericanos y de España, en el "Grupo América. Recordó a Don Alfredo Sánchez Bella, Director del Instituto de Cultura Hispánica, refiriéndose a sus cordiales y eficaces labores en orden al acercamiento entre España y América, y a sus invitaciones para el viaje de escritores ecuatorianos, singularmente del "Grupo América", lo que ha hecho posible la intimación con España y sus ciudades, de frutos algunas veces magníficos en el libro y el ensayo. Mencionó elogiosamente a nuestro consocio Don Guillermo Bustamante portador del retrato de Cervantes; al Excmo. Embajador de España, Don Luis Soler y Puchol, continuador digno de la obra de sus antecesores, Luis Avilés, Antonio Villacieros y los Secretarios, Ernesto La Orden, autor del bello Elogio de Quito y Félix Sansebastián; y dijo finalmente, en su improvisación, que los espíritus elevados tal como el de Cervantes y Don Quijote, guíen a nuevos ecuatorianos para su conociemien-

to de España y a los que ya la han visto, a un retorno que les permita seguir por sus caminos con una mayor pausa, marchando por la ruta del Ingenioso Hidalgo, que comienza a extenderse desde Madrid y traza su mapa de aventuras por campos de La Mancha, en los cuales, aún cuando ya no existen todos los molinos de viento de la época del flaco Caballero, hemos de reconstruirlos en imagen para saber que ya no dan con las aspas a nuevos Quijotes, pero ensayan un volteo eterno como la esperanza.

**Homenaje
a Gonzalo Zaldumbide**

21 de Noviembre de 1956



Don Gonzalo Zaldumbide

DISCURSO PRONUNCIADO
POR EL Dr. ANTONIO SANTIANA,
SECRETARIO GENERAL DEL "GRUPO AMERICA"

Es para mí grato y honroso cumplir el encargo de ofrecer el homenaje que el "Grupo América" tributa a su ilustre socio, el Sr. Dn. Gonzalo Zaldumbide. Así nuestra Institución, una de cuyas finalidades es conocer y valorar las actividades literarias y científicas de sus miembros, darles apoyo y estímulo, no sólo cumple un deber sino que, con el suyo, se asocia a los actos de reconocimiento que en forma tan espontánea y justa le ofreció el pueblo del Ecuador.

No creais por otra parte estimado compañero que el "Grupo América" os lo ofrece por razones de mero cumplimiento social, por un ritualismo o deber de reglamento. En el acto al que os hemos invitado hay mucho más. Nuestros distinguidos consocios, los Sres. Gustavo Vásconez Hurtado y Humberto Vacas Gómez, harán un estudio de vuestra obra literaria tan detenido como lo permite el tiempo, y ellos os dirán, considerándola con la severidad de los especialistas, lo bueno y positivo de la misma. Ubicado en el humanismo, yo sólo podría abordarla a través del frío y severo método de examen científico, inaplicable en este caso; sin embargo, mi palabra puede adquirir cierto valor al reflejar el concepto del hombre corriente. Y así desde esta posición desfavorable y ventajoso al mismo tiempo, abarco con ojos empíricos el ya vasto panorama de las letras ecuatorianas y descubro, entre otras, vuestra cima, que se levanta granítica y audaz como desafiando al tiempo. Tiene contornos precisos y sobrevivirá a los cambios, incluso los de vuestra existencia material.

Al considerar vuestra obra en su desarrollo genético, es decir siguiendo su desenvolvimiento temporal, nos damos cuenta de que vuestra vocación poética actuó no por azar y contingencia, que no mariposeaba ni buscó circunstancias, sino que

tuvo sentido histórico en el proceso ordenado de su producción, una visión con finalidades de supervivencia. Fuerza que se genera en el suconsciente y aflora a la conciencia tomando definidas formas. Tal anhelo de perdurabilidad, aunque no bien definido al principio, os llevó a cuidar vuestra obra como el asunto más serio de la vida, y así lo era puesto que era su finalidad. Esta es la razón por la cual guardasteis vuestra *Egloga Trágica* durante cuarenta años, abandonándola a un olvido aparente, que era en realidad cuidado amoroso del trabajo de juventud. El *Fausto* de Goethe estuvo toda la vida sobre el escritorio del autor. Salir de la adolescencia para encontrarse con un mandato interior, férreo e inapenable, y sacar fuerzas de debilidad para cumplirlo trabajando durante la vigilia y el sueño, en las horas gratas y las horas tristes, esto es lo que se llama tener vocación.

Se advierte pues que lo que a Zaldumbide le agitó no fue el éxito momentáneo como se evidencia en esas caras siempre alegres; su rostro es preocupado y grave, casi melancólico, como si tuviere en estudio un problema irresuelto.

Aunque la crítica literaria es el objeto de la presente reunión, me permito opinar que los rasgos esenciales de la personalidad de Zaldumbide, ya constantes en sus primeros trabajos, son los siguientes: la definida vocación que le lleva a buscar, hasta sin propósito, la palabra más hermosa para colocarla en el lugar más correcto. Esto es su adoración de la forma. Luego tenemos ese sentimiento de permanencia que brota de las profundidades de su espíritu y está presente en todas y cada una de las páginas de su obra. Pero él, aunque adora la forma ideal, no quedará satisfecho al lograrla como es la debilidad de ciertos escritores. Como Goethe, como Shakespeare, se vale de la hermosura de la frase para servir a las ideas y este rasgo de su temperamento consta ya en *Egloga Trágica*. Observa con austeridad científica y dice luego con honrada discreción. Es un idealista que parte de lo real y se satisface con lo que buenamente obtiene porque sabe, como Dostoiewski, que no hay nada más fantástico que la realidad. Tampoco es de aquellos que escriben para deformarla según los prejuicios, tendencias y banderías políticas que se agitan en su alma. Profesa el respeto del arte, del idioma, del público y de sí mismo y jamás desciende a lo vulgar menos a los canallescros, ni en las formas de expresión, ni en el relato y contenido de los hechos. Ama sinceramente y realiza con pulcritud la vieja consigna del "arte por el arte" y hasta él

no llega ningún eco utilitario. Es, por fin, libre, y no podría concebir ni realizar trabajo literario alguno bajo consigna o directiva.

Con tales fundamentos, con tal obra Gonzalo Zaldumbide se ha ganado el homenaje que a esta hora le ofrecen sus compañeros y amigos del "Grupo América".

GONZALO ZALDUMBIDE Y SU OBRA LITERARIA

Conferencia pronunciada
por el Lcdo. Humberto Vacas Gómez

Caracteres graves revistió para mí el mandato del "Grupo América" de preparar un comentario sobre la producción literaria de Gonzalo Zaldumbide para leerlo en esta sesión de justo homenaje al gran escritor. El honroso encargo excedía mis capacidades y la estrechez de tiempo limitó mi afán de sustituir, por lo menos, la eficacia con la extensión, lo penetrante con lo elaborado. Juzgué siempre difícil intentar una exégesis de obra tan variada y dispersa a lo largo de cincuenta años y al hacerlo lo confirmo y confieso que resultó tarea similar a la del Sísifo de la leyenda: al pretender, cada vez, remontar la anhelada cumbre, precipitábame inhábil sin atinar la segura senda. Sin embargo, la producción literaria de Zaldumbide podría equipararse a una montaña nítida, de armónica arquitectura, lentamente levantada, morosamente tallada en bloques perfectos, como brotados del cincel de Fidias; consíélanle entera, de estribación a cúspide, riquezas y bellezas sin par. Empero, las dificultades para el comentador o crítico radican no sólo en su complejidad sino y especialmente en su alta y sostenida calidad estética, en su permanente elevación, en la pureza sin sombras de su expresión literaria encuéntranse tal suma de aciertos y es tan importante su oleaje plástico, que a veces desconcierta y arredra.

Raros escritores como él han logrado dominio tan cabal del idioma y sus secretos íntimos. En este campo nada o casi nada le es desconocido. Exprésase por eso, con ponderada soltura, sin esguinces ni retorcimientos. Singular madurez todavía rara entre nosotros, donde el caudal de la expresión literaria asume caracteres aluviales o de un frío y amanerado estetis-

mo. En la calidad del estilo y en la perfección idiomática Zaldumbide, hasta hoy, no tiene par en el Ecuador, sin embargo de sus muchos y a veces fulgurantes escritores, ni acaso en la América indohispánica, con la sola excepción contemporánea del gran mexicano Alfonso Reyes. Montalvo mismo, a pesar de su prodigiosa riqueza de vocablos y de lo castizo de su elocución, adolece de arcaísmo deliberado y de cierta incisiva grandilocuencia como si siempre estuviese pronunciando discursos. En el formidable Cantor a Junín entrecruzanse, visiblemente, la reminiscencia homérica y el arrevatado estro pindárico; y los nuevos, al reaccionar con sobrada justicia y menor eficacia contra los modelos grecolatinos y la servidumbre europea, templan su estilo en el cordaje bravío, tenso y discordante de una aún infusa expresión vernácula.

Sólo pocos, muy pocos, a la altura de esta hora, han superado en América los abruptos y al parecer insalvables escollos del estilo. Rodó acaso, a pesar de su prosopopeya, algún otro y nuestro Montalvo. Todos ellos, remontaron las liberadoras pero tempranas corrientes románticas, arribadas a este Continente en el tercer día de la creación, como diría Kayserling, y que tanto desorden y tantos confusos despojos dejaron. De este limo yacente, pero pletórico de vida fecunda, fructificaría a lo largo del primer cuarto de este siglo, el rapto genial de los grandes creadores de ficción como Güiraldes, Rivera, Gállegos y en el país, de la Cuadra, Pareja, Rojas, Icaza, Aguilera, etc. Por lo general, todos ellos con múltiple producción, pero en esencia autores de una sola gran novela, de la única ungida por la sensibilidad del medio o por la calentura de la moda. Tienen, bien es cierto, el inmenso mérito de haber recreado caracteres típicos, como tallados violentamente en granito andino o en la arcilla caliginosa de la manigua. Por primera vez el personaje nativo, convertido en excrecencia del medio, lacerado de truculencia, aparece viviente y sufriente, al violento contraluz de su naturaleza devoradora y de la injusta estructura social como prolongación siniestra del medioevo.

Saludables y gratas rebeldías. Sólo así han sentádose las bases de una orientación literaria por cauces propios, podríamos llamar nacionales, determinados por hechos sociales, modificaciones ambientales y por la inexorable marcha del progreso y del tiempo. Por desgracia, esos esfuerzos heroicos carecían de tradición, operábanse a golpes de entusiasmo y de vehemencias intermitentes. Eso explica que de pronto dispa-

rábase el dardo trémulo de pasión y aquel que logró el blanco, amanecía nimbado de celebridad. Todavía la obra literaria es, entre nosotros, más improvisación que conciencia vigilante, turbulento empuje, que construcción sistemática. Participa del ritmo convulso e improvisado de la forja de nuestras vidas, tanto en el orden social, como en el individual. De ahí la desigualdad visible y aparentemente inexplicable entre la propia obra de nuestros poetas, novelistas, pintores, críticos, etc. Agóstanse pronte, repítense indefinidamente o dan vueltas en círculo vicioso sobre sí mismos y la misma temática. El acierto rara vez les visita dos veces. Eso se debe fundamentalmente a causas complejas de orden social económico y a la ausencia de bases sólidas de cultura, a una educación entregada al azar, si no a la indolencia y luego al total abandono.

Por eso, el caso de Zaldumbide constituye excepción en medio de la usual inercia nativa. Raro es encontrar un clásico en un país sin larga tradición idiomática, peor aún con lengua entremezclada desde la raíz de sus orígenes. Por lo general, nuestra expresión literaria consuena con la inexperiencia y el titubeo característicos del proceso de su formación social. Pero Zaldumbide desde su temprana juventud vivió en Europa. Ama, si no por comparación, por afinidad espiritual o sentimiento de élite a este mundo sutil tan distante y diferente de la caótica matriz americana. Acumula allá, con reservas y tamices personales las esencias esclarecedoras de esa vieja y agonista cultura; sin embargo, y tal vez sin darse cuenta, el hombre americano que palpita en el fondo de Zaldumbide, asimila, ávido, al contraluz del refulgente ocaso europeo, sólo la irisada dermis, sobria y prodigiosa de su don de expresión, salvando intacto su núcleo vital.

El estilo de Zaldumbide si es universal, también es muy personal; guarda la relación congenial de la inteligencia con la cultura y sin embargo nadie, habituado a leer, podría confundirlo jamás. Siendo un clásico, no tiene la fría severidad de los clásicos y palpita líricamente en un lenguaje inspirado, de una fuerza, precisión y claridad que fascina con arrebolado embrujo. Cada página, cada párrafo, cada período, cada frase son ejemplos de propiedad viva y sugerente, de pureza irisada y cambiante, de exactitud dúctil y natural. Todo eso ahondado por una patética gravedad para expresar ideas y elevarlas, para pintar pasiones y vivificarlas, para transmitir sensaciones y profundizarlas, para describir la naturaleza y reanimarlas, para interpretar al hombre y humanizarlo, para compren-

der la literatura y desentrañarla en sus valores esenciales. Zaldumbide, no sea sino por el acierto cabal de sus giros, por la exacta precisión de sus imágenes, es y será considerado siempre un gran lírico. Empero, que nosotros sepamos, jamás ha hecho versos. Seguramente se salvó de esos achaques comunes a la juventud, por su innato horror al ridículo, por su desarrollado don de la armonía, por su fino sentido del equilibrio. Fácil es pergeñar estrofas, pero que éstas contengan poesía es tan difícil como aprisionar el infinito. Pudo lograrlo Zaldumbide, como lo ha logrado tantas y tantas veces a lo largo de su prosa prodigiosa. Pero, sin lugar a dudas, su natural y obvio instrumento de expresión es la prosa y en ella es imbatible.

Si se compara el estilo de sus primeras obras, de la adolescencia lejana, separada por más de medio siglo, con el actual, habrá de comprobarse con asombro, la misma maestría, igual frescura vital, similar sobriedad, idéntica destreza, paralela hondura. Su prosa debió desconcertar en la primera década del siglo. Era la antítesis de expresión de la orgía romántica en boga, de la licencia resultante de una libertad sin trabas. Reivindicó casi solo y, por desgracia quedóse en soledad la tradición castiza del idioma, la sintaxis lacerada por la ignorancia o los excesos. Sosegó, elevó la lengua adulterada y desfigurada por un falso prurito de modernidad. Procedió así desde sus comienzos hasta el punto que Zaldumbide, al parecer, nació escribiendo y en gran estilo. Cosas pequeñas, hechos triviales, temas intrascendentes cobran dignidad y resplandecen entre la viva malla de su elocución. Descripción, narración, interpretación sostienen en un alto nivel sin desmayos, dentro de una espontaneidad que sólo caben en un intelecto privilegiado y en un genial don de expresión. En nada afecta al estilo de Zaldumbide la entrevista textura francesa, en cambio lo esmalta con lo insustituible de su fulgor.

A pesar del culto público aquí congregado, es necesario transcribir algunos párrafos tomados al azar, sin premeditar lugar ni página, de sus obras de antaño y hogaño, para leerlas y saborear en plenitud la consumada maestría de su estilo. Ningún esfuerzo de interpretación será capaz de dar pálida imagen de la realidad, de la clave idiomática eficaz que convierte a Zaldumbide en un taumaturgo del idioma. Oidle y apreciaréis de primera mano cuánta belleza, cuánta magnificencia sin alardes, cuánta habilidad para dignificar el mundo vulgar, cuánto lirismo resonando en oleaje inefable.

En el libro "La Evolución de Gabriel D' Annunzio" escrito en 1908, al referirse al obsesivo afán retórico del escritor, exprésase con crítica penetración y severidad sobre el hombre y la obra adorados por el mundo de entonces, y dice:

"¿Por qué, pues, si la fascinación de su arte es irresistible, si su lectura nos embriaga como un filtro potente, por qué, una vez cerrado el libro, la embriaguez se disipa tan pronto y el encanto se desvanece dejándonos la cabeza hueca y en los nervios un especial cansancio, hecho de malestar y de tedio, como el de una larga espera burlada o el de un engaño prolongado con demasiada habilidad?"

Lo hemos indicado brevemente: porque los defectos adherentes a sus caudales las desvirtúan a la larga. Tan continuo esplendor produce el ofuscamiento, tanta magnificencia no se halla exenta de monotonía, tan sostenida exaltación no es posible sin artificio; tan constante sublimidad de estilo, no siempre halla una materia condigna, tanta enfática grandeza no va sin cierta falsedad.

Además, el lector no puede olvidar que tiene entre las manos un puro objeto de arte, exclusivamente fabricado para adorno y deleite de una mansión feliz, un lujo suntuoso y raro que contrasta, no sin insolencia despectiva, con la medianía de nuestras vidas estrechas. Siente que toda esa belleza es intransmutable en substancia espiritual.

En verdad su espíritu no incorpora al nuestro: la gracia, la alegría, la pasión que no sedujeron a la lectura, encerradas se quedan entre las páginas como flores secas en un herbario.

Y es, en parte, porque la ausencia de pensamiento trascendente, de elementos intelectuales que sobrepasan la mera representación artística, confina su poder sobre el lector a los términos de la lectura, no va con él más allá, en forma de meditación, de sugerimiento, de repercusión interior. No es ésta, la carencia de profundidad intelectual, un defecto propiamente; antes, si bien se mira desde el punto de vista del arte por el arte, es una cualidad. Pero es una limitación.

Más grave es la falta de variedad y de la vida en sus creaciones. De veras vivo y palpitante no hay sino un solo personaje en medio de tantos otros que hacen oficio de contrastes, o de sombras, o de víctimas, para dar mayor relieve a esa figura central. Aún cuando ésta no aparece de cuerpo entero, en primer plano, su espíritu circula invisible o se metamorfosea sin cambiar de esencia. Y es la personificación de un egoísmo ilimitado. En una palabra, para decirlo con una

fórmula concreta, si bien algo exagerada, en los personajes dannunzianos no hay de verdadero y vivo sino Gabriel D'Annunzio. La representación de su carácter —viciada, si se quiere, por cierto impudor autobiográfico— adquiere de la realidad viviente a que responde un sello individual inconfundible; pero pierde su valor de tipo representativo. Los demás viven en torno a él una vida parasitaria e incompleta: allí se están, inmóviles, en la actitud en que el poeta los dejó. Han sofocado, desde el principio, toda libertad de movimiento, porque con ella habrían desordenado las líneas del estilo en ademanes tal vez algo inestéticos."

De "Egloga Trágica", su temprana y única novela escrita en 1911, entresacamos, también al azar, el leve pero magistral retrato de la longa Mariucha:

"Su rostro dulce y basto sólo tenía de fino las cejas, el mentón y el arranque del cuello bronceado. Los ojos almendrados revelaban, remotamente, el prehistórico origen de la raza. Entre los párpados sin resalto, de corte exigua, las pupilas aterciopeladas, nunca movidas por ninguna inquietud espiritual, guardaban su luz en reposo, con mansedumbre ovejuna.

Por debajo del pañizuelo de blanco lienzo echado sobre los hombros y la espalda, asomaba la extremidad de la trenza enventa desde la nuca por una faja tan ceñida que la tornaba tiesa: el haz del pelo negro y lacio, torcido y apretado como un cable, yacía rígido en su vaina de cinta o manera de vendaje de momia. Sólo un corto mechón quedaba libre, aumentando la semejanza del guango así entesado, con la cola de un toro."

Del estudio de Montalvo, el breve trozo genial que sintetiza con precisión admirable, salpicada de luctuosa tristeza, la esencia del carácter y el escorzo fulgurante y bravío del gran luchador por la libertad:

"Así murió, pobre y solemne, en su triste estancia de proscrito, uno de los más arrebolados y fieros escritores de América.

"El sufrimiento, largo, había lenificado esa alma tormentosa, cuya suavidad recóndita no siempre rebalsó en forma de mansedumbre. Impone ver a aquel hombre relampagueante apagarse así, domada su rebeldía ante el destino común, superada su soledad al sucumbir sin reproches ni sobresaltos.

"Leyendas flotan todavía sobre sus cóleras, como la niebla indecisa sobre el cráter mal apagado de sus volcanes na-

tivos. No las flechas ni su blanco, sino el arquero y su gallardía, interesarían siempre. Sus cóleras ya no fueran sino frío paisaje de lava, si el secreto vital del gran arte y el aliento de un gran espíritu no las convirtiesen en hervor constante de admiración y entusiasmo en el pecho de todo americano, orgulloso de que un genio hecho a imagen y semejanza del Continente bravío, haya sabido verter en aquellas cláusulas de ritmo numeroso y altivo, sentimientos que tradúcense por doquiera en dechados de alma bien puesta y maestría acabada."

Largo sería, para esta ocasión, seguir remirándonos en ese terso espejo inimitable. Permitaseme, sin embargo una última cita, ésta sí elegida, porque reviste, sin hipérbole, caracteres de sublimidad. Se trata de la extraordinaria descripción poética en prosa, del paso y de las impresiones del autor por los desolados páramos de Tipococha, rumbo a Cuenca. Esa página ha sido consagrada por eminentes críticos literarios del Ecuador, el P. Aurelio Espinosa Pólit, Isaac J. Barrera y otros del Continente, como una de las más altas piezas literarias de habla castellana y encuéntrase en el discurso pronunciado en La Fiesta de la Lira, el año de 1920. ¡Qué prodigiosa capacidad y eficacia de expresión puede lograr el idioma manejado por un artífice singular! Gozadla; dice así:

"Atravesé pensativo paramos sin huella humana de esos que los españoles iban apellidando con su propio nombre al descubrirlos de paso, o con el primer nombre como lo oían de los leguaraces. Y vi bellezas que nadie o casi nadie ve.

"Más grandioso por lo impresionante, que el mismo mar, es nuestro páramo andino. ¡Y qué espectáculos, inauditos, no despliega en la soledad! Y para el alma, qué baño en su propio misterio, el de esa soledad donde los montes supinos parecen extasiados en sueño cósmico y en donde todo aparece sub specie aeternitatis.

"Me acuerdo de la tarde, sobrehumana, que nos cogió, nos sobrecogió, talvez, a cuatro mil metros, en las alturas de Tipococha.

"Por una hoz se abría campo y se enenchaba a lo lejos un profundo valle. Lo divisamos cuando estaba apenas a medio llenarse de nubes. Acudían ligeras las nuebes, del fondo del horizonte y se acumulaban, se esponjaban y tornasolaban al sol oblicuo. Pronto el valle, sumergido, desapareció; y aquella celeste gloria difusa de resplandores crepusculares, fue ganando las más altas cumbres, luego las más próximas, llegó por fin a nosotros. La opalina marea besaba nuestras plantas,

dejando apenas perceptible el palmo de tierra donde asentarlas. La tierra afloraba apenas, como un recuerdo de un mundo desvanecido. Y el fantástico océano invasor, que confinaba con el celaje por todo el ruedo del horizonte, parecía el reflejo del cielo; parecía otro cielo, y el cielo otro profundo mar invertido, suspendido, al cual iba ya a juntarse, con el cual iba ya a fundirse el ascendente vaporoso mar.

"Estábamos entre dos cielos. Y hasta creíamos que nuestro peso corpóreo podría tornarse glorioso, flotar en la impalpable y opulenta bruma. Estábamos entre dos cielos; y el alma, opresa de maravilla, quería también libertarse. La oración o la poesía eran la única elación posible a su incorpóreo arranque. Privado, por desgracia, del don divino y del don humano, del don de orar y del don de cantar, que en vuestros poetas creyentes es un solo don, no fue mía la fruición alciónica de ese vuelo liberador. En medio de esa belleza supraterrestre, lo que me pesaba era pensar que en esa soledad de páramo, no otros ojos hubiese, fuera de los nuestros, no otros ojos humanos que la contemplase. Era el espectáculo sin objeto, sin otra finalidad que su fausto inútil de naturaleza pródiga; el derroche de magnificencia sin fin.

"Ahí, más que en parte alguna, la naturaleza ignora al hombre... Y, sin embargo, nuestro universo, ¿tiene otro centro que el hombre?"

"Inolvidable esplendor gratuito, hermosura sin nombre y perdida. ¡Y cuántos espectáculos ignorados en nuestra tierra de cumbres y soledades! Acostumbrado a los largos crepúsculos estivales, vistos de playas o de montañas de Europa, ¡cómo me sentí pequeño, y cómo, al propio tiempo, me sentí crecido, en esa tarde de América!"

Fue menester apoyarme en el mismo Zaldumbide para que la tarea no resulte vana y el esfuerzo del todo inútil. Pretendí destacar su estilo que lo distingue y eleva con muchos codos sobre sus contemporáneos. Pero con las citas de los párrafos de algunas de sus obras vuestra penetración suplirá mi fallido empeño. Con una pequeña tea es imposible iluminar a un astro.

Pretendo ahora un resumen, en lo posible, ordenado de impresiones, mas no de comentario, menos de crítica, sobre el contenido predominante, la característica esencial y la temática preferida de la obra de Zaldumbide. Visible es su acusada tendencia hacia la crítica. La abrumadora mayoría de sus libros encasillan en ese difícil género literario. En efecto, Zal-

dumbide sustancialmente es un investigador dotado de poderosa pasión especulativa y de minuciosa capacidad de análisis. Esto, con seguridad, impidió que su fuego lírico estallara en poéticos arrebatos y que la vehemencia americana se atempere de severidad socrática. En efecto, Zaldumbide estudia, compara, penetra, aquilata. Consumíale el afán imperioso del hallazgo primero, el anhelo apremiante de situar, descubrir, encontrar; de decir algo cuando había que decir.

Así en temprana mocedad, a la luz indecisa de la confluencia de dos siglos, en el año de 1908, escribe admirable, certero y voluminoso ensayo sobre la obra de Gabriel D'Annunzio el dionisiaco y temperamental escritor italiano. A él y sólo a él, en el panorama de la crítica literaria universal, le toca el honor de ser el primer crítico y de haber escrito el primer libro sobre hombre y obra tan controvertidos y cuando en Europa el embrujo dannunziano llegaba al paroxismo. Sorprende cómo un sudamericano joven, demasiado joven, haya tenido la audacia y la firmeza de sopesar, con severidad, cualidades y defectos y concluir que el imperial ropaje dannunziano cubría apenas un pobre, un miserable esqueleto de ideas y que su entusiasmo arrebatado jamás tuvo corazón. Esa es, en síntesis, la conclusión que despréndese del libro de Zaldumbide a lo largo de sus 373 páginas y cuando D'Annunzio, fatigado de su esfuerzo sin contenido, recurría, delirante, a la marcial aventura de Fiume para reverdecer con riego heroico sus prematuros y excesivos laureles. Con seguridad disgustaría al narcisista escritor los reparos de Zaldumbide, la denuncia de su vacío boato y, más aún, cuando el crítico desconocido entonces, mostrábase hondo en la dialéctica, preciso en la disección, poderoso en el análisis, empapado de cultura universal y gigante en el estilo. Cómo ardería ese cataplasma colocado en el punto neurálgico de su propia adoración.

Por el mismo tiempo, cábele la gloria de haber descubier-to, acertado y predicho la genialidad de Barbusse el profundo y atormentado escritor francés, la antítesis de D'Annunzio. Hasta 1909 fecha de publicación del libro sobre Barbusse, éste no había rebasado las sombras del anonimato. Era como tantos, uno más de los escritores galos. Ninguno de los sagaces y finos críticos de su propia patria ni del clarividente París columbraron su valor extraordinario y fue también, en este caso, Gonzalo Zaldumbide, quien anticiparía al mundo las vastas dimensiones y la profundidad subjetiva del autor de "Los Suplicantes". El ensayo es realmente extraordinario. Po-

cas veces puede comprenderse tan bien al hombre y a su obra y penetrar en esa desconcertante novela, por desgarradoramente humana, que es "El Infierno", en verdad infierno terrestre, en la intimidad de un cuarto de hotel, violada por un espectador invisible. En su libro Zaldumbide no sólo resume con maestría los argumentos de "Los Suplicantes" y "El Infierno", hasta entonces únicas novelas de Barbusse, sino que los recrea comentándolos, descubriendo tanta profundidad y tanta verdad ocultas para miradas inexpertas o profanas. Acaso se piense que estoy exagerando. Las obras de Zaldumbide son poco conocidas, incluso entre gentes cultas en nuestro país, tanto por sus ediciones limitadas y, sobre todo, por el hosco cerco de silencio que han tendido en su torno la vulgaridad de los cenáculos y las medianías literarias. Permítaseme por eso, transcribir un párrafo de la opinión del gran escritor español Rafael Cansinos-Assens sobre ese libro que dice:

"Pero ese predestinado estudio, que descubrió y supo apreciar la grandeza íntegra de un escritor, antes de que la popularidad consagrara su nombre y un libro oportuno, iluminado por todas las llamas de la guerra, irradiase la luz innumerable sobre toda su obra anterior, tendrá siempre el mérito incomparable de la prioridad, y por la perspicacia que en él recogió las direcciones cardinales del pensamiento de Barbusse, restará valor a toda posterior exégesis. Ese parvo estudio del Barbusse oscuro —que era ya, sin embargo, el autor de 'Los Suplicantes' y 'El Infierno'— honrará siempre al crítico que la suscribe, no sólo por su perspicacia adivinadora, sino también moralmente por la modesta devoción con que dedicó una de sus guirnaldas de entusiasmo a ornar un hermes, aún no consagrado por las unciones del episcopado literario."

He ahí cómo la clarividencia de Zaldumbide anticipa la genialidad del Barbusse anónimo y sus resonantes triunfos posteriores, cómo coloca un cinturón de sensatez al hiperbólico delirio que D'Annunzio desatara en Europa. Con esas formidables exégesis cimentó su sólido prestigio en el difícil mundo literario europeo y en contraste desobligante siguió literariamente poco menos que ignorado en su tierra. Pero, al parecer, la hora de la justicia ha llegado disfrazada con la publicación de "Egloga Trágica", su única novela escrita hace más de cuarenta y cinco años, luego de su primer regreso de Europa, en su temprana juventud. Esa novela trasunta el reencuentro nostálgico de sus lares nativos, la emoción del retorno al contacto del ya lacerado paisaje familiar, de los recuerdos íntimos va-

ciados dolorosamente en su alma. En "Egloga Trágica" resplandecen las grandes calidades y cualidades de escritor de Gonzalo Zaldumbide; la descripción, la narración son insuperables. No es una novela propiamente dicha, pero sí, un gran relato armonioso y orquestado con su estilo como entrañable música de fondo.

"Egloga Trágica" inicia el reencuentro de Zaldumbide con su tierra. Si no participó jamás de su pasión y de su emoción telúricas, pero tampoco la olvidó en sus valores culturales sustantivos. Si comentó a Barbusse y D'Annunzio, si tradujo y difundió a Verlaine, Leconte de L'Isle, Baudelaire, Poe y otros, destilaba también en laboriosa alquimia las esencias culturales de América y Ecuador.

El estudio sobre Rodó marca una honda comprensión del medio americano y es, en cierto sentido, una profesión de fe en sus valores espirituales y en su cercana redención cultural. Cuando establece por contraste la dramática lucha del hombre superior con el ambiente consigue expresar, con efectos de luz y sombra, el destino prometéico de la cultura. Nuestro Montalvo sale esculpido, en estatua flamígera, por su pluma. Virtudes y defectos los pesa en balanza generosa. No simpatiza pero comprende y justifica su carácter y su fiebre batalladora; en cambio, élvalo con justicia, a las cimas soberanas donde ejerce su singular dominio sobre el idioma y admira la épica de su lucha inmortal por la libertad. Luego su perspicacia rescatará del anonimato, digamos del injusto olvido de siglos, al Padre Juan Bautista de Aguirre, el más grande y fulgurante poeta de la enrevesada y desolada pista de originales desperdigados en bibliotecas y archivos de América, antecede al clarear de ese astro de primera magnitud en el firmamento lírico nacional. Luego vendrán los parvos estudios sobre el quiteño Padre Villarroel, sobre Espejo, Olmedo, Silva y otros tantos.

Todo eso minimiza la soslayada acusación de haber dedicado su talento a temas ajenos, como si algo en la cultura pudiese ser ajeno. Olvidan y no desean recordar sus gratuitos detractores que inclusive fue el ideólogo del modernismo literario ecuatoriano, precipitado en la anarquía después y el maestro de la generación lírica, trágica y genial de Borja, Noboa, Fierro, Silva.

Si en algunos aspectos su obra fue ajena al medio, sería por no condescender con lo anecdótico, lo pintoresco, lo fácil, confundiéndolos con lo vernáculo, lo propio, lo profundo. En

eso Zaldumbide fue irreductible por higiene mental y honestidad cultural. En síntesis, todo lo escrito por Zaldumbide tiene características de perfección. Su hondo y rico pensamiento y el dominio del idioma para expresarlos pudieron producir más obras admirables. Pero todo lo escrito es profundo, refinado y sobrio. Llego aquí al final del difícil camino apenas iluminado por la sinceridad más que por la fúlgida luz de la competencia.

H U M B E R T O V A C A S G O M E Z

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL SEÑOR DON GUSTAVO VASCONEZ HURTADO

Afirmar el prestigio de los valores americanos, cooperando en el reparto e intercambio de sus producciones, estimulándoles con ponderación y sin bizantinismos, ha traducido el mandato de esta Institución antigua, desheredada quizás, pero profunda en su proceso de cultura.

Hoy día no prevalece esta intención sino otra diversa, cuando por determinación de los consocios del "Grupo América", me veo precisado a tomar la palabra para cumplir una encomienda asaz laboriosa a la par que compleja en su contenido esencial, pero honorífica en suma, motivada por el tributo que los escritores aquí congregados y muchos otros ausentes nos apresuramos a rendir a un maestro de las letras hispanoamericanas: Gonzalo Zaldumbide.

El no requiere de antesalas de carácter literario ni personal, ni éstas de producirse vendrían a consolidar su posición cimera en el plano de la Literatura hispanoamericana. Mi función se limita, por lo tanto, a traspasarle un mensaje cordial, una tarjeta de pláceme, ahora que, habiendo superado su trayectoria de escritor, nos hace la entrega del primero y quizás último libro de su género "Egloga Trágica". Sólo a éste voy a referirme sin establecer analogías, ni emitir juicios de concepto, pues mucho se ha escrito sobre Zaldumbide, confinando mi intervención a perfilar un recuento o tal vez una enunciación relativa a su obra, valioso e incomparable aporte a la expresión cultural ecuatoriana.

En su relato, Zaldumbide se interna y nos conduce con cautivantes pinceladas que mantienen una conjunción bella y armoniosa en la plástica y en el estilo por los parajes de la serranía, por los trechos andinos ahitos de sol donde ensancha la hoyada entre el laberinto de los caminos empañados de

polvo que aposentan a los fresnos y cholanes desbordados de flores impresas por una pátina color del oro viejo, donde se desangula el roquerío y la tierra parda produce frutos generosos.

Así nos dice: "Era la época de gloria de los cholanes.... Nuestros caballos pisaban sobre la deliciosa alfombra de oro muelle que cada árbol extendía sobre el camino; aquella prodigalidad era la de una primavera loca en medio del estío que ardía en torno y secaba los manantiales y lo quemaba todo de sed."

El paisaje, la naturaleza, el hombre, desfilan repartidos en una admirable concepción estética puesto que, Zaldumbide es artista y poeta por temperamento, en parte por ancestro, que no se conforma con escribir llanamente, sino que configura su narrativa esmerilándola con verdadera maestría. Breve en el lenguaje, de arcilla y penetración sorprendentes, elabora el escenario de su Poema Campero adentrándose con destreza hacia la tierra y el hombre por él sentidos, por él vividos.

Pocos demuestran amar a punto, cual lo hace él, su suelo nativo. Parece que la ventisca de los páramos imbayos, las breñas agrestes que se descuajan de la cordillera, la pradería verdeante que circunda la querencia; temperasen su espíritu inquieto, lastimado quizás de sensibilidades, propicio solo para arraigar en la tierra buena. El regreso a esa querencia que desperende nostalgias, saudades, simula descorrer una alma desubicada, antes colmada de evasiones ahora urgida de distancias. Su verdad: una vez más la tierra, linderada en la heredeidad de sus mayores.

Zaldumbide, viajero infatigable que ha recorrido latitudes sin fin, confundiéndose en la borrasca de las grandes urbes y en el tránsito mundano de París, Londres, Madrid y otras capitales, sea en el desempeño de misiones diplomáticas, sea en una fuga de peregrino y trotamundos; se perfila un desencaminado en su conflicto interior, porque tanto su espíritu cuanto su índole le harán sentir siempre la añoranza del lar solariego. Y así confiesa: "encerrado en la austeridad de esas lomas tristes, donde nada puede dispersar el alma, tenía que buscar el centro de mi reposo en mí mismo, no afuera en la varia fortuna".

Allí está su asilo, en el voluntario retiro que calmará zozobras, donde "tan fresca ondea a modo de un teclado recorrido y preludia el viento de súbito". Allí donde "la roca socavada por el gotear milenarío del agua que dimanaba de sus

entrañas, formaba una hoya poco profunda sobre la cual se enarcaba el peñón negro, rielante”.

Acaso su inconformidad peremne no traduce otra angustia que aquella de haberse apartado de ese Pimán serraniego que inyecta un sedante en el alma si no para brindar la bienaventuranza, al menos para otorgar el sosiego que imparten las erranzas henchidas del renacer que mitiga la voz interna.

A semejanza de los antiguos caballeros andantes, hijodalgo por remontadas stirpes hispánicas no habrá de demostrarse ajeno a las incidencias de la caballería. Si no me equivoco Zaldumbide significa en vascuence “Camino de hombre a caballo”. De allí sus inclinaciones a coleccionar figuras caballescascas. Mas, donde éstas alcanzan relieves inesperados es en el curso de su narrativa cuando modela con donosura, potros de miembros cenceños, yeguas enceladas, morcillos mozos. Escuchémosle: “Transfigúrese, el bruto de belleza. Sinuoso, tenso, recogido, preparado como un arco, chupado y escurrido por la tensión el vientre susultante, los ijares estremecidos, una pata delantera clavada nerviosamente mientras la otra describía curvas impacientes, levantando el polvo, sacudía de la frente estrellada las crines que le cegaban, hinchaba las narices aspirando el coliginoso vaho embriagador.”

Y antecede: “El abrevadero se hallaba en el patio de aparearse; era una tosca alberca, de brocal de piedra, alimentada por un chorro constante. Las bestias sueltas, los serviciales y resignados eunucos, bebían todos a una. Mas no podían acercarse a la fuente dos enteros, sin tenderse los cuellos para olfatearse en son de desafío, movidos por el íntimo instinto agónico, por la oposición esencial del macho frente al macho”.

Proseguir en el recuento de pasajes colmados de poder descriptivo sería motivo de una extensa visión panorámica, extraña a esta intervención circunstancial. Habrá solamente que apuntar que los episodios se suceden con nítida fluidez y singular gallardía, limpidez en el idioma que encamina al lector por derroteros distintos, minuciosamente analizados que se hilvanan de suyo sin fatiga y así lo transporta al lago de sangre, el Yaguarcocha, al corazón del valle, junto a “la saludable Otavalo con sus fuentes cálidas que brotan a borbollones”, hacia los alcores del Ande con sus amaneceres y crepúsculos desdibujados que dejan escuchar el ulular del viento y “el estridente crepitar de las cigarras”.

Una de las características fundamentales del Poema Cam-

pero es su señalado sentido indigenista y autóctono. Se le criticó alguna vez que no quería o no podía operar en su propia parcela y ahora nos regala la más cabal y mejor lograda obra de ese género. La indiada transita con delineamiento de excepcional perspectiva en consonancia con los hábitos heredados del incario y el diario convivir: la Doctrina, el ordeño, la recoleta de las mieses maduras.

La servicia núbil de pecho firme, corvas desnudas, lejana en su sentir, que no convalece ante el blanco con otros instintos que aquellos sumergidos en su sangre y en las fisuras de su piel cobriza, distante siempre a las caricias; constituye una silueta humana de notables relieves. El blanco la rebuscará en los cañaverales, la atisbará en el sendero, hasta descubrir su "desnudez bronceada" en el estanque de "honda clara", interpretándola como la "Virgen América" y sintiendo de pronto surgir el primitivo poder de hibridación en el coloniaje, embozado en el encestro, para escribir: "el choque de aquella escena, idéntica sin duda a los encuentros del guerrero blanco con la hembra de la raza subyugada, al margen de la selva ignota, en el ardor de la conquista heroica".

Si de novela indigenista se trata, posiblemente ésta es la precursora en edad aún cuando la última en su reparto. Habría debido referirse a ella en primer término y punto de vanguardia en el breve estudio elaborado con motivo de la conmemoración salmantina. Mas, publicada en fragmentos incompletos y cuadernos escasos, quedó ignorada para las generaciones posteriores. Si algún reparo promueve es manifestarse contrapuesta a los modernos relatos indigenistas que irrumpieron en la realidad mirando el temario sólo con pupila social y revolucionaria.

En estas cuartillas el motivo indígena se desliza con placidez de remanso, observando con inerte despreocupación por el estanciero, rector parcial de la suerte ajena, quien parece, en este caso fincar su problema en otras desazones alejadas al dogal de la raza vencida y aun cuando no ignora la verdad al exclamar: "Hijo de la gleba, vástago de florida estirpe, antes dueña y señora del suelo, hoy pisoteada y servil, tendrás hasta el fin de tus días que arar la tierra que ya no es tuya y cosechar para el amo: igual que penaron tus padres y tus abuelos, penarán tus hijos y así será mientras el blanco fiero, beba de tus fuentes, viva de las mieses que tú cultivas, regale su vista en la abundancia de los rebaños, pobre indígena desposeído. "Nada indica la zozobra conducente a enderezar des-

víos ni orientar la desesperanza por un tramo de liberación. La ley inexorable está cumplida y le llevará mas bien al apartamiento del paisaje vivido, que en realidad es parte de su paisaje interior, inclinándole antes al efugio que a la confrontación.

Antes de terminar, señalaré que, en visión de conjunto, a Zaldumbide se le puede aplicar el concepto de un crítico español que se resume en una sentencia: "El arte... de ser artista". De acuerdo con este autor no es artista quien preserva un compendio de reglas, porque las ha aprendido y las ejecuta con habilidosa destreza en calidad de derivación lograda más por tiempo que por temperamento, en síntesis, el artista nace artista. Y afirma: "Los artistas hechos por medio de arte, no por naturaleza, infestan cuanto tocan. Su producción hábil, no espiritual carece de aroma. Suelen ser pulcros, elegantes, vistosos, correctos. Agradan sino seducen... Pero el arte - alma, el arte - idea, el arte - innato —contra el parecer de Holbach yo creo en las ideas innatas— padece con la intrusión; dependiendo su aprecio de una identidad sensible entre público y productor, de una porción de espiritualidad admirativa en consonancia con la espiritualidad admirable, toda confusión puede acarrear un divorcio."

El axioma vulgar es en definitiva, el verdadero: "El poeta nace y no se hace". Y concluye: "No son suficientes la maña, la habilidad, el conjunto de reglas, la cautela y la astucia: ni aún lo son el estudio, el don de ejecutar... ni la lógica física y metafísica. En cambio hay una cosa suficiente, esencial, única que condensa y encierra por sí sola todo el sentido del puro arte: la espontaneidad".

Esta es la posición del escritor Gonzalo Zaldumbide. Entró al mundo en calidad de poeta-prosista. Tanto el ritmo cuanto la plástica son peculiares en él que despunta con una sinfonía escrita allá por el año de 1911. En su itinerario, que ya mira hacia el ocaso, la ruta más propicia para inspirar su florilegio fue siempre la trazada por la madre tierra, singularmente aquella de la meseta norteña donde se encubre el Pimán de su querencia con el repecho de las crestas dentadas y donde acuden al estanque las hojas navegantes en tanto el panorama se dilata en caminos de promisión.

Lo que antecede no implica que Zaldumbide no haya cultivado con empeño las disciplinas literarias ni bebido en las fuentes de la cultura universal, compenetrado en mayor acopio de la luz que irradian Francia y España, propenso a la

austeridad, inclinada a la meditación. Mas, la dádiva que emerge de su ser en calidad esencial es: la espontaneidad. El trance de escribir se desliza presuroso, con urgencias sazonadas, dando paso a la quimera que apremia en su cerebro lúcido para plasmar realidades que corren cual una melodía por la pendiente de la superación. Músico sin harpa. Poeta sin rima, Zaldumbide es simplemente... Zaldumbide.

DISCURSO DE AGRADECIMIENTO DE DON GONZALO ZALDUMBIDE

Queridos compañeros, compañeros como de viaje ya largo, y hecho a pie, por el camino rocalloso en que quedan huellas, las dejadas por vosotros, las del paso tras paso en el trajín cotidiano, perseverante, incansable, de 25 años.

Que una o dos o tres o muchas fechas notorias se hallen inscritas en vuestro itinerario, como etapas en que el éxito descansó halagado, -ellas no hacen sino aumentar vuestra satisfacción la más modesta y más obscura, la de haber vosotros desbrozado el menudo monte, abierto la trocha, el camino, la calzada hacia triunfos venideros.

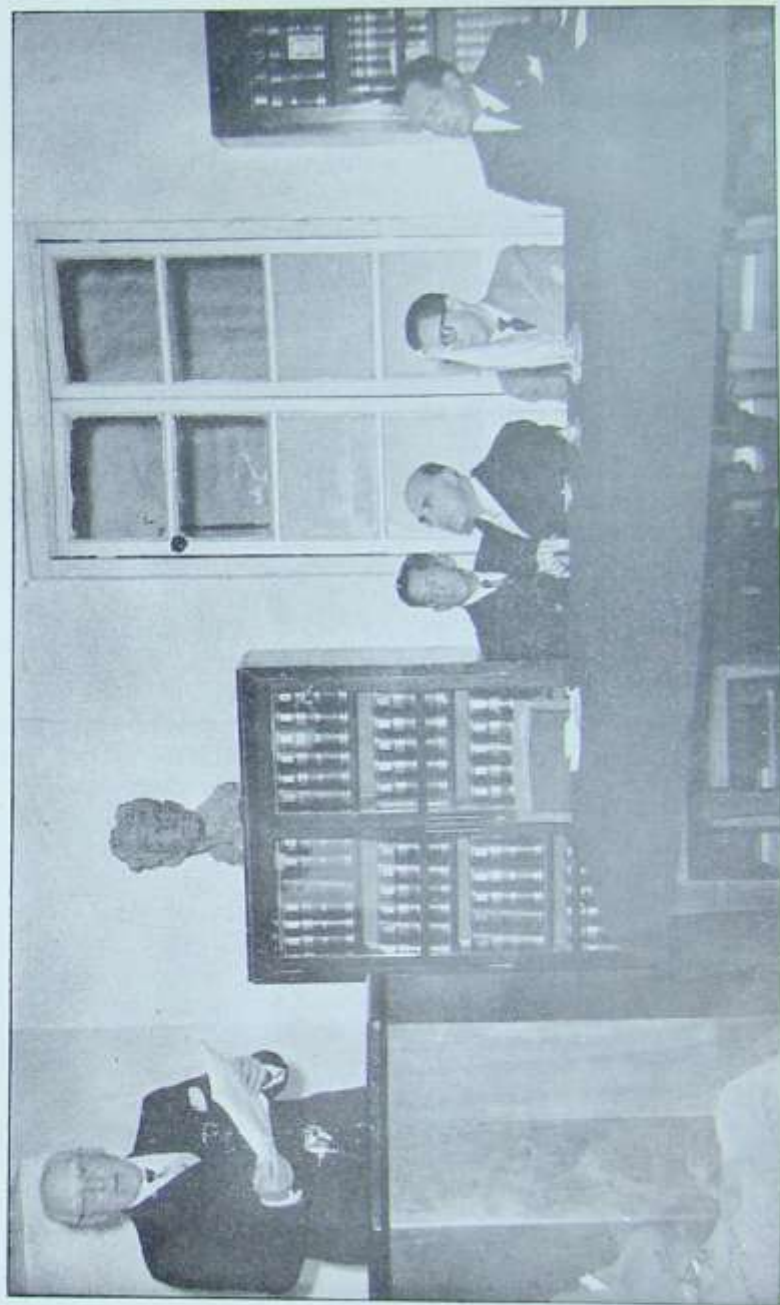
Si aquellas fechas destacan en la memoria de los otros, vosotros evocáis, como más conmovedoras aunque no las más triunfales, las de la fatiga preparatoria, las del llamamiento de eco sordo, las del penoso ascenso.

En esa labor asidua, que fue como la época de formación del niño, vuelto ya hombre, poca o ninguna parte me ha tocado, por ausente o por intermitente.

Para vosotros, pues, para vosotros los del surco y la siembra, son estas bien granadas gavillas como la de hoy, este haz de mies dorada al lento sol de los días.

Al honrarme os honrais, por la abundancia de corazón que vertéis sobre mí. Os honráis hasta en el **modo de alabar**, tan galanamente, que convierte en objeto casi digno de tan diáfana generosidad una endeble novelilla que recibe de vosotros más de lo que ella puede dar.

Al designar, para loarla, a uno de nuestros más sagaces escritores -poetas, habeis puesto, como se dice, miel sobre hojuelas, miel andina, si no ática, miel cuajada con el zumo de nuestras silvestres plantas serraniegas, cual quiso y no logró majarlas quien aquí os agradece le enseñéis cómo han de ex-



GONZALO ZALDUMBIDE expresa su agradecimiento

primirse, para deleite nuestro y comunión en leve forma consagrada a la amistad y mutuo entendimiento.

Bien sabeis que, algo que escribí, muchos años atrás, me he atrevido ahora, por instancias amistosas, a ofrecérselo en lo que puedan haber guardado de su antiguo aroma esas páginas amarillentas.

¿Habré, me digo, logrado que se lea con agrado obrilla que se escuda en su propio defecto de no querer probar nada?.

Hoy, hay que "probar", a todo trance; probar que se tiene sobre los otros la razón, exclusiva, y excluyente; hay que sostener, en pro o en contra, no ya una tesis, —que costaría trabajo aderezar y tan poco trabajo demoler sin mas que volver la oración por pasiva—, sino un partido, una tendencia, un gonfalón, mientras más inflado y más vago, más perentorio, mientras más dudoso más categórico y desenfadado, más "contundente", como decía, risueño, Pancho Guarderas.

El arte por el arte ha sido dictatorialmente desterrado del país. Sobre todo, en la novela, instrumento ya, de pelea, de polémica. No hay miedo a pedantear: hay que enseñar aun aquello que no se sabe; y mejor si se enseña solo a aullar con los lobos, que no a aplacarlos persuadiéndolos con la segura esperanza de que la higuera del bien público madurará al ritmo de pausadas estaciones. A nada conduce el confundir la urgencia con el atropello,

¡Cuánto bien espiritual nos haría a todos, en este clima de vehemencia que ha cundido a todas las esferas, el sedante más estimulante, el de la persuasión buscada de buena fe entre contrarios.

Una dosis de cauto escepticismo no hace daño, no merma nada, ayuda a escuchar, a reflexionar, a madurar. Y si hablo, —al paso—, de esta general impaciencia combativa en los ánimos y los propósitos, es porque, si avanzamos por el declive al cual empujan los demasiado convencidos de sí mismos más que de sus razones, será difícil en días venideros pensar, por ejemplo, en formar sin mandato partidista, otra asociación ecléctica y tranquila como este "Grupo América". Lo que ahora tiene objetivo, son los "Frentes", los comandos, las consignas como para tropas listas al asalto.

Los jardines de Academio ya están mudos. Quizás es lástima. Caída en desuso la ecuanimidad, quizás pueda esperar hasta que escampe y se despeje la atmósfera voltaica en que encienden antorchas como teas, las doctrinas y prácticas empapadas de política, en el peor sentido de política tumul-

tuante. Las aspiraciones y convicciones, si genuinas, si de buena fe, no excluyen, no deben excluir, como ahora excluyen, hasta la mera cortesía en la igualdad. Lo cortés no quita lo valiente...



Caro amigo Vacas Gómez, me habéis obsequiado no sólo con las páginas que acabamos de oír en las cuales me elogiáis hasta abrumarme a fuerza de bondad y de largueza, sino también con el placer, difícilmente consentido por vuestra modestia, de darme a conocer las primicias de vuestro don poético.

Os he llamado al comienzo escritor-poeta. Sin desdecirme puedo llamaros poeta - escritor. En este distingo no hay sino antelación. Habéis principiado a escribir en verso, como todos, pero en verso que os reclamaba la amplitud y libertad de la prosa, y anunciaba así al prosador magnífico que ha guardado su ritmo y compostura hasta en la prosa periodística, como un don nativo que no declina ni aun en la diaria fatiga de improvisar lazos para coger al vuelo la fugitiva actualidad. Vuestra prosa diaria es de día de fiesta cada día.

El periodista - escritor va desapareciendo de nuestra prensa. Hasta se diría que la buena prosa es ya inocua en el ánimo embotado del lector, amaestrado ya únicamente para la algarabía del mítin. Y hasta se diría que así lo sentís a veces, pues os hemos visto recientemente, como nostálgico de la obra de arte, desprenderos por instantes de la lidia política en que brilláis, para airear la pluma y el alma en esa serie de elogios puramente literarios, trazando desinteresadas siluetas de artistas y poetas, con un fervor que no peca sino por el exceso de vuestra espontánea generosidad. Crítica a veces ditirámica la vuestra, cual si no se tratara de analizar sino de estimular.

Yo también he pecado de este defecto que en vos no es sino defecto de vuestra cualidad, y parecido a la misma cualidad de que dimana; defecto por exceso, efecto de vuestra superabundante aspiración a mejorar lo que alabáis.

Yo también he practicado a menudo esta especie de crítica jaculatoria en función de patria, especie de invocación al que puede venir o evocación de lo que pudo ser, más que de sostén al que trepa aún, afanosamente. Loas que uno se siente feliz de prodigar, comprendiendo que son lo adecuado a pro-

piciar, a prosperar literaturas en formación. Mas, cuando lleguemos a la edad de la crítica, que es la edad de la objetividad y la exactitud, nuestra "crítica" benevolente tendrá que ceder el campo al culto de la verdad exacta y objetiva, la única de veras saludable.

Como amante de la verdad y no de la lisonja, habreis de permitirme deciros que vuestro primer Canto, que llamáis **Canto a lo Oscuro**, como atraído por ignotas profundidades, habríame atraído más y retenídome más si lo hubiese encontrado más claro. Yo amo, perdonádmelo, la claridad. La claridad no es nunca facilidad, no es nunca superficialidad ni trivialidad. La transparencia que la claridad da a los paisajes mentales más oscuros a primera vista, muestra su transfondo, va a su esencia, les devuelve su ser profundo.

Esto no quita que haya yo admirado vuestro "Canto a lo Oscuro", el cual, arrollándome con la abundancia y afluencia de su dicción poética, me ha hecho comenzar por admirarlo antes de comprenderlo, de calarlo a fondo, a la inversa de lo que me sucede con tanto libro nuevo de poesía —a veces de algún buen poeta, salido, no a luz, sino a la oscuridad buscada y rebuscada por los poetas afanosos de mostrar su oscuridad como profundidad pensadora. —Se abusa de la ceguera del lector—; a menos que el lector crédulo y sumiso por fe y devoción, crea comprender lo que quizás no quiso decir o no lo comprendió el mismo autor.

Mi ritmo intelectual ha vuelto a ser, es todavía, —tras tanto libro de falsa profundidad—, ha vuelto a ser el tradicional, el lógico, el natural; el de comenzar por comprender antes de admirar, para admirar a conciencia y a ciencia cierta.

Ya no puedo más con tanto embeleco de profundidad en poetas chirles.

Vos no sois de éstos, señor Vacas Gómez, no alardeáis de ese misterio de arúspices, aunque cedáis a la atracción del misterio; así como también está lejos y por encima de tal conato un Jorge Carrera Andrade, el mayor en mi concepto de los poetas actuales de América y quizá de España: con frecuencia he hablado de la exactitud, de la plenitud de sentido de sus más inesperadas imágenes, —extraordinarias aun en lo ordinario—, grandes aun en lo minúsculo de los seres y cosas de la vida cotidiana, y grandes en la dimensión adecuada a lo grande.

Así, mi querido Vacas Gómez, he gozado con su segunda obra, opúsculo que usted ha intitulado, con una profunda

intuición: "Canción de tu soledad y la mía". Si usted hubiera dicho Canción de **nuestra** soledad, la hubiese destruído, porque, si dos soledades se compenetraran, ya no habría soledad.

Desde los albores de mi corta inteligencia he comprendido y me he dicho que el hombre, no solamente está solo, sino que es solo. Se es solo. Cada ser en sí, como en una isla sin barca. Soledad que nos aisla aún del mundo exterior, como en la caverna de Platón, como con la lámpara de Fichte, que ilumina lo que no podemos comprobar si son seres reales en sí o sólo proyección y juego de esta luz interna creadora de espejismos: no podemos salir de nosotros mismos, porque, como esta luz nos sigue adonde miramos y sin ella nada veríamos, lo que vemos es tal vez solo ella.

Parece que sobre el fondo de esta soledad metafísica, Ud. hubiera reflejado una soledad de poeta, ornada de bellas imágenes y de melancolía sutil. Allí sí que hay emoción contagiosa, verídica. Su breve lamento es el del ser pensante, sensible y solo. Es poesía ingénita en que la soledad se acompaña de su única compañera: el alma en vela



Mal podría seguir a usted en el extenso, y excesivo por bondadoso, elogio que hemos escuchado, acerca de mi obra, corta en aliento y en límites.

Quédame todavía por expresar mi agradecimiento a quien, en función de dueño de casa en esta casa de todos, me ha dispensado acogida solemne, y más grata por familiar. El doctor Santiana es un sabio en quien la sabiduría —es decir la inteligencia—, y la bondad —es decir el corazón—, no se disputan sino que comparten su misión bienhechora hacia uno y otro lado. No necesita prescindir de sus preferencias de especialista para inclinarse benévolo a contemplar las preferencias de otros: porque nada de lo humano le es ajeno. Todo lo comprende, y, por lo mismo todo lo perdona, hasta los defectos, como acabáis de verlo, al oírle hablar de una obrilla tan insuficiente, como es la mía.

Ni qué decir de Gustavo Váscenez, quien, —novelista él mismo y de los mejores entre nosotros, así en su reanimada biografía novelada de Montalvo, como en la ficción romántica de su **Camino de las Landas** que ha vuelto a hallar en novela tan vieja como la mía aspectos vivos de lo que él gusta de ver—, ha querido, bondadosamente, loar en Egloga Trági-

ca paisajes nativos que él a su vez ha incorporado a su visión y a su detallada descripción de nuestra vida de campo. Ha apacentado sus nostalgias, su memoria, y luego sus ojos, sus gozos y sus ocios, en la magnificencia de nuestra naturaleza.

Generoso como es en su tranquila amplitud, le oímos en Salamanca poner de relieve cuanto tiende a crear una fe, una esperanza en lo que nuestra literatura novelística puede dar como cosa propia. No pudo, por delicadeza, citarse a sí mismo en esta línea donde ha inscrito su cuerdo consejo de bien hacer. En su modestia tan discreta que es casi esquiva, encierra una amplitud, quizás una vocación, no desviada sino por otras atenciones que en actitud de observador desinteresado pero activo, presta a la vida pública desde un bien centrado mirador. Gracias, Gustavo, por todo.



De entre tantos elogios como inesperada, inmerecidamente, se me han prodigado con ocasión de mi pálida, casi extática, **Egloga Trágica**, permitidme deciros confidencialmente que me llena de paz el más sencillo: el que he oído, por fortuna, de diversos lados, decirme como al oído, que mi novelilla se deja leer y aun con cierto agrado y facilidad, llevando, —dizqué—, al lector benevolente, como de la mano, por caminos floridos al natural, floridos de lo que da la tierra, no exornados por mí, sino presentes y circundantes en su realidad nativa.

Caminos llanos y fáciles, no erizados a cada paso de cuestiones sociológicas como las que enzarzan la hermosura de nuestros campos, haciéndolos decir lo que no dicen; y menos del modo agresivo conque algunos los interpretan.

Yo no he querido, en efecto, probar nada; me he puesto, por lo mismo, en caso de menos valer, en voluntaria insignificancia. Me he contentado con oír la voz muda de lo que he visto y palpado. Y, si me escuchado a mí mismo, ha sido frente a paisajes de almas o de natura, reales, no inventados.

He querido escribir como me salía, si bien no a la "salga como salgare".

Algún cuidado, eso sí, de la lengua; algún respeto a la lengua, que es una especie de respeto a sí mismo: a la lengua de Castilla, a la lengua heredada, que no es tierra baldía, que no pertenece al primer ocupante, para entrarse en

ella y abrirse campo machete en mano.

A este propósito, permitidme una excusa, no de modestia, sino de justicia: se ha dado en la flor de llamarme, para elogiarme extremando el elogio, "el primer prosista del país", (y aun de América). Tal concepto, por reiterado y por haberme venido de gente que sabe, sería digno de tenerse en cuenta al merecerlo!

Mas no sabría yo admitirlo: ese primer puesto está tomado por Raúl Andrade, quien lo guardará, y bien ganado, mientras viva y escriba, y aun más allá. Otros hay, que no le van en zaga. Entre éstos, el mismo Vacas Gómez, y otros y otros, ausentes o presentes, como Augusto Arias, Gabriel Cevallos García, Leopoldo Benítez, etc. Contentaríame con ser un aprendiz todavía, pues que nadie acaba nunca de aprender, sin aspirar, y menos pretender a **primus inter pares**.

Que los hay muy malos, y que éstos alardean de ser los mejores, es lamentable evidencia; sin que esto quite que cada cual escriba a su manera y éstos a la suya, puesto que creen tener una.

Yo no aspiro a tener "una manera" ni imitable, ni singular. Escribo como siento, y aun así, me acongoja la duda.

Si hubiese conseguido yo insinuar, en medio a nuestra algarabía, un rumor apenas, como de música de cámara que diga a media voz lo que apagan del todo las voces de los estentóreos, daríame por bien servido.

Pero, a la verdad, ni esto, con ser, cosa de tan poca monta, me lo he propuesto a mí mismo.

Sois vosotros, amigos, quienes me dais lo que os sobra. Gracias, gracias.

MONTALVO

EL SEMBRADOR

1º—Exordio

Amablemente invitado por el señor Director de Educación de Tungurahua y por la Asamblea de Directores de Escuelas de la ciudad de Ambato, voy a acercarme reverentemente a la presencia de Don Juan Montalvo, para decirle que la luz que le vio nacer el 13 de Abril de 1832, creció maravillosamente en la República del Ecuador para florecer libertad, cultura y democracia. Y quiero decirle también que su vida forjada en el crisol de la lucha, en la universalidad del pensamiento y en el relicario de las altas virtudes, constituye ahora el paradigma de las voluntades gigantes, el Patronato de las Letras Castellanas en América y la Parábola Nacional del Sembrador de plenitudes.

El Presidente Baquerizo Moreno tuvo un acierto sin precedentes al decretar el día del nacimiento de Montalvo como el Día del Maestro Ecuatoriano. Nadie más que Montalvo merecía ese justo y acertado homenaje, porque Montalvo es Maestro por todos los ángulos de su vida. Nadie más que él estaba llamado a constituirse en Representante o Símbolo de esa noble Legión que, venciendo el menosprecio de quienes lactaron el pezón de la Escuela, perdona a los malvados y prosigue la silenciosa cruzada de convertir ignorantes en cultos, analfabetos en ciudadanos y candidatos al desvío en hombres seguros del buen camino.

Montalvo, al par que literato de la primera cumbre de América, fue un Quijote de los supremos ideales humanos. Montalvo, al par que émulo de Cervantes, fue el mejor hablante de la Lengua Castellana en lo que va del siglo de las luces a nuestro tremendo siglo de la muerte atómica. Montalvo,

al par que político de pelo en pecho y demócrata pionero del destino americano, lo fue una Escuela misma para enseñarnos el arte del vencimiento que siega las malezas del medio circundante. Montalvo luchó y venció al medio ambiente egoísta e indolente. Y en esa batalla cruenta, sin cuartel, tuvo como leal amigo al maestro de escuela; como ángeles de la guarda en su camino, a los niños; y como meta cercana para su victoria, a los estudiantes y a los trabajadores que forjan el acero y hacen temblar al mundo de los despotismos.

2º—Vencimiento ejemplar

Veamos cómo Montalvo venció a la inquina y la egolatría de su medio, desafiando a la naturaleza y a la enemistad gratuita, como un Bolívar empinado sobre el Ande de su destino.

El Ecuador entero sabe que contra Montalvo se rebelaron las pelucas porque él era un hombre de la clase media. ¿Qué hizo él, entonces?. Desplegar su talento hacia los horizontes ecuménicos y probar que él era el más aristócrata de su Patria, porque la aristocracia que llegaba por la virtud de los nuevos tiempos era aristocracia del espíritu en calidad de inteligencia creadora y de siembre proficua. Montalvo demostró, de esta manera, que la clase media constituía el centro vital para el equilibrio de los futuros destinos del orbe.

El Ecuador sabe, igualmente, que contra Montalvo, el Quijote de las libertades humanas, blandieron sus despotismos tiranos y tiranuelos; pero uno de los primeros sucumbió por el rayo de la pluma del Cosmopolita, y otro de los segundos, fue ahorcado por la Santa Hermandad en un pasaje de los **Capítulos que se olvidaron a Cervantes**.

También sabe el Ecuador que el más grande literato de América y el mejor guardián de la Lengua de Cervantes, por haber nacido acá, fue combatido y desdeñado por sus compatriotas de los cenáculos intelectuales.

Mientras Víctor Hugo le atribuía "un noble corazón" y César Cantú le otorgaba el título de "hombre ilustre que honra a su patria y al género humano"; mientras Miguel Antonio Caro lo felicitaba por su "estilo natural y vigoroso" y por la "frase castigada", y Eduardo Calcaño le calificaba de "el mejor prosador Castellano de la época"; un escritor ecuatoriano de escasa monta le agredió como cazador de gazapos, y los académicos de la Academia Ecuatoriana Correspondiente de la Real Española se encerraron en su claustro como los únicos y

exclusivos. Al primero lo defenestró en su "Réplica a un sofista seudo católico", enseñándole el verdadero camino de la piedad cristiana y el hablar castizo de pura cepa materna. Y a la Academia Ecuatoriana y a la Española también les dijo, con sus libros de la más pura españolidad clásica y con el verbo de su santo orgullo: Yo valgo más que esas academias y esos académicos; pues el derecho me han dado Trueba y Castelar, Núñez de Arce y Pardo Bazán, Menéndez y Pelayo y Rufino José Cuervo, Julio Calcaño y un sinfín de altos valores de las letras universales.

Pero lo más irrisorio de este deslizado panorama se presenta en el Ecuador, cuando la más grande cabeza de la Patria cierra sus ojos a la eternidad, allá en París, para legarnos su obra y su gloria como pendón ante el concierto de los pueblos cultos del mundo.

Llegó al país el soplo de esa hora de luto, cuando nos gobernaba un Presidente que pasaba por el exponente y el Mecenazgo de las letras nacionales, y el mismo Presidente era uno de los académicos de la Correspondiente Ecuatoriana de la Lengua Española. Entonces se publicaba en Quito un periódico oficial, y se llenaban sus páginas con extensos artículos luctuosos para glorificar a difuntos que se perdieron en su nada. Pero cuando murió Montalvo, apenas se reprodujo un cable remitido de París, en tres o cuatro líneas de columna, y nadie, ni el mismo Mecenazgo y literato de la Presidencia, ni este académico de la Lengua, ni ningún otro, entre los cuales figuraban ambateños, se acordó de recluir su pasión, de reprimir su egoísmo y decir una laudatoria por la muerte del más grande de los ecuatorianos que nos honraba ante el género humano.

Callaron los que debían hablar en nombre de la Patria que perdía al mejor de sus hijos. Callaron los que debían hablar en nombre del pensamiento ecuatoriano que perdía al mejor de sus literatos. Y callaron también los seudo-católicos porque se había muerto el gran cristiano ortodoxo.

Así no hubo la voz de la emoción que, a falta de bandera a media asta en el Capitolio, derrame el perfume de siemprevivas en el alma de la Nación.

Pero esta vez venció también Montalvo, y venció a todos en batalla definitiva, consagrándose en Genio y Maestro, en el máximo prosista de América y en el Cervantes del Nuevo Mundo. Venció cegando al enemigo con el brillo de su fama y de su gloria.

Recordamos este acontecimiento de la historia cultural de la Patria, no para refrescar una llaga del pasado, sino para ofrecer a los maestros ecuatorianos un ejemplo del triunfo de la fortaleza sobre los egoísmos indolentes; de la siembra diligente y afanosa contra la rebelión de las malezas; de la verdad permanente contra la seudo-verdad que predicán los demagogos y los falsos apóstoles.

Quien se sacrifica en aras de una causa santa, se eterniza en el surco, en el libro, en el buen ejemplo y, sobre todo, en la dinámica dirigida hacia un bien creador.

3º—El amigo del maestro de escuela

Montalvo recuerda al maestro Romero que le enseñó las primeras letras, no con la agria censura del malagradecido, sino con esa picante ironía que pone de relieve el atraso pedagógico que vivimos cuando Rocafuerte se desvivía por levantarnos de la postración cultural. Le tocó aprender el abecé de su camino, cuando Ambato apenas tenía una escuela mixta que se regía por el viejo precepto de "la letra con sangre entra" y cuando el maestro, peor que después, no disponía de recursos para renovar la chaqueta, ni de estímulos para sobrellevar sus sacrificios.

Más tarde, cuando Montalvo regaba sus caudales mágicos con el torrente avasallador de su pluma, muchos maestros de escuela fueron fervorosos admiradores del *Cosmopolita*, y algunos se valían de su pequeñas discípulas para alcanzar de él alguna loa recitable o algún discurso de esos que hacían la fiesta pública en la escuela del papagayo.

Se sabe que Montalvo no desdeñó jamás a quienes formaban el espíritu de la niñez y de la juventud. Tenía que ser así porque reconocía y alaba el apostolado con esa intuición del Maestro que llevaba en sí para la consagración de su magisterio sin aulas ni preceptos docentes. Y muchos profesores fueron sus amigos personales que le agasajaron con respetuosos saludos y con atenciones del más limpio aprecio.

Un caso anecdótico puede decirnos el precio que tenía Montalvo hasta para los más modestos maestros de la escuela. Se cuenta que el preceptor Vallejo del pueblecito de San Andrés, provincia del Chimborazo, desvivía por conocer al autor de "*El Cosmopolita*", porque sabía que, de vez en cuando, pasaba por las cercanías de su plantel en dirección a Guano.

Y lo cumpló una ocasión, siguiéndole a toda carrera, para detenerlo y decirle:

“Yo sé que usted es el mismo talento, y yo quiero expresarle, henchido de contento que, por la rica carga, ¡es feliz su caballo!”.

4º—El amigo de los niños, en el exilio

Montalvo, sobre todo, fue amigo y maestro de los niños, como si el espíritu del maestro de escuela se hubiera encarnado en él. “Casi todos mis amigos —dice en uno de los libros de “Páginas Desconocidas”— pertenecen al dulce gremio de la infancia: nunca me faltan visitas; a donde voy, busco a los niños. Venid a mí los párvulos”.

Y no es que él solo buscaba a los niños, sino que éstos le buscaban también a él, porque las almas afines se buscan recíprocamente como movidas por la atracción del corazón que es más poderosa que la atracción de la sangre.

Recordemos cómo allá, en el exilio de Ipiiales, los niños se le acercaban henchidos de confianza, pletóricos de amor. Y Montalvo revestido de Herculano, en actitud novelesca, los recibía con esa sonrisa suya que era avara para los adultos y generosa para los pequeños. Pues refiriéndose a éstos, dice: “La puerta es suya; entran cuando quieren”. Y trasladándose a ese yo que pone en Herculano, agrega: “Contémpalos éste con inefable ternera, y con la risa que nunca falta para los niños”.

Y no se crea que ese Herculano de la posada de Ipiiales que llena los mejores episodios de “Geometría Moral”, es una creación de fantasía o de novela. Pues es el mismo Montalvo por todos los lados de la historia. Y así, este pasaje es rigurosamente autobiográfico.

“Un día —dice—, después de un viaje que había durado algunos meses, Herculano se hallaba aún con botas y espuelas: todo el pueblo sabía que ya **el señor** estaba de vuelta. Herculano era **el señor** para los niños y la gente del pueblo...”

“Estaba, como acabamos de decir, recién llegado **el señor**: entró una muchachita gordiflona, de cuatro años de edad, rubia, crespita, sin peinar: como del pueblo, no traía zapatos; limpia, eso sí, y bien ataviada, como una princesa plebeya. De entre el seno y el rebozo sacó dos huevos frescos, abultados, resplandecientes, y extendida la manecita, dijo: “Son de mi gallina negra. ¿De dónde viene el señor?. —Del Perú, mi vi-

da; ¿sabes dónde cae el Perú?. —Sí; por allá, por Tusandala”.

“Luego llegó una vieja trayendo en brazos una chiquita ojinegra, boquirrubia, cuyo pelo ensortijado estaba en alzamiento popular. Entre el pecho de la mujer y sus propias manos, apenas podía domar y sujetar un pollo subversivo que venía protestando por la imprenta, esto es, diciendo cuanta queja amarga y cuanta desvergüenza atroz pueden haber en semejante tribulación. “¡Rosita! ¿No es ésta la Rosa?. —Ella, señor: y el señor, ¿de dónde viene?”.

“Llegaron enseguida dos pillitos de los más simpáticos: era el uno un cholo moreno, de dos tercios de alto, achaparrado, bien comido, con una cara que estaba prometiendo todo un Guzmán de Alfarache. El pantalón a las ingles, se le caía a cada paso; él, mano a levantarlo. Levita, casaca ni chaqueta, no había para qué buscarlas en su guardarropa: sombrero, Dios le dé: camisa era todo lo que tenía, salida y abombada alrededor: vivo como el diablo: la cara, un Ginesillo.

“Su compañero es rubio: pelo largo y liso, como Escipión Africano: garzos los ojos, blanca la tez, según que muchas veces del pueblo salen príncipes de sangre real... Sea de esto lo que fuere, aquel inglesito andino se abrazó con una pierna del señor extranjero, y se estaba a mirarle para arriba, mientras éste le acariciaba la cabeza, diciéndole: “Macario, Macario, te han puesto ya en la escuela?”.

Puede decirse que este hermoso episodio de la vida de Montalvo tiene algo de ese romanticismo que le nutrió al autor de la “Geometría Moral”; pero, pese a todo, allá está el gran Proscrito ambateño, estimado por la gente del pueblo y querido por los niños de la plebe, quienes le colman de sencillos presentes con esa blanca sencillez que inunda las almas limpias e inocentes.

Con este episodio de su vida, Montalvo quiso decirnos que el amor a las criaturas se ha de cultivar desde abajo, porque los de abajo requieren más amor y más cuidado, precisamente porque sobre ellos cae la escarcha de la incuria social. De ahí que la primera pregunta que dirigió a Macario, el más grandecito de los párvulos, fue: “¿Te han puesto ya en la escuela?”.

Y Maestro, al fin, Montalvo extrae la moraleja de su propia parábola, yéndose al recinto de su reflexión. Dice de inmediato: “El que cultiva el amor de los niños está libre de mil males: la inocencia tiene cierto prestigio que, si no disipa del todo los malos pensamientos, desenturbia el alma y la po-

ne a volar ligera por los ensueños de la felicidad". Luego, como dirigiéndose a sí mismo, agrega: "El filósofo que aconseja al hombre desgraciado y triste a acompañarse de un niño, piensa lo mismo que esa buena anciana que deshacía el encanto yendo a pasar con un niño en los brazos por un lugar del cual estaba apoderado el demonio".

Acaso él también no estaba en desgracia y embargado por la tristeza?. Acaso no estaba acosado por la criminal persecución?. Entonces tiene razón cuando concluye: "Herculano tiene fe, sin duda, en el influjo de la infancia, y sabe que en medio del crimen mismo son descuentos que nos hace la justicia divina, el amor y la protección de la inocencia".

5º—El amigo de los niños de su propia tierra

Pero no era en Ipiales solamente donde le amparaba a Montalvo la inocencia de los corazones infantiles; también en Ambato se repitieron las escenas, a mediados de 1877. "No sabía yo —dice en "El Regenerador"— dónde poner los regalos de los pobrecitos que iban viniendo unos tras de otros, a cual más gordiflón, a cual más rubicundo. Uno me alargaba la mano con un huevo; otro saca de la faltriquera un tauso; éste trae una ollita de leche, ésa abre el pañuelo preñado de bizcochuelos; y una mesticica de cuatro años echa del seno un pollito que aturde con su pío pío."

Otras veces los niños de Ambato obsequian al Cosmopolita, planas escritas "con muestras de caligrafía, dibujos mal hechos y graciosas travesuras". Es decir le obsequian cualquier cosa, porque para ellos valía mucho, aunque sin darse cuenta que lo que daban era la inocencia, el cariño y una sabrosa inyección de beneplácito.

Bien se comprende que son las criaturas del pueblo las que le visitan y le aconsejan en su tierra. Y él sabe que esos niños le aman sinceramente y que ellos están bien pagados por su amor. Lo confiesa: "Solamente Jesús habrá querido más que yo a estos rapazuelos que, ignorantes de la vida, cultivan sin saberlo la inocencia".

El amor de Montalvo a los niños no se expresaba sólo en el regalo de afectos; pues el Maestro se constituyó también en el provisor de lo que el maestro de escuela no podía darlos. Atendiales con esa literatura didáctica que hacía el espectáculo público en los exámenes de antaño: las loas y los discursos. Qué más debía hacer quien vivía en comunión con los niños y

sabía que los preceptores no podían codearse con Demóstenes y las Musas?

Uno de esos días se le acercó la niña Merceditas Quirola. Le solicitó encarecidamente una loa. "Me pidió —dice Montalvo— con ojos tan llenos de lágrimas y boca tan cargada de sonrisas, que hubiera sido una herejía negarle tan poca cosa. Aprendiéndola con facilidad, y con gentil desenvoltura la pronunció de esta manera:

De agua, señores, necesita el árbol,
el aire es su alimento: necesita
la planta luz para crecer hermosa,
para dar frutos: sin calor no hay vida.

Capullos sin olor, plantas sin fuerza,
pero con esperanza son las niñas:
que el sol les falta, crecen tarde y poco;
que les falta la luz, mueren de prisa.

La educación, señores, será el agua,
la humedad bienhechora con que activa
el alma crezca, floreciendo en grande
produzca las virtudes y a Dios sirva.

No estudiar, no aprender, no saber nada,
es vivir a la sombra, estar marchita:
vive y no vive la ignorancia y muere
si el contacto de la luz divina.

¿No os dije ya que la mujer es planta
en esta edad en que la llaman niña?
Vosotros los mayores, si os importa
vuestro deber, cuidad estas plantitas.

Otra vez le atendió con un discurso a la niña Maclovita Hervas, "conjunto de gracia, rubor y animación tal, que en viéndola todo era simpatía". Era un discurso de enseñanzas cívicas, hablado por la mujer bajo el palio de las virtudes hogareñas.

Una tercera vez, la solicitante fue una diminuta perla del Guayas. Lo cuenta así Montalvo:

—"Señor don Juan, me dijo, estoy nombrada para el certamen: vengo a pedirle un favor.

—El que tú quieras, mi vida.

—Deme un discurso, como suyo.

—Serás servida, chica: desde mañana te vienes a ensayarlo.

En tres días lo tenía, no en la memoria solamente, sino también en los ojos, la boca, las manos, el cuerpo: tan declaradas eran su inteligencia y sus dotes oratorias!"

La niña le había pedido un discurso "como suyo" y Montalvo la dió como de él. Era una franca acusación a los poderes públicos que se descuidan o se olvidan de la educación pública. La niña lo pronunció con "los ojos, la boca, las manos, el cuerpo" porque eran "tan declaradas... sus dotes oratorias"; pero los apegados al gobierno, al gobierno de Veintemilla precisamente, se rascaron la cabeza y se mordieron los labios con visible indignación. Y hasta llevaron el chismecito al Dictador, lo que redundó en la cancelación del Director de Estudios "por haber permitido que semejante discurso se pronunciara en acto tan solemne".

Pero quede aquí la anécdota y pensemos que Montalvo no solamente fue un cariñoso amigo de los niños, sino su maestro también. Empero, fue al mismo tiempo un precursor del moderno educador de la infancia, del que multiplicándose en las actividades escolares, tiene que hacer literatura infantil y convertirse así en artista dirigente de la porción menuda.

Tal papel lo ejerció Montalvo, esforzándose por medir la capacidad de los niños y bajándose al plano de la difícil sencillez que hay que poner en el lenguaje de los pequeños. Pues bien podemos decir que el gran Maestro de los maestros, lo fue también de los niños de la escuela, como si un pedagogo se pronunciara espontáneamente en él.

Desde luego este parto generoso de la naturaleza tenía que producirse, porque la pedagogía tiene su origen en el amor a las criaturas. Por eso las primeras pedagogas son las madres, y pedagogo por el amor fue Montalvo.

6º—El Quijote de los niños

Muchos episodios de su vida en comunión con los niños, los cuenta Montalvo en "El Regenerador", "El Espectador" y las "Catilnarias"; pero para llegar a otra senda del amor de Montalvo a la infancia, recordemos o revisemos el primer numeral de los "Capítulos que le olvidaron a Cervantes". En él lo vemos al autor tranfigurado en Manchego para decirle a su escudero: "Mira por esas malezas si das con una cuna de mar-

fil o un cestillo de mimbres; que de este modo suelen exponer a las corrientes de las aguas los hijos de las princesas han furto a sus padres”.

Tal orden se la dio porque había oído el lloriqueo de un niño, a la orilla de un río. Pero Sancho, siempre supersticioso, le respondió: “Si vuesa merced oyó ese clamor, diga que es el diablo ...” —¿Cómo quieres, replicó Don Quijote, que la malicia, la perversidad, la condenación tomen la forma de los ángeles?. Angeles son los niños en la tierra: si los años y las tentaciones del mundo no torsiesen y corrompiesen su naturaleza, no tendría el hombre necesidad de pensar en otra vida, porque en esta misma gozaría de la gloria.”

Como Sancho se enreda en sandeces propias de su caletre, Don Quijote personalmente se acercó al niño abandonado entre trapos mugrientos. Luego dijo al escudero: “Alza al niño, Sancho, y vente tras de mí. El buen obrar trae consigo mismo la recompensa, aun cuando no se sigan efectos notorios.”

Otra vez, ya sin la envoltura del Quijote, pero lleno de qui jotismo contra las injusticias de la sociedad, extendió su mano y su amor a una infeliz criatura que en París le demandaba una moneda para un pan. Cuenta el mismo Montalvo en una de sus “Páginas Desconocidas”:

“Un día no me había quedado por todo caudal sino un franco en el bolsillo, y se lo di a una muchachita, porque todos estamos obligados a dar de comer al hambriento. ¿No se lo había de dar?. Traía atada la cabeza; en sus rasgados ojos brillaba el hambre, pues, el hambre tiene también su resplandor: la luz siniestra con que la muerte se alumbra para llegar. Su cara era una elegía: chupadas las mejillas, pálidos los labios, porque la sangre se retrae a todos los que no comen: andrajoso el vestido, el pie desnudo. Se llegó, y me miró, y me extendió la manecita: ¿no había de dar mi franco?.

“Al otro día tomé una taza de leche, y lo pasé contento; al tercer día tomé una taza de leche, y lo pasé triste. Y cuando el sol se ponía, cuando sus últimos rayas doraban las cimas de los árboles del campo de Marte, y la colina de Meudon estaba resplandeciendo en el luminoso vapor de la tarde, bajé por el trocadero, y puesto de codos en el brocal del puente del Alba, me estuve mirando azul el turbio Sena.”

¿No es éste, en verdad, un Quijote de los niños?. Acaso no es también el desfacedor de agravios y el que castiga la injusticia con la justicia de su corazón?. Entonces ya sabrán

justificarme por qué yo llamé "Quijote y Maestro" a mi biografía novelada de Juan Montalvo.

6º—Metas de la esperanza

Montalvo puso también su fe, su esperanza y su amor en los jóvenes, sobre todo en los estudiantes, porque estaba seguro que estas energías en crecimiento, bien dirigidas por los caminos de la acción y la virtud podían sacudir los cimientos de castillos despóticos y hasta hacer temblar al mundo carcomido por las infamias.

Y aquella trilogía de su corazón, concretada ya en objetivos de bienestar social, la encaminó hacia el pueblo para decirle que la unión solamente le hará fuerte, trabajador, progresista y feliz; que por la unión ganará la libertad, el atributo máspreciado de los hombres. "Pueblo, dice, sed libre tirando siempre al bien común, propendiendo de continuo a levantaros más y más por medio del trabajo y el cultivo de la razón y el corazón. Los hombres distinguidos por la inteligencia y la sabiduría son vuestros maestros naturales: seguidles y oidles".

Y entre esos maestros naturales estaba él mismo a la cabeza, repartiendo lecciones al pueblo por medio de "El Regenerador" y otras obras. El siempre Maestro de los niños y los jóvenes, de los obreros y los maestros. El, el Sembrador incansable cuyos surcos se extienden día a día, como señalando el Procerato del Trabajo por los cauces del espíritu, por las manos del progreso y por la ventura de la Patria.

7º—El Sembrador

Y así fue el Sembrador. Sembró la luz en el surco de las ideas y nosotros vamos cosechando los frutos al ciento por uno, al millón por mil, para decir que es rica la troje de la libertad y vigoroso el nervio de la democracia, y ¡ay del que intente despojarnos!

Montalvo, el Sembrador, sembró su ejemplo para decirnos que los méritos triunfan sobre las envidias y los enconos; para demostrarnos que las voluntades robustas siempre vencen los obstáculos de la naturaleza o de los hombres; para enseñarnos que el amor a los niños es atributo sagrado y bienhechor; para honrarnos con el oficio de educadores que hemos

escogido; y para fortalecernos con su nombre y su doctrina, su ejemplo y su fama de Maestro de maestros.

Montalvo vino al mundo, sobre los Andes, un trece de Abril. Creció en actitud de Sembrador, y pronto fue el Sembrador mismo. Sembró al ciento por uno y al millón por mil, las semillas virtuosas que dieron y van dando el legítimo brillo a nuestra Patria.

Fray VICENTE SOLANO

Discurso pronunciado por el señor don Carlos Manuel Larrea en la inauguración del monumento al sabio en Cuenca

Uno de los actos con que la Casa de la Cultura Ecuatoriana ha querido contribuir a la celebración alborozada del Cuarto Centenario del nacimiento español de Santa Ana de los Ríos de Cuenca, es la solemne inauguración de este artístico monumento elevado para glorificar la egregia figura del más ilustre de los hijos de esta ínclita ciudad.

Al distinguido Presidente de la Casa de Cultura —alto exponente de las letras ecuatorianas, Sr. Dr. Benjamín Carrión— correspondía hacer la entrega de este bronce, a la ciudad fortunada en donde se meció la cuna del inmortal Solano. Obstáculo insuperable surgido a última hora impidió al dignísimo y genuino representante de la Institución, que viniera a satisfacer su vivo deseo de rendir personalmente el homenaje al sabio cuencano y de participar en el júbilo de esta hora de su justiciero ensalzamiento.

Sin yo merecerlo, me pidió el Dr. Carrión que le representara en tan solemne acto y que hablara en nombre de la Casa de Cultura Ecuatoriana. Honor es éste que me llena de confusión y de temor. ¿Cómo elevar mi voz en esta ciudad ilustre, la "Atenas americana", santuario patrio del talento, la sabiduría y la elocuencia? ¿Cómo hablar ante un auditorio formado por barones que son la honra y prez de las letras nacionales?... ¿Me atreveré a querer interpretar los sentimientos de quienes componen la Institución llamada a mantener y afirmar el prestigio del Ecuador en el único campo en el que

debe y puede aspirar a ser muy grande, en el campo del espíritu y la Cultura?...

Sí, señores; porque cuando el patriotismo inflama el corazón, se tiene la audacia de olvidar la pequeñez de las propias fuerzas; y patriótico en extremo es el acto de merecida exaltación de un hijo de nuestro propio suelo, de un hombre encumbrado por su inteligencia y su carácter a altura inmensurable como los picos de nuestras montañas; de un sabio cuya fama traspasó las fronteras y llenó de gloria al nombre ecuatoriano por la magnitud de su ciencia y lo acendrado de sus virtudes. Patriótico pues, el justiciero tributo de admiración y gratitud a quien consagró su vida a la defensa de la Verdad y al servicio de la Patria .

Mas no basta que el pecho esté lleno de entusiasmo admirativo para poder expresar debidamente los sentimientos del alma. Sería preciso, para hacer la condigna apoteosis de Fray Vicente Solano, tener las ejecutorias de quienes penetraron con iluminada visión, en la vida y la obra del genial compatriota; poseer las dotes de biógrafos y críticos como Antonio Borrero-Cortázar, Remigio Crespo Toral, Alberto Muñoz Vernaza, Víctor Manuel Albornoz, Agustín Cueva Tamariz y otros ilustres cuencanos; o el profundo saber de un Menéndez y Pelayo o de un Gregorio Marañón que tan admirablemente comprendieron el valor del insigne fraile franciscano. Lejos, pues, de mí la pretensión de hacer una semblanza del hombre extraordinario cuya efigie bronceada quedará aquí expuesta a la veneración presente y al culto de las generaciones venideras.

El Ecuador cuenta en sus montañas varias de las más elevadas cimas de los Andes; igualmente ha tenido, no obstante la pequeñez de territorio y población, muchos hombres, verdaderas cumbres del espíritu en América: El más grande de los poetas líricos, Olmedo; el mayor de los prosistas castellanos del Nuevo Mundo, Montalvo; el más extraordinario organizador de una nación dividida y anarquizada y el más formidable impulsador de su progreso con escasos medios materiales, García Moreno, nuestros son y hacen que nuestro pequeño país sea muy grande. Y sabios como Espejo y Maldonado, oradores como Mejía y Rocafuerte, historiadores y polígrafos fecundos como González Suárez, Crespo Toral y Honorato Vásquez, dan brillo inmarcesible a nuestra Historia.

Entre esa pléyeda grandiosa de quienes se enorgullece la Patria, descuella el humilde fraile descalzo de la Orden Seráfica, que vio la luz primera en esta Ciudad insigne, en la úl-

tima década del siglo XVIII y que llenó casi dos tercios de la pasada centuria con la obra prodigiosa e ingente de su personalidad multifásica.

Fue Fray Vicente Solano un verdadero sabio. Buscó en el silencio del claustro y en el apartamiento del mundo, siendo todavía niño, ambiente propicio para nutrir su gran inteligencia con los más sólidos principios y formar su voluntad en rígidas normas de moral cristiana.

En los años de estudios formativos puso las bases para el inmenso edificio de su saber. En la Recoleta franciscana de San Diego de Quito, entregóse por entero a la oración y al estudio; y dejándose llevar de la vocación a indagar los misterios de la naturaleza, cultivó todas las ciencias y adquirió en muchas de ellas vastísimos conocimientos. En una Epoca en que lo difícil de las comunicaciones y la lejanía de los grandes centros intelectuales de Europa parecían obstáculos insalvables para seguir de cerca el desarrollo de las ciencias, asombra la ilustración enciclopédica de Fray Vicente Solano adquirida en el constante estudio y el afán con que se ingeniaba para estar al tanto de los últimos descubrimientos y sucesos políticos del mundo.

En las magníficas bibliotecas de los monasterios franciscanos halló Fray Vicente caudal inmenso para satisfacer su sed de conocimientos en ciencias eclesiásticas y filosóficas: la Teología dogmática y moral; la Patrística, el Derecho canónico y el civil; las Ciencias políticas, la Historia, la Sociología, la Etnografía y la Filología; las literaturas clásicas antiguas y modernas, todas fueron disciplinas a las que consagró con tesón su clara inteligencia. Pero el estudio de las Ciencias biológicas y naturales le atraía de manera particular y extraordinaria. Su espíritu de observación y su amor a la naturaleza hacían que fuesen fecundos los trabajos de investigación en Botánica y Zoología, no obstante la pobreza de gabinetes y laboratorios. Con intuición maravillosa adivinó soluciones a problemas que las Ciencias Biológicas aun tardarían en resolver. Tuvo ideas geniales y propias. Su amor a la Botánica no era sólo afición de curioso investigador, sino fruto de su anhelo de servir a sus semejantes como farmacólogo y médico.

Mas fueron las Ciencias políticas, después de las teológicas, las que más cultivó su noble y elevado espíritu. Porque Fray Vicente Solano ardía en amor a Dios y a la Patria; consumíale el celo por el reinado, en todas partes, de la Verdad

y la Justicia y por ver a su amada Patria feliz, próspera, grande, lo que sólo podía alcanzarse desterrando de ella el error y la ignorancia.

Y a combatir el error y difundir las luces de la ciencia dedicó sus mayores actividades y sus múltiples talentos. La tribuna sagrada, la cátedra, el libro, la prensa periódica fueron medios eficaces de que se valió en sus apostólicas campañas. Solano, —bien lo recordáis— fue el fundador de "Eco del Azuay", primer periódico cuencano, y luego, infatigable, se lanzó a la batalla con el folleto y la hoja impresa para defender a los oprimidos, para atacar denodada y valientemente a los tiranos, proclamar el inalienable derecho del hombre a la libertad bien entendida y divulgar conocimientos científicos.

Polemista acerado, pronto para la réplica, demoleedor de los sofismas que le oponían, triunfaba siempre con lógica irrefragable o con donaire y gracia en satíricas alusiones. Hirió con frase enérgica y a veces dura a quienes consideraba adversarios de la Religión, de la Libertad o de la Patria, aunque éstos fuesen de la talla de un Irisarri, un Vigil o un Vidaurre. Azotó con el látigo de su palabra, sin piedad ni miramiento, a los viciosos y a los esbirros e hipócritas; y si a veces, apasionado por sus nobles ideales, perdió la serenidad y la altura en la ardorosa contienda, jamás descendió al insulto ruin o a expresiones de odio personal y rastrero.

Nunca se rebajó ante los poderosos ni menos se arrastró con la adulación y la lisonja ante los demagogos. Con increíble intrepidez, sin medir los peligros de su audacia y su franqueza, predicó y escribió teniendo por norma únicamente la moral evangélica; pero si alguna vez su recio temperamento le arrebatara a lastimar el honor o el amor propio de sus contrincantes, no vacilaría en pedir perdón con sencillez y humildad ejemplares.

Porque Solano fue, sobre todo, un cristiano de profundas convicciones, un hombre rectilíneo, un Sacerdote penetrado de la altísima misión apostólica de los ungidos para servir de intermediarios entre Dios y los hombres y guiarlos con el ejemplo y la sana doctrina. El austero y virtuoso fraile, en época en que aun quedaban muchos resabios de relajación y desvío, se empeñó por elevar el nivel moral del Clero y porque se ilustrara en todas las ciencias divinas y humanas, a fin de que pudiera defender, con buenas armas, la Verdad revelada contra los ataques de la falsa ciencia materialista e incrédula.

Habíase preparado, con la meditación y el estudio para servir a Dios y a la Patria este preclaro barón que huyó de los halagos del mundo, rechazó las dignidades eclesiásticas que le ofrecieron y sacrificó su tranquilidad y hasta su noble pasión de investigador científico, por defender la verdad y levantar el buen nombre de la República contra los juicios apasionados o superficiales de extranjeros menospreciadores de nuestra cultura.

Humanista en el más amplio sentido de la palabra, fue Fray Vicente Solano raíz y fecunda semilla de la tradición esplendorosa de la cultura cuencana. Pero el sabio y virtuoso fraile no es sólo gloria del Ecuador, sino de toda América, cuyos problemas políticos le preocuparon hondamente y sobre cuyo futuro habló con atisbos proféticos asombrosos. Con razón nacionales y extranjeros le compararon con Fenelón por la independencia en sus ideas filosóficas al par que humilde sumisión de su criterio a la Fé Católica; con Bossuet, por sus brillantes dotes oratorias; con Feijóo por su erudición e inmensa variedad de conocimientos. Muy natural, pues, que el esclarecido fraile fuera considerado como oráculo en su tiempo y que el mismo Libertador le colmara de elogios.

Al erigir este bronce, evocador del gran patriota, insigne escritor y polemista, la Patria se glorifica y afirma su fe en los valores de su estirpe y su esperanza para el futuro. Los pueblos que olvidan a quienes fueron sus conductores o sus héroes, no merecen figurar en la Historia. Los que hacen justicias al mérito y guardan con veneración la memoria de los grandes servidores de la Patria, llamados están a muy altos destinos. Nada más propio de un pueblo noble y nada más satisfactorio que el reconocimiento de las virtudes excelsas y los valores eminentes. Cuán placentero es, —como me decía en cierta ocasión mi ilustre Maestro, esa otra cumbre que se llamó González Suárez— sacudir el polvo del olvido que van acumulando los años sobre todo lo muerto y mostrar a la posteridad luminosas y resplandecientes las personalidades que tienen derecho a la inmortalidad!

La Casa de la Cultura Ecuatoriana, repito, considera fiesta propia la jubilosa celebración del Cuarto Centenario de Cuenca; porque Cuenca ha sido y sigue siendo solar augusto de la Cultura patria; y en reconocimiento de este cimero timbre de orgullo ecuatoriano, ha contribuído gustosa la erección del monumento de aquel otro varón egregio, el gran poeta

Remigio Crespo Toral; ha procurado que en esta Ciudad magnifica, tenga la Cultura su propia casa; va a celebrar en ella una sesión solemne extraordinaria e inaugura este bronce, obra de un reputado artista nuestro, como simbolo de la permanencia del recuerdo de una de las más encumbradas glorias ecuatorianas, el inmortal Fray Vicente Solano.

He dicho

C A R L O S M A N U E L L A R R E A

**ARTURO BORJA, ERNESTO NOBOA,
HUMBERTO FIERRO**

Charla amigable sobre recuerdos personales de juventud, en compañía de los tres poetas más célebres y desventurados de nuestro tiempo.

Una vez más don Gonzalo Zaldumbide, Presidente del Instituto Hispánico, me echa al ruedo de la publicidad, comprometiéndome, con amable instancia, para que narre recuerdos ya distantes, de Quito, mi ciudad, y de mis amigos y de nuestras vicisitudes.

Así don Gonzalo quiere matar dos pájaros de un tiro: primero, animar la vida de este Instituto, tan cara para él y para nosotros; y segundo, sacarme de la grata sombra a la cual me han confinado la indiferencia general y mi propia desgana, para esto de no estar en otra parte que no sea en círculos de mi intimidad.

Esta predilección por la intimidad me ha llevado a escoger de tema para esta charla los recuerdos particulares y en cierto modo íntimos, de la juventud de mi tiempo. Me anima la esperanza de suscitar con ellos un interés que probablemente no despertaría al tratar de asuntos públicos. Ya una vez lancé un libro de memorias cívicas, en las que era ineludible que se mezclara lo personal. Fui criticado. Y no faltó un quiteño, amigo mío naturalmente, de quien supe que planteó esta observación: ¿Quién es Guarderas para tener memorias? ¿Se cree un Chateaubriand acaso?... Sin duda este amigo no se creía un Chateaubriand como suponía me hubiese creído yo; pero él se suponía superior a mí y a sus memorias más interesantes. Lástima que no las escribiera.

Esta observación me da pie para entrar en materia. Aquel intolerante espíritu de acrimonia, no tan generalizado ahora, era el prevalente en la época de mi juventud. En otro lugar ya apunté que el escribir era una prerrogativa consentida por

los demás si el escritor ya poseía títulos serios que le confirieron derechos: diploma académico, lauros universitarios o, por lo menos, estirpe de escritores que explicaran al caso por razones hereditarias.

¿En qué, por tanto, habrían de emplearse la vocación cultural y el placer del arte en quienes no reunían los requisitos anteriores?

Gayau consideraba que el arte es el fruto desinteresado del placer del juego. Como la juventud de mi época debía, por frívola, renunciar al arte, no se la creía buena sino para el juego de azar y los otros juegos. El deporte aún no había entrado en nuestros medios, pero existía el que ciertas necesidades y tradiciones habían creado. Entonces no había prestigio equiparable al del joven que fuera un buen chalán, que supiera afirmar el paso de un caballo fullero, que persiguiendo un novillo en un potrero su lazo no errara las astas, los límites como entonces se aludía a los cuernos. La bienamada, corrientemente, rendía su esquivez en la plaza del pueblo donde el gallardo mancebo, después de traer en la extremidad de la huasca al toro bravo, abandonaba el brioso caballo, y con el poncho, o a veces sólo con el sombrero, libraba el primer lance.

Esa era la atmósfera general, ese el espíritu preponderante. Pero hay que aclarar que no eran atmósfera y espíritu únicos. Tal cosa habría equivalido a un paréntesis en la cultura mental, lo que no puede paralizarse.

El curso de la cultura sólo se modifica y varía; y justamente, la etapa de la variación se inició en los tiempos de mi juventud distante, sin que se pueda desconocer que a mi grupo, al de mis amigos, correspondió el honor del impulso y el dolor de la incompreensión y de la lucha.

Ya estaba fundada la "Sociedad Jurídico Literaria", en la cual, no obstante su asociación de conceptos incompatibles, habían hecho su vela de armas y triunfado en varias disciplinas Julio Moreno, Manuel María Sánchez, Aníbal Viteri, Nicolás Jiménez, Leonidas García, Belisario Quevedo y otros juristas y otros literatos.

La Jurídico tuvo su edad de oro. No rendirle homenaje sería desconocer su influencia en el desenvolvimiento de la cultura ecuatoriana y en el despolvamiento de los espíritus.

¿Por qué han recaído sobre ella el desdén y hasta la mofa?... Sencillamente porque se alzó, sin quererlo acaso, a una importancia que la desnaturalizaba. Un profesor argentino

que ha poco nos visitó, nos dijo que la política y la cultura no van juntas; advertencia que al venir al colete de otras instituciones político-culturales, nos recuerda el derrumbamiento incontenible del prestigio cultural de la Jurídico Literaria.

Ni el espíritu ni la dirección de la Jurídico influyeron, de modo alguno, en la insurrecta juventud literaria de mis tiempos. Justamente el carecer en la patria de antecesores definidos representó parte de su originalidad. Por ella tuvo que sufrir. Empero no negaremos que si tuvo parientes. El minúsculo grupo que mantuvo con vida precaria la revista "Altos Relieves", inició con nosotros cierto movimiento de renovación, aún tímido, aún desorientado. Por precursores debemos tener a Luis Veloz y a Aurelio Falconí, a la sombra de cuya revista se dieron las "Policromías" de Falconí. En su Prólogo, Veloz ya ostentó su intención, repitiendo, para dár ánimo a su prologado, la feliz estrofa de Valenciana:

"... el bardo de la estrofa decadente,
el bardo mártir que suscita mofas,
levantará la frente,
alto nido de férvidas estrofas".

Con esto, contra el academismo preponderante, ya había una etiqueta nueva de la cual estaban ufanos los que la llevaban: la de los decadentes.

(Un breve paréntesis hace falta aquí. No estoy haciendo historia; para hacerla me faltan archivo y biblioteca que no cabrían en esta modesta charla sin pretensiones. Estoy apenas consignando recuerdos volanderos antes de que se volatilicen definitivamente. De modo que a quienes los estén fiscalizando con más claras y eruditas informaciones, les anticipo la advertencia de las facturas: Salvo error u omisión).

La insurrecta juventud de mi hora, trajo además esta diferencia: ser completamente indiferente a la política, a la beligerancia; fue simplemente "toda ansia, todo ardor, sensación pura y vigor natural y sin falsía", como dijo Darío.

Errarian, pues, quienes atribuyesen al grupo pequeño de mis tiempos un propósito de redención social y política. Inducido por falsas informaciones, erró Raúl Andrade en su "Retablo de una generación decapitada" —que es sin duda una bella alegoría— al interpretar su drama como un reflejo del drama político. No es verdad que "la tragedia política de su tiempo se ha hincado en ellos y los ha derrotado", como él dice. Pareciera más bien que Raúl hubiese dado una extensión re-

prospectiva a su propio drama. En realidad, por demasiado jóvenes, por demasiado enamorados del arte, del dolor y de la vida, es lo cierto que a ninguno de nosotros le importaban dos ardites los problemas de la vida pública o del Estado. El único que se encaminó por esa senda fue el que os habla; pero eso fue más tarde, cuando imprevisibles cubileteos de la fortuna le colocaron frente a esos problemas. Empero el error de Andrade ha creado la denominación más expresiva, aunque errónea: "la generación decapitada".

Independientes de grupos literarios y de tendencias políticas, fuimos todos ácratas sin darnos cuenta, ni creer que iniciábamos en la vida literaria nacional una innovación ni menos una renovación. Y hé aquí que la célula inicial la constituyó un muchacho, casi un adolescente, el menor del grupo, Arturo Borja Pérez, una personalidad distinguidísima por la riqueza y diversidad de sus dones y quien sabe si también por el misterio que anima a la precocidad de los destinos precoces.

Su casi momentánea vida influyente la comenzó a los diecisiete años. En su adolescencia sufrió una avería en un ojo que determinó a sus padres, el jurisconsulto ilustre, Dr. Luis Felipe Borja Pérez y doña Carmen Amelia Pérez, a realizar el considerable sacrificio económico que entonces representaban los viajes, y mandaron a su hijo, bajo la tutela de un tío, a París, a fin de que allí salvaran el órgano que lo juzgaron seriamente comprometido, tras una avería casual. El más feliz resultado se logró de los oculistas de Francia; pues Arturo disfrutaba de la vista más certera y penetrante, cual si sus ojos no hubieran adolecido de imperfección alguna. De aquella avería le quedó apenas una leve raya blanca que dividía en dos la pupila oscura.

Entre tanto, de esa permanencia, además de otros conocimientos, adquirió el del francés, que lo hablaba bien y lo conocía aún mejor. Ese fue el magnífico instrumento de su cultura y de su dirección. Por el francés se puso y nos impulsó más allá de los campos peninsulares de España. No nos trajo el francés de los liceos y las escuelas, en el cual campean las buenas fieras de Maese La Fontaine que solamente matan para comer. El francés de Arturo fue para ejercitarlo en Baudelaire y Verlaine sobre todo, y en los simbolistas que seguían el Pontificado de Mallarme.

No se completaría el cuadro de nuestro movimiento si se omitiera el nombre de un joven francés, inteligentísimo y cultísimo, que cayó entre nosotros por la influencia de una fami-

lia quiteña rica, que honradamente desplegó ante sus ojos y los de su mujer un cuadro de expectativas ecuatorianas que, a quienes supieran aprovecharlo, les aseguraba la prosperidad económica.

Pobre Paul Bar! Aquí pagó caro su credulidad; pues hasta conseguir una cátedra de decoración en la extinta Escuela de Bellas Artes, tuvo que pintar paredes, tumbados, puertas y ventanas y acabar de comerciante en modas femeninas; lo que al cabo le dio para el viaje de regreso y quizá para aprovecharse en diversas actividades.

Más tarde, vuelto a la patria, a su París de origen, conquistó un sitio casi de notoriedad; pues la boga continuaba favoreciendo a la escuela de los pintores "puntillistas", que fue aquí la suya, y cuya teoría de los colores complementarios llegó a justificarse plenamente. En Quito dejó un discípulo que honró la pintura ecuatoriana, Pedro León.

Este joven parisién no era un literato. No aspiraba a puesto alguno en los cenáculos intelectuales. Ni en su propio idioma escribía otra cosa que sus cartas particulares. Era un representante genuino del ciudadano europeo, fruto de civilizaciones maduras, que se basta con estar perfectamente informado de artes y ciencias, de política y de historia, de comercio y economía. Empero, por encima de todo era artista con toda el alma. Su influencia fue la del exégeta: nos enseñó a ver y comprender. Nos mostró la concatenación rigurosa que existe entre un paisaje de Versalles y una estrofa de Verlaine, entre un poema de Baudelaire y una agua fuerte de Felicien Rops. Y nos enseñó, a los que lo conocíamos incipientemente, su francés claro, lógico, transparente. Sin la influencia de Arturo y la enseñanza de Bar, Ernesto Noboa no habría podido escribir en su "Romanza de las Horas":

“.....
Cuando el áspid del hastío me roe,
tengo unos libros que son en
las horas cruentas mirra, aloe,
del alma débil el sostén:
Heine, Samain, Laforgue, Poe,
y sobre todo, mi Verlaine”.

Al citarlo, Ernesto comparece de suyo en nuestro cuadro. Sus dos apellidos denuncian su noble estirpe guayaquileña. Pero había recibido su segunda enseñanza en Lima. De allí vi-

no con sus padres y hermanos, después de una permanencia que a su familia impuso la política.

Notad que en la biografía de toda familia o persona que en nuestra patria conquista una notoriedad se interpone la política para causar desastres y muchas veces el desvío de lo que se llama un destino manifiesto.

Los Noboa, los Caamaño, los Flores fueron los proscritos de la familia ecuatoriana por la transformación de 1895. Y cuando se piensa en lo que para los destinos nacionales pudo aún rendir un don Antonio Flores, por ejemplo, es irreprimible el "¡qué lástima!" que uno exclama ante las realidades y las reservas inutilmente despilfarradas, por la exclusión sectaria que los triunfantes practican como defensa propia.

Ernesto Noboa y su hermano Pedro traían de Lima una preparación escolar y colegial que sobrepasaban notoriamente a la de sus coetáneos ecuatorianos. Los certificados de exámenes correspondientes a los cursos de los colegios de segunda enseñanzas del Ecuador, hicieron que esos cursos les resultaran superfluos. Ello hizo que los abandonaran. Por lo demás, era la tendencia de la hora. Dejar los estudios era cosa que por sí sola equivalía a una profesión, aunque de hecho no se le reemplazara con nada. ¿Qué piensa Ud. hacer?, se le preguntaba a un alumno de tercero o cuarto grado de Colegio. Dejar los estudios contestaba orgullosamente, como dando a saber que con eso ya había encontrado su destino.

Los Noboa, como gran parte de la *jeunesse dorée* de mis tiempos, dejaron los estudios, para ser otros nuevos autodidactas que acrecentaron el caudal ya existente de su formación.

Se prestaba además para servir la aspiración preponderante de esas horas, que no era otra que la modesta y a la vez fácil de ser hombres de mundo.

Para tal carrera lo indispensable era ser elegante. En realidad eso supone cierto refinamiento nativo que no todos lo sienten ni se explican. Petronio, el caballero Brummel, Casanova, Lord Byron, Oscar Wilde, a eso debieron, en parte, el ascendiente y el prestigio impuestos en la mente y en la conducta de todos los hombres finos del mundo civilizado.

Los de mi grupo, también aspiramos a ser elegantes. De aquella etapa inicial guardo un recuerdo que para muchos podrá ser pueril, pero que a mi memoria siempre acude sonriente. Arturo Borja decía: "he dispuesto se me haga un chaleco cruzado que sea solo de dos botones, y que en una de sus es-

quinas inferiores lleve un botón que esté solo, hecho una fiera”.

La indumentaria, por cierto, no estaba desprovista de objeto trascendente: era el amor. Aves ingenuas, también buscábamos para nuestra estación el mejor plumaje. Luego íbamos a cantar. Y nos enamoramos sucesivamente de una y de muchas. Con algunas fuimos intrépidos, con otras tímidos. Hubo un caso singularísimo en nuestros amores, sin precedentes en la vieja historia de Cupido: toda nuestra generación se enamoró de una, simultáneamente casi, sin que eso causara separación, celos, ni rivalidad. Al contrario: en el ditirambo del uno, el otro hallaba los motivos que exaltarán su propia pasión. Y cuando la traviesa adorada, descubriéndonos su juego, se burló de todos, casándose con otro, la desventura común fue la argamasa en que se fundieron los materiales de la más compasiva solaridad.

Las chicas guayaquileñas —sin ofensa para nuestras quiteñas, entre quienes se daban excepciones— eran mucho más desenvueltas y desparpajadas. En sociedad se presentaban con garbo, con sereno aspecto, sin cortarse jamás. Eran prontas en la caída y temibles en la réplica. En las serranas, en general, si bien ya muy atenuado, aún parecía gravitar el egoísta y bárbaro adagio castellano que aconsejaba que la mujer honrada ha de estarse en casa con la pierna quebrada.

Entonces comenzamos a cantar. Madrigales, endechas, elegías. En eso no había nada de nuevo direis; todas las juventudes, en todo tiempo han hecho lo mismo. En nuestro caso lo nuevo era la forma. Trajimos, no inventamos, la soltura métrica en acentuación; empleamos los alejandrinos pareados de los románticos franceses; quitándoles las antiguas cesuras, los acentos obligados y casi todas las condiciones prosódicas de los metros consagrados, se daba a éstos gran fluidez y facilidad, quizá con perjuicio de la solidez ortológica; la armonía no dependía de acentos y hemistiquios, sino de una nota interior que ondula a lo largo de las frases, como una melopea íntima, melódica, ajena al martilleo de la obligada rima. Nos proclamamos, pues, modernistas sin reservas. Entonces fuimos intemperantes. Eramos discípulos ignorados y por lo mismo intransigentes de los todavía discutidos, pero para nosotros indiscutibles Rubén Darío, Silva, Valencia, Chocano, Villaespesa, Machado, Jiménez. Nuestra pasión de secuaces innovadores nos volvió ríspidos. Que no se nos hablara del excelente Juan de Dios Peza, por ejemplo, porque quien lo hi-

ciera corría el riesgo de perder nuestra amistad. Eramos modernistas bravos, por sobre todas las cosas. Pero por modernistas fuimos perseguidos. El tuerto Calle, en una semblanza que, por cierto era excelente, de Remigio Crespo Toral, respecto del modernismo escribía: "En otras partes, el advenimiento de esta singular escuela(?) producirá algún beneficio, digamos léxico, con el aporte de términos nuevos o resucitados al lenguaje literario: en América ocurre que su invasión trae consigo un neologismo inútil y bárbaro, que tiende a corromper el idioma, reduciéndolo a una especie de **Argot** para uso exclusivo de la canalla literaria". Y hay que recordar que entonces, una gran parte del público lector y del público escritor esperaban la opinión de Calle para conformar la suya. Por sentencia de ese Sagitario, constituimos la canalla literaria de esas horas.

Por fortuna no fue hondo ni durable nuestro descrédito. Versos como estos de Arturo:

"Te haré una rima de encaje con sutil hilo de luna,
cantaré a tus ojos puros una canción de cristal
y soñaré con el oro de tus cabellos en una
mañana primaveral.

Te evocaré yo a la grupa de un negro corcel de ensueño
conducido por el mago caballero Lohengrin.
Tendrán tus hondas pupilas ese místico beleño
de las vírgenes del Rhin.

Serás una dogaresa veneciana. Por la noche
te cantará barcarolas algún pobre trovador,
y se unirá a la del bardo que te dice su reproche
la canción del ruiñeñor.

... Y repasando tus sueños por ignoradas riberas,
en la tarde, bajo el fuego del crepúsculo estival,
recordarás a un bohemio que un día quiso que oyeras
una canción de cristal".

Y versos como los de este soneto de Ernesto:

"Tenía tu exangüe y fino rostro de nazarena
el inefable hechizo de una visión lejana;
tenías los risos blondos de María Magdalena,
y la voz armoniosa de la Samaritana.

Eran tus senos núbiles dos rosas de Ecbatana,
fluía de ti un aroma de nardo y de verbena,
e incendiaba amapolas el sol de la mañana
en el trigal maduro de tu carne morena.

Yo fui hacia ti sediento de fe, de amor, de calma;
con óleo de tus besos mis heridas ungiste
y refresqué mis labios en el Jordán de tu alma.

Brillaron en mi noche tus grandes ojos vagos
y fue esa luz de ensueño para mi vida triste
lo que la blanca estrella para los Reyes Magos.

Eran versos que fatalmente calababan en la inteligencia y la sensibilidad humana, y se abrían paso, cualesquiera que fueran las consignas y los obstáculos.

Tampoco habíamos sido los únicos que se propusieron abrir nuevos senderos. Hubimos la revelación de amistades desconocidas cierta vez que replicando a un inteligente humorista que firmaba sus amenas crónicas con el pseudónimo de Juan Lata, se lanzó a la liza Izaac Barrera, desde las columnas de "El Comercio", en defensa del poeta maldito, del admirado Verlaine, en un bello artículo intitulado "Por el Pobre Lelian".

No habíamos conocido a Barrera personalmente. Por aquella época había contraído matrimonio, y en alguna parte se publicó el retrato de los novios. Con el periódico en mano habríamos perseguido a Barrera hasta desentrañarlo de la multitud transeunte, para felicitarlo y abrazarlo por su noble actitud. No fue menester tanta acuciosidad, porque Arturo Borja lo descubrió en la librería de Paredes. Desde entonces, con pocas ondulaciones, nuestra amistad fue cordial y segura. También en esos tiempos Barrera hacía versos. No me olvido de los de su "Placer, Melancolía" ni de su "Tema Viejo".

A la sazón engrosaron nuestras filas Humberto Fierro, Julio Moncayo y Emilio Alzuro Espinoza.

En aquellos distantes días, dos eran nuestras actividades ostensibles: la literatura y la elegancia. Las dos cosas se reputaban antagónicas. Porque nosotros intentamos reconciliarlas fuimos odiados canivalescamente por algunos y admirados supersticiosamente por otros, muy pocos. Varios de los nuestros, aunque bien debieron hacerlo, no pensaron en escribir, por más que no les faltaran buenas y bien digeridas lecturas. Eran de éstos Alfredo Pallares, Alberto Gortaire, Fran-

cisco Guillén, Augusto Proaño, los Aguirre, quienes, eso sí, nos acompañaban con su entusiasmo y aplauso fervorosos. Con ellos seguimos todas las peregrinaciones del vino, desde la plenitud de los racimos a la forzada cárcel de los vasos", conforme al canto de Marquina.

Desde luego, eso del vino, bien comprenderéis que es una licencia poética; pues, con la elegancia encima, no fue frecuente que nuestros bolsillos nos permitieran consumirlo. Lo consuetudinario iba de la cerveza hacia la izquierda y hacia la derecha, sin distinción de clases sociales ni de partidos políticos. La cerveza fue el centro de nuestro equilibrio.

Don Baltazar de Alcazar, el poeta sevillano del siglo XVI, autor de la Cena jocosa, no imaginó que también en Quito se iba a dar una Taberna de Alcocer que como la suya fuera el consuelo del vecindario. En la mesa N^o 8 de nuestra taberna, abatíamos, hasta que quedaran exhaustos, varios bosques de botellas, conforme denominaba y ordenaba Arturo Borja. La cantina de Alcocer fue frecuentemente escenario de nuestras orgías literarias. Ahí recitábamos sin interrupción de lo propio y de lo ajeno, confundiendo en ocasiones lo uno con lo otro. Cierta vez cayó sobre la mesa aquel bello soneto de Jaime Freire, cuyo primer cuarteto dice:

"Deja que empolve tu cabeza blonda,
Oh! mi amada maligna y hechicera
serás bajo la nivea cabellera
una joven duquesa de la fronda".

Todo iba muy bien, hasta que llegábamos al terceto que comienza, si mal no recuerdo: "Y pues tu risa, tu sonrisa irisa", en el cual nos enredábamos hasta caer perdidos irremediablemente.

De la Taberna de Alcocer pasamos al Club Pichincha, donde levantamos nuestra peña, una verdadera peña como las clásicas de Madrid.

Arturo, en nuestras escenas de bohemia —que no habrían estado mal en las que de esa vida nos pintó Murger— dictaba la palabra de orden. Era Arturo el más joven del grupo; y sin embargo, bien puede decirse que a nuestra conducta le imprimió una modalidad particular, un estilo, algo de lo cual ha llegado a formarse una leyenda. El recomendaba nuestras lecturas; nos traía las anécdotas desconocidas de nuestros favoritos; descubría los últimos valores; señalaba la primeras espe-

ranzas. Todo con una altura y una nobleza que iban de lo patético a lo ingenuo, lo mismo en los asuntos de importancia intelectual, como en los de porte cotidiano. Un día apareció con el jaquet de las grandes oportunidades, todo de negro, como se acostumbraba ir a los funerales. Cuando se le inquirió la causa de su luctuosa tenida, nos dijo: no lo saben?, hoy se cumplen quince años de la muerte de Verlaine.

La luna ha sido, en todo tiempo, el continente de los poetas. Cirano hizo su viaje a ella. "Mas antes, ya el divino lunático de don Miguel Cervantes, —Pasaba entre las dulces estrellas de su sueño—, Jinete en el sublime pegaso Clavileño". Algo de heroico había en esa luna. No era así la de nuestros vates, ni era la clásica de los "claros de luna". Se parecía a la de Pierrot y Arlequín y se aproxima a la de Emilio Carre-re de su "Musa del Arroyo". Tal vez era pariente cercana de la constante de Juan Ramón Jiménez, a la que también José Gálvez la había cantado a la manera del poeta de Moguer. Otro Gálvez, Juan Ignacio, que también la invocaba, la comparó con "una ficha de marfil que a la carpeta azul lanzara algún poeta para apuntarse a la dicha". Era una luna nueva que por ser ficha bien podía servir para la ruleta y para la rayuela. Pero nadie extremó la metáfora tanto como nuestro poeta en ciernes —que no pasó de ahí—. Carlos Veintimilla, sobre la mesa N^o 8, un día soltó un poema que, entre otras cosas, decía:

"Y la luna
como una
gata en celo,
se arrastraba por el cielo".

Esta clase de adefesios, que eran muy corrientes, no sólo se encargaban de desatar la risa, sino que también servían para prevenir o para reprimir exageraciones que bien podían conducirnos al ridículo. Los disparates probablemente fueron útiles para educar el gusto.

El gusto, por cierto, además de lo que en él hay de instintivo siempre, en esos momentos, se hallaba regido por la batuta de Verlaine:

"De la musique avant toute chose",

a lo cual nuestros poetas le rendían el más obediente tributo. Recordemos los versos de Arturo que decían:

"Tu risa de oro, de cristal, de plata,
rememora un scherzo ya lejano... *
En tu risa hay un eco de sonata
de pizzicato de violín tzigano.

Jugueteando en el nido de tu boca,
tu fina carcajada es ritmo ufano
que me recuerda una fontana loca
y el pizzicato de violín tzigano".

Y los de Ernesto:

"Una flauta solloza en la dormida
soledad de la noche silenciosa;
Una flauta perdida
misteriosa
y doliente,
cuya voz aterida
viene como una blanda mariposa
y se posa en mi herida dulcemente".

Y los de Humberto Fierro:

"Las copas del Estío no ofrecen una esencia
que calme como tú la sed de la delicia;
Como un olor de rosas encanta la caricia
de tus queridos ojos de oscuridad de ausencia..."

La alegría que sientes es la alegría mía,
y las tristezas mías en tí son tan frecuentes,
que el estribillo eterno de mi melancolía
es ver que estamos juntos y estamos siempre ausentes..."

Ante tal obediencia a sus preceptos, ¿no es verdad que el
fauno parisién habría tributado su sonrisa benevolente?

Así habíamos vivido nuestro "Allegro vivace". Pronto
vendría nuestro melancólico "Andante" y enseguida, atropella-
damente, nuestro "Tempestoso".



Entre tanto, sin curar de la fama, nuestra influencia cul-
tural corría por la patria como un aluvión. Ya los cantores

de los cuatro puntos cardinales no aspiraban sino a cantar como lo hacían los poetas de mi grupo. Nadie la proclamó, nadie la recetó, pero los muchachos que "iban por la triste Quito, por esas calles que "se recuestan" y "se resbalan", contrastando el énfasis de su melenas con la suma corrección del traje", como lo observó Gonzalo Zaldumbide, habían promovido la verdadera unidad nacional: la unidad de la cultura. En Guayaquil Medardo Angel Silva, Wenceslao Pareja, José María Egas, Manuel Eduardo Castillo, Isidro del Campo Druet, José Antonio Falconí Villagómez, iban por nuestro surco desparramando la misma semilla. Entonces sí nos entendíamos como buenos hermanos. En toda la República resonaba nuestro eco, como lo atestiguan el gran poeta Remigio Romero Cordero, Alfonso Moreno Mora, Ernesto López que acordaban la lira morlaca con el diapasón quiteño. Los de las generaciones que seguían, adoptaban la misma pauta: libertad modernista, música verbal y tristeza. Guillermo Bustamante Cevallos, Francisco Bustamante Pérez y José Ignacio Burbano eran los epígonos inmediatos y más representativos de la nueva tendencia. La revista "Letras" abría sus páginas a todos; y quienes tuvieran algo que decir, ahí tenían su tribuna. Admirables eran los expedientes de Barrera para mantener esa publicación sin apoyo de nadie, ante la indiferencia de los poderes públicos, que nada podían tampoco, porque, a la verdad, vivían los tiempos en que todos podían ser ricos menos ellos.

Lo que no habíamos buscado les vino al encuentro: la reputación literaria.

La enfermedad de Ernesto Noboa —quien lo sospechara!— iba a cambiar el curso de nuestra corriente y a trocar en decadente lo vital y en anómalo lo normal. Respetando el rubor de las desgracias no insistamos en ella. Recordemos únicamente para consolarnos, que también afectó a varios grandes: lo atestiguan los huesos de Hernán Cortés, la locura de Federico Nietzsche, la sordera de Beethoven.

El espectáculo de su primera postración nos llenaba de angustia y de tristeza. Arturo habló por el grupo entero cuando dijo:

"Mi juventud se torna grave como
un vespertino trozo de paisaje en el agua:
la ebullición sonora de aquel primer asomo
primaveral, deshizose lentamente en mi fragua".

Mas aquí brilló como nunca el afecto y la abnegación de

los amigos. Los enfermos, comunmente, son pesados; sublévanse en ellos a menudo los derechos de la salud que se niega a abdicar. Las madres y las esposas buenas son las únicas maestras en la pedagogía del dolor. De eso no saben los extraños y de ordinario ni los amigos. En su larga enfermedad nunca faltó a Ernesto la compañía de ninguno de nosotros, en el turno alternativo. Con él estuvimos constantemente, siquiera para sacarlo de su melancólica introversión. Un soneto de más tarde abrió una hendidura desde la cual se pudo colegir lo que aleteaba en sus tinieblas:

"Vivo galvanizado por un recuerdo triste,
que acibaró mi enferma juventud desvalida;
de los viejos tesoros que hubo en mí, nada existe;
voy con el alma en sombras y con la fe perdida.

"Del más mínimo esfuerzo mi voluntad desiste,
y deja libremente que por la vieja herida
del corazón se escape —sin que a mi alma contriste—
como un perfume vago, la esencia de la vida.

Lasciate ogni speranza! Hoy sólo el alma enferma
anhela desligarse de esta mísera carne
que los males agobian y que el gusano merma.

Y pedir al olvido su ropaje de ensueño...
¡Tal vez para que pronto torne al mundo y reencarne
en el cuerpo leproso de algún perro sin dueño!

De vez en vez, volvía la mirada hacia atrás y una leve esperanza rectificaba la despedida dantesca.

En otro lugar ya referí que merced a la ciencia de un eminente médico francés que pensó radicarse en nuestra patria, el doctor Guermarquet, se obtuvo que Ernesto quedara redimido de su mal. Su hermano, su admirador, su amigo, el Cirineo de sus dolores, Cristóbal de Gangotena y Jijón, a cuya influencia se debió la intervención de Guermarquet, aseguraba ese resultado. Así debió ser, pues que ya ningún síntoma lo revelaba. Mas el mismo amigo y hermano explicaba que los compuestos arcenicales, reduciendo al paciente a la postración total, trajeron, para aliviarlo, el engañoso anestésico que habría de esclavizarlo. De ahí se derivó una epidemia. La necesidad de complicidad que al morfi-

nómano convierte en enfermo contagioso, se ejercitó primero sobre nuestro "niño terrible", Arturo Borja, quien ya había leído los "Paraísos Artificiales" con los cuales Tomás de Quincey envenenó a Baudelaire.

Aquí sí, en esa hora, la literatura delicuescente hizo su agosto. El "Gusto de la Nada" y la "Alquimia del Dolor", Monsieur de Phocas y Des' Esseintes, exacerbaron la tentación. La moda, por otra parte, estaba por las neurosis, verdaderas o falsas. Abrahan Baldelomar en el Perú y Julio Herrera Reisig en el Uruguay, se creaban con la "prabst", cierta leyenda de prestigios extraños. Un libro de Morice Rollinat, a quien precedían la adulación y el favor de Sarah Bernhardt, difundía la nueva estética al rededor de los más raros motivos. En un volumen de torturas se habla del fantasma del crimen y del superaguzado instinto del daño. Y qué temas!: las extrañezas de la música, los horrores de la pasión carnal, sus crueldades, las pesadillas, las torturas, las serpientes, los tísicos, el suicidio, el gusano de la tierra, los lagartos verdes, el idiota, la señorita esqueleto, el sonámbulo, la bebedora de ajenjo, el enterrado vivo, el verdugo monómano, el monstruo, la quimera, la locura, el mal de ojo, la navaja de barba, los ojos de los muertos, el abismo, las agonías lentas, la Morgue, la putrefacción.

Todo tenía aquí su reflejo. Arturo estaba al tanto de todo eso, sabía de todo eso. Revistas y periódicos que venían de Francia, de tiempo atrás, a la vez que le tenían impuesto hasta de la última palpitación de la vida espiritual francesa, le traían ese contrabando. La propia literatura sudamericana se orientaba particularmente a Francia. ¿De qué nos hablaban las magistrales crónicas de Rubén Darío y de Ventura García Calderón si no de la obra, la doctrina nueva, la última teoría del pensamiento francés?. Y de qué, si no de su bulevar, de su premier de gala, de sus modas, de sus escándalos se ocupaban Gómez Carrillo, Alejandro de Sux, todos los cronistas de esas horas, a quienes nosotros, los que verdaderamente confundíamos a París con la felicidad —como lo recordó Gonzalo Zaldumbide— les rendíamos una secuacidad fanática y decididamente supersticiosa.

Jean Carrere, alguna vez habló de los "malos maestros"; y no puedo dejar de pensar en ellos cuando se habla de un casi adolescente que con Baudelaire, Poe y Rollinat en la cabeza, escribía:

"Madre locura!. Quiero ponerme tus caretas.
Quiero en tus cascabeles beber la incoherencia,
y al son de las sonajas y de las panderetas
frivolizar la vida con divina inconsciencia.

Madre locura!. Dame la sardónica gracia
de las peroraciones y las palabras rotas.
Tus hijos pertenecen a la alta aristocracia
de la risa que llora, danzando alegres jotas.

Sólo amarguras traje del país de Citeres...
Sé que la vida es dura, y sé que los placeres
son libélulas vanas, son bostezos, son tedio...

Y por esto, locura, yo anhele tu remedio
que disipa tristezas, borra melancolías,
y puebla los espíritus de olvido y alegrías...!

Aquí se hace palpable la verdad que se encuentra entre los principios de la antigua Cábala: "No hay que jugar al fantasma, porque se llega a serlo".

La epidemia entonces abarcó áreas insospechables. Jóvenes de la más sana moralidad claudicaron ante la tentación. En varios de ellos no obró la literatura, sino la curiosidad y el pernicioso jemplo, sin preveer que los "paraísos artificiales", según las demostraciones de la experiencia, se convierten en "infiernos verdaderos". Un día de sinceridad, entre lágrimas, Ernesto me hizo de esa consecuencia la confesión lamentable. En algunos, dotados de vocación artística, surgió la obligación estética de la desesperación. Gonzalo Zaldumbide, quien no obstante haberlo hecho desde París, nos dio la visión más certera del drama del grupo quiteño en el claro fresco que sirve de Introducción a las poesías de Medardo Angel Silva, entre otras de gran penetración y genuina verdad, hizo estas anotaciones: "Agitábalos líricamente un caos de aspiraciones estético-voluptuosas. Mas un sólo anhelo brotaba de ellos como de fuente inexhausta; ¡salir del cerco de montañas, salir de ese rincón del mundo al mundo del arte, de la pasión y la aventura literaria!"... "La literatura más exclusiva, la modernísima poesía, la sombría magia de la morfina, eran para ellos modo de expatriarse, de perder contacto con los demás y con la realidad, de segregarse del medio tenido por irremisiblemente inferior y bárbaro, y de barbarie sin prestigio alguno, pues la

ya inventariada o inventada por literaturas civilizadas érales más de su agrado que las obras maestras de la cultura clásica, por lo demás ignoradas o preteridas con juvenil desenfado".

En todo aquel artificio habían encontrado no solo la orientación, sino el sentido mismo de la vida. Nada de lo anhelado podía ofrecerles nuestro medio, tanto más hostil entonces, cuanto era desdeñado. En este exilio como invocadas por arte de magia, surgieron dos muchachas que iban a completar el cuadro con todo el acervo de sus dones, de su hermosura y de sus enfermizas sensibilidades. Eran guayaquileñas, habituadas hasta por motivos atávicos, al horizonte abierto, al espectáculo de los navíos que tarde y mañana levan anclas y dicen su adiós. El amor en este caso traía sus alas orientadas a la fuga. Arturo consagró toda su pasión a la una... luego a la otra. Con Carmen Rosa fue "Por el Camino de las Quimeras"; que no solo es un poema sino la confesión anticipada de la pura y palpitante verdad:

"Fundiendo el oro
de tu belleza con el tesoro
de mi tristeza, fabricaré yo un caliz de aurea realeza,
en donde juntos exprimiremos
el ustorio racimo de los dolores,
en donde juntos abrevaremos
nuestros amores..."

... La magia de nuestro encanto
tendrá un veneno de sacrilegio;
la última gota
la absorberemos, locos, mezclada en llanto;
la copa rota,
se perderá, camino de las quimeras..."

En ese poema hay una expresión autobiográfica que ilumina de antemano un epílogo trágico. No sospechamos sus compañeros y sus amigos, pero sus poesías ya dejaban sentir el hálito del Príncipe de las Tinieblas. Arturo sentía que ser perecedero es cualidad exquisita. El olvido, la necrópolis, le obsesionaron y persiguieron a lo largo de su breve travesía. Como quien sabe de la precariedad del plazo, quiso apurar cuanto la vida podía ofrecerle. Por eso este adolescente, como un exaltador de la personalidad, imaginaba que en sus brazos se aniquilara la amada, completando, con una incompara-

ble melancolía, el placer... Arturo sentía que solo existe verdadera intensidad donde se asocia la idea de la muerte.

.....

Una mañana, a los veinte días de su matrimonio, se despertó la esposa de un sueño de pesadillas. Arturo ya tenía varias horas de muerto. No había qué averiguar: ella estaba en el secreto... Aún quedaban sobre la mesa de noche parte del tubo de veronal, la jeringuilla, las ampollitas consumidas y en la atmósfera el éter volatilizado. Vuelta a la plenitud de la conciencia, con la presencia de ánimo que es tan común en las mujeres, dejó el lecho y recogió los objetos acusadores. El suicidio quedaría encubierto en un colapso cuyo origen y carácter a nadie interesaba esclarecer. Un médico amigo extendió el certificado de defunción en términos que relevaban a las autoridades de las profanaciones de las autopsias.

Al día siguiente ninguno de sus amigos faltó a los funerales. En nuestros hombros fue conducido su cadáver hasta el cementerio. Al pasar el cortejo, entre los grupos de los espectadores se cuchicheaba: los morfinómanos. Pocos días más tarde la revista "Letras" le consagró íntegramente su N^o IV, correspondiente al mes de noviembre de 1912. Allí Barrera, en el artículo editorial, observaba que "su vida breve, como que terminó en el regazo de la aurora, fue vivida entre desfallecimientos y alegrías rápidas, llena, entera, como cualquier otro puede vivirla en muchos años". Allí Ernesto Noboa le decía:

"Solo he quedado en el sendero, hermano;
Tú abandonaste el duro cautiverio
por descorrer el velo de lo arcano
sediento de infinito y de misterio".

Y Humberto Fierro, en su "Ofrenda de Rosas" le expresaba esta despedida:

"Adiós fuente de lángido quebranto!
que volvías un Fénix mi rosal
encantando las rosas sin encanto
cuando el encanto huía con el mal.

Adiós fuente de lágrimas cantoras
que halagaron el viaje juvenil;
de la angustia de Abril refrescadoras
como lluvias caídas en Abril...

Todos los del grupo que manejábamos una pluma le tributamos nuestra ofrenda mojada en lágrimas. Mas pasada la hora de estupor sobrevino el examen de conciencia. De las puertas evangélicas ¿habíamos acaso encontrado la puerta estrecha y la angosta vía que conducen a la vida?. No diré si fue ancha o estrecha nuestra vía; pero no se puede negar que habíamos adoptado la extraviada, ya que continuamos colocando cruces a su vera. No pasó mucho tiempo cuando Gonzalo, su hermano, el que seguía a Arturo en los años y las experiencias, ingirió diluido en cerveza, el falaz consuelo. Luego... dejemos que siga ignorado lo que ignorado haya sido, pues que es mejor que así sea. Cerremos únicamente el anterior recuerdo: Gonzalo Borja también cavó su fosa.

Así se enlutó la casa del doctor Luis Felipe Borja, el padre, a cuyas puertas morían los ruidos de la calle, e imperaba esa figura austera, que de ser religiosa le habríamos dicho ascética, consumido en su misión de verdadero-jurisconsulto, dictando inexorablemente cada noche páginas y páginas de sus "Comentarios", inflexible en sus principios, intransigente, hasta su muerte, en la pureza de su liberalismo. La pasión de arte que absorbió a Arturo, su incapacidad para pactar con las conveniencias, venían de esa estirpe.

El ramalazo no trajo para todos la virtud del escarmiento. Entre los pertinaces quedó la otra muchacha, la que disputó a la novia el monopolio del poeta. Ya había precedido una tentativa radical de liberación, que solo resultó ser una tregua. Después de la muerte de Arturo se jugó la última carta, fugando del hogar paterno para casarse con un truhán aventurero. El resultado de la jugada fue un disparo de revólver que la dejó cadáver, quedando la íntima tragedia en el misterio.

A esta altura se dispersó la comparsa. La sucesión de duelos nos sobrecogió a la mayor parte, que comenzó a replegarse a la vida humilde de todo el mundo y de todo hogar. Comenzamos a casarnos. El matrimonio nos iba restituyendo, poco a poco, a la sana burguesía que se congrega, "en la dulce hora del café con leche", para hablar del viento, de la lluvia, del sol.

Humberto Fierro, consoladora excepción, nunca fue un problema. Humberto sólo fue un caso único, irreductible a términos de colectividad. Fuí su discípulo y puedo asegurar que en el Colegio fue un misterio. Niño sin amigos ni juegos. No faltaba a las clases y siempre estaba ausente de ellas. Toda pre-

gunta que le hiciera el profesor le sorprendía sin defensa. Nos preguntábamos, ¿es inteligente Humberto?... Sus facultades eran un enigma. Lo único que sabíamos a punto fijo es que no era estúpido, pues de repente salía con réplicas o chispazos de ingenio que nos dejaban confusos. Las pruebas finales las pasaba peor que mediocrementemente, sin que eso le causara pena ni alegría. Lo único que ambicionaba era pasar al próximo curso, a fin de complacer a la familia. Taciturno, introvertido fue el ser menos sociable que darse pudo. Sin embargo, fue amigo de todo mi grupo, pero con la reserva de no formar en el grupo, de tratar con todos, pero aisladamente, uno por uno. Así lo conocimos. De las puertas cerradas de su personalidad abría una sola hoja, de modo que sólo pudiera pasar un confidente. Siempre ruburoso de su intimidad, no hablaba de ella; pero en cambio, en lo del dominio común era franco, cordial, comunicativo. En sus juicios sobre libros, arte y letras, no mantenía tímidas reservas; decía lo que pensaba, aunque sobre algunas consagraciones recayera un desacato. La epidemia de los tóxicos no le alcanzó; de la única vez que experimentó una bocanada de opio guardó una sensación tan repulsiva que aseguraba tener la "boca envenenada". Quiso que su conducta y su obra, sin bifurcación alguna, fueran una senda higiénica. Su voz, sin estridencia alguna, su gesto, su ademán, todo lo tenía sometido a una medida, de modo que dejaba la impresión de que le gobernaba un principio de armonía. Mis recuerdos, al menos, así lo evocan. Sólo su pasión por el arte fue sin medida. En otra hora y en otro medio; en la Florencia renacentista digamos, habría sido de los artistas universales que hacían su verso para su propio laúd, modelaban su arcilla, tendían su lienzo para cubrirlo con sus propias figuras y colores, tallaban su tabla, fundían su cobre para expresar su sentimiento de la vida y de la naturaleza con todos sus modos de expresión. Humberto dibujó instintivamente, tocó la guitarra sin que nadie le enseñara sus claves, hizo sus versos como quiso su gusto. Fue artista por los cuatro costados. Aunque como la mayoría de los poetas rindiera sus preferencias a la musa triste, no fue esquivo a la cordialidad de Anacreonte, y fue el único de la hora que, en su "Brisa Heroica" templara la lira patriótica.

Humberto Fierro fue el poeta de la salud moral perferta y algunos de sus versos bien pueden figurar en Florilegios ejemplares. Por esto su contraste con los poetas del grupo, y por eso, acaso, fue su complemento. El artificio de ellos con-

sistió en no pactar con la vida, en no admitir que la realidad no es verso y que la lucha trivial de todos los días no forma un poema. La pretensión de vivir en belleza conduce al his-trionismo.



Aquí concluye la deposición del testigo. Diversas circunstancias y nuevas obligaciones absorbieron mi atención y me apartaron de mis amigos y de mis aficiones. A las letras les di mi despedida, con ánimo de que fuera definitiva, pues había contraído responsabilidades de tal índole que consideré que toda mi consagración a ellas sería poca. Se me representaban además como cómplices de la debastación que acabamos de sufrir. Adiós les dije a las letras; mas he aquí que para rendir cuentas de esas responsabilidades tuve que acudir a la disciplina literaria que mis antiguas aficiones me dieron, para demostrar, a quienes nos señalaban, a otros y a mí, con los términos del denuesto y el vilipendio, que no ignorábamos los problemas que la patria nos había confiado y que no merecíamos el epíteto de "irresponsables" con que nos señalaba un "mitómano vociferante que atronaba en las masas".

Desde aquel mi renunciamiento de aficiones quedaron rotos los puentes con mis entrañables amigos. Por tanto, en este punto concluyen mis recuerdos personales y mi relato acude a las referencias. No volví a ver a Ernesto, no volví a ver a Humberto. Empero, de cuando en vez me llegaban las noticias luctuosas. Aún antes de que adoptara mi nuevo camino, un pistoletazo perforó las sienes de Medardo Angel Silva, quien estimó que Arturo fue un don de Dios, "para poner una gota de licor divino en la copa donde abrevamos el veneno del vivir cotidiano". Si hiperbólicas parecen esas palabras, propias eran, porque la hipérbole constituía nuestra particular atmósfera. Daban razón a Gonzalo Zaldumbide, quien en el Prefacio de la edición que él ordenó, vigiló y pagó de la obra de Silva, decía cariñosamente: "El ejemplo de Arturo Borja, que una clara mañana, allá en Quito, también se segó así mismo en la flor de su lozanía, ejerció indiscutiblemente un atractivo nefasto en su generación y la subsiguiente. ¿Suicidios estéticos? ¿Tormentos imaginarios y actitudes literarias? ¿Rebel-días cobardes? ¿O acaso buceos desesperados en lo insondable? La ronda obsesora, apelante, de sombras fraternales: Acuña, José Asunción Silva, Dolores Veintimilla de Galindo, Teresa

de la Cruz, tantos otros poetas menores en genio pero no en dolor, que enlazan la leyenda a la biografía, ¿no van formando ya una cadena magnética?" Por fin "como otro fruto letal de ramas agobiadas", me llegó la noticia de otra muerte trágica, pero ésta oscura, como vergonzante, ocurrida en un pueblo de la costa del alegre Carlos Veintimilla.

Sin embargo, todavía una esperanza aleteó en esa fúnebre avenida de cruces: la munificencia de su tía, doña Victoria Caamaño de Díaz Erazo, permitió que Ernesto fuera a Francia y se internara en una clínica especializada, de la cual salió redimido de su mal. ¿Iba a comenzar la vida nueva? ¿Iba al fin a levantar la obra arquitectural que habría sido la propia de sus altos dones?... Hay curaciones que sólo son treguas. La recidiva de su males le sobrevino de regreso a la patria, en la Habana, donde, se asegura, lo volvió a perder la compañía de un par de compatriotas inficionados del mismo mal. En realidad, como él lo dijo, había partido "con el alma e n sombras y con la fe perdida".

A su regreso, como para que lo buscaran quienes lo quisieran sin condiciones, lanzó esa especie de Manifiesto que no figura en las colecciones, por el cual declara:

"Amo todo lo extraño, amo todo lo exótico,
lo equívoco, morboso, lo falso, lo anormal;
tan sólo calmar pueden mis nervios de neurótico
la ampolla de morfina o el frasco de cloral".

Bajo tales invocaciones, levantando y recayendo, perduró su vida, hasta que en un día de diciembre de 1927 se extinguió.

Ernesto Noboa, quizá por ser el más poeta de mi generación, fue el más desventurado. Fue también el más artífice. Si bien se la examina, "Romanza de las Horas" es la única obra poética coherente, madura, acabada, de las que se dieran en la patria en esos tiempos. En lo que nos dejaron Borja y Fierro, aun se oye el balbuceo, se siente la vacilación y a veces asoma la incongruencia. Lo mismo podría señalarse, aun con más frecuencia, en el adolescente guayaquileño Medardo Angel Silva. En la obra de Ernesto Noboa no aparece en cosa alguna el principiante; en todo lo que nos dejó se halla un poeta dueño de los mejores recursos de expresión, señor de su lira.

Dos años más tarde, en 1929, cayó repentinamente Hum-

berto Fierro, herido por un insidioso mal cardíaco, que talvez lo traía desde la cuna.



Os he narrado los recuerdos de lo que vivi junto a tan queridos amigos y he repetido de ellos sólo los versos que por vívidos significaban casi lo que la sangre de sus venas. Demasiado amaron su lirismo y cultivaron su exaltación. A mi me preservó mi fondo burgués y mi basamento de Pero Grullo. Mi mujer, que constantemente acude a la Vida de los Santos para extraer ejemplos que pudieran servir a mi edificación, me ha contado que Santa Teresa de Avila, con su habitual naturalidad, un día entró a la cocina de su convento, y que a sus monjas y a su legas cocineras, les dijo: hermanas, estar contentas, que Dios también está en el puchero.

Ver eso, saber lo que dijo la ilustre autora de las "Moradas" acaso fue lo que les faltó a mis desventurados amigos.

AMBATO Y AUGUSTO ARIAS

Acudimos al refaccionado Salón de Actos de la Casa de Montalvo, guardadora del pensamiento de Don Juan, para oír la anunciada conferencia de Augusto Arias. El solo nombre del conferencista, mitad ambateño con la otra mitad de quiteño, formando una sola robusta personalidad de escritor ecuatoriano, concentró nuestra atención admirativa, porque él suele extraer del Ambato ido y presente, las ricas mieles de sus frutos, los secretos de los viejos tinteros, recogiendo el último paso de las generaciones que al mundo vinieron para pensar en tránsito espontáneo, sin afanes de recluirse en la fama o perdurar en la historia.

En ese castellano fluido, elegante y rico: oro de Salamanca, gemas del Madrid literario, perlas orientales del sin par Manchego, Arias incursionó vigoroso en los géneros varios del intelecto de Ambato, con un desfile de nombres que ya se grabaron dentro del marco de la gloria o en el fugaz cerco del recuerdo; olvidados unos en las borrosas páginas del tiempo, difusos otros en la niebla pesada de corto fructificar, imponentes y claros los menos que fulguran en esplendores de eternidad.

A lo largo de su estudio, redoblado con el cariño al ancestro, surgen figuras y cabezas que cobran vida en su palabra; los entrelaza, los junta, los sienta a la misma mesa, y ya con todos ellos, en banquete de artistas y filósofos, de poetas y oradores, de historiadores, novelistas y periodistas, hace el brindis a la madurez de una cultura que cada uno la supo tomar por querer propio, por motivos ambientales, por tener libre acceso al gozo de leer, pensar y escribir, sin la influencia prosaica de las manecillas del reloj, del calendario, de las estaciones, del cambio monetario y de sus artificios.

En la fiesta de la ambateñidad novembrina y multicolor, cuanto bien hace que alguien, como Augusto Arias, vaya a las frondas de la Liria para platicar con los Martínez; llegue a la eglógica y rumorosa Atocha de los Mera, y se sature de los privilegios de esa ilustre familia; que busque el eucalipto del Ciego Vela, sin encontrar su curul parlamentaria; que se incline reverente ante los despojos del Maestro cervantino, inquieto todavía en la mortaja que lo envuelve; que mire a la cara marmórea del Viejo Cevallos, concentrado en la historia y exigente en la lengua; que indague por Celiano Monge, el

mejor indagador de Ambato; que busque a Don Carlos, con flores frescas todavía; que visite el moro donde reposa Juan Francisco Montalvo, que es como punto final de los auténticos montalvinos; que ande y desande calles, todavía llenas de las sombras de sus padres; que suba al costado sur, y conductoras del agua vital por obra de Fernández y Chacones; y que vaya al costado norte, para que desde allí mire los otros canales inverosímiles de los Albornoz, Bucheli y Pazmiño... Arias, en su novembrina visita, vio el paisaje de cumbres y valles, y sintió el otro paisaje interior, que en cada vez lo impulsa a amarlo con más profundidad, como que de las profundidades de la naturaleza es de donde surge el fuego del amor, y se extiende como inmenso manto que quiere cubrirlo todo. Si regresar a un suelo querido es renovar afectos, Augusto Arias vuelve al de su padres, y toma en sus manos tierra santa, que las convierte en tinta imborrable, en idioma rico, en semillas de flores que riega al viento y devuelve al polvo para saturar el ambiente, y que nos las va entregando, en sencillez y en intimidad, sin que se marchiten con soles inexorables, sin que nadie las intente deshojar por capricho o vanidad.

Magnífica empresa la de Augusto Arias, armado de luz y de pluma, venir a su ciudad cuando revientan las flores y explosiona el patriotismo. Es superior empresa a la que tuvo cuando visitó a "España Eterna", y cuando surgió el grandioso interrogante de Carlos Sabat Ercasty: "¿Y cómo fue posible tu empresa?. ¿Cómo nos diste el presente y sus elaboraciones, y cómo esas ciudades cargadas de silencio, que sólo parecen vivir porque están atadas a un nombre inmortal?". Y la acometió allá y aquí, porque raíces ibéricas habían quedado de su "yo" en la tierra peninsular, porque principales y cercanas, queridísimas e inmediatas, estaban en la tierra de la guaytambía. Y es empresa de la inteligencia ir al origen del ser y de la personalidad, y establecer contactos, y fundirse y refundirse, y hacer lo de Arias: penetrar en la tierra, mecerla en su sueño, despertarla bellamente, y describirla en atildada forma, que nada de lo que fue grande quede olvidado, que nada de lo que es esfuerzo y superación se archive en un estante, que nada de lo que es espíritu se confunda con la materialidad de las cosas. Duerman los muertos, pero resucite su obra y su historia!

LAS LETRAS EN AMBATO

Puede afirmarse que a la ciudad de Ambato corresponde el nacimiento de algunos géneros de nuestra literatura y modalidades de la composición y del estilo, entre las cuales no sería difícil señalar la presencia de la nota descriptiva; del realismo, como versión acercada de la naturaleza, y las pinceladas de color que debiéndose a las luces y a los matices de su paisaje y a los caracteres de la cromática ecuatorial, reflejan o representan, de modo singular, el ambiente de la región tungurahuesa, de serrana estructura, pero abierto también, en cierto modo, a perspectivas litorales, por lo que, a la postre de no dilatados kilómetros, ya florece el subtropico con su vegetación somera de platanales enanos y cañas de breve estatura, encerrada entre disformes esculturas de rocas por las que se cuelan arterias de ríos que allende las selváticas proximidades, han de prolongarse y crecer, con impulso de Proteo, hasta ingresar, con espumosa fuerza, en el cauce del océano.

Para los viajeros antiguos y recientes, el paisaje de Ambato se ofrece como de cierta adénica belleza, con alguna gracia de Florencia en la que aparecen naturales dibujos de sus campos bajo los cortes angulosos de las piedras negras del Tungurahua, y se alcanza el trabajo del hombre en sus trechos de floresta y en las huertas, casi siempre parceladas, que parecen cubiertas de liviana nieve cuando se anuncia el florecer de las reinas claudias. Pero, a poco, el observador asiduo repara en su geografía que pudiera decirse domada, en sus contrastes geológicos; en la cortina, de variados verdes, de su arcádica fronda que si se levanta, nutrida de los minerales jugos de su vigía volcánico y mantiene en el aire el hemisferio rosado de las frutas y el concierto de los pájaros, viénese también del sudor del hombre que venció la sequedad de sus arenas, llevando tierras arriba el agua de su río que resbala en relativa profundidad; que roturó las piedras y se dio a cavar en el suelo en busca de sus inesperadas entrañas: aguas ardientes salidas del corazón de Tungurahua o helados surtidores que brotaron de su cimera cana, que anduvo en pos de los campos en donde florezca el oro rizado de las espigas o trepó a los altozanos de sequedad casi invencible, en donde suelen medrar, en pulpa de breve frescura, las frutillas.

Aquí los esfuerzos del agricultor, los cuidados del hortelano o la pericia del jardinero, dejaron un poco en olvido al crecimiento o levación de la ciudad. Suerte cónsona, por cierto, que de ser contradicha, hubiera determinado la invasión urbana en el paisaje que ahora se caracteriza y esplende, o el ascenso de las torres de cemento sobre la tronchada profusión de sus jardines. Guárdese en sus originarios perfiles y en los que supieron imprimirse en su fisonomía, en virtud de asiduo trabajo que aspiró a mantener su calidad de naturaleza, ahorrándola de artificios; acercándola, cuando más, a las líneas de una égloga moderna en la cual no desentonan las fábricas ni sobran los talleres, por lo que la tierra tungurahuese alía y reúne, disciplina y concierta, esa modalidad arcádica en la que le vieron espíritus como el de José Enrique Rodó, con el contemporáneo deber agronómico y fabril que aleja las angustias de la escasez y la pobreza; disuelve, entre oxígenos arbóreos y música de piñones, las criollas preocupaciones de una política de hostilidad y amargura, y no deja cuajar la mordente palabra del epigrama.

En tal ambiente en donde el hombre se ha esforzado y cumplido con su labor cotidiana cerca de la prieta verdad de la tierra, con tenacidad y alegría, a veces con una escondida nostalgia, con tal respiro de "saudade", como en "Los Aserradores" de Alfonso Moscoso, y siempre en la forja de la naturaleza, dando a la materia prima desde la forma inicial hasta los contorneados volúmenes del artifice, aparece una literatura con algunos rasgos diferenciales, propios, con la visión de sus paisajes, y dotada, en otras veces, de un sentido de "universalía" que se dijera adivinado o logrado en los paseos por los libros, cuando no brotó de una vocación cosmopolita, como la de Montalvo.



En el nacimiento y evolución de los géneros literarios, corresponde al solar ambateño los primeros vuelos anunciadores, aun cuando hubieran sido en ocasiones de imitación o de reflejo, de la novela. Juan León Mera es el primer novelista, cronológicamente hablando, y su Cumandá, indígena y española al propio tiempo, pero por eso mismo, expresión cierta del ápice de la raza, como, salvando las diferencias, el Tabaré de Zorrilla de San Martín, la figura inicial de un romance primogénito cuya narrativa se desenvuelve en escenario de nuestras selvas, trasladado diestramente a la palabra, y si visto, como

han creído algunos críticos, solamente en sus menos intrincados trechos, de tan fiel pictoricismo hasta el punto de que los que penetraron en el Oriente por las cejas del Pastaza, no vacilaron en decir que sus panoramas estaban enteramente reflejados en el espejo romántico de la prosa descriptiva del autor del Himno Nacional.

Sus Novelitas Ecuatorianas, para los comentaristas de más nueva estirpe, constituyen fruto logrado de la tierra nativa, de costumbrista miga y asunto criollo, y por lo cortas y sustanciales, y anecdóticas, y de sabor moralizante, las llamaríamos nuestras novelas ejemplares.

Por conocidos y cernidos, ya no cabe repetir los juicios acerca de posibles modelos de Cumandá, de sus inverosimilitudes y sus aciertos, de los caracteres menos vigorosos o de la fábula que extiende su magia en varios de sus capítulos. Para el propósito de estas líneas, basta con la certeza de la ambateña maduración de la primera novela ecuatoriana, aun cuando tuviera, y mejor para su gracia de primicia, algún toque agraz, o supieran algunos de sus gajos a dulzura invernal. Su paisaje es el comienza a extenderse desde el mismo jardín oriental que Mera dispuso con deliberado laberinto en el patio interior de la casa de Atocha que resbala hacia el río músico, y se prolonga en lares de Tungurahua, y se configura mejor en Baños, y avanza, para volverse alternativamente bravo y sereno, leguas más adentro. Su asunto, de leyenda y posible realidad, y sus figuras, las de nuestra alborada, no por distantes menos propias y dignas de la memoria que sólo se hace en la reviviscencia de la palabra.

Si hemos de pensar en la aparición del relato ecuatoriano en la ciudad de Ambato, hay que referirse a fruto anterior, pensado a campo traviesa, ensayado a vuela pluma, por el "decano" de los escritores, por el "benemérito" Pedro Fermín Cevallos, tanto más digno de este difícil y prodigado adjetivo, cuando más constantes y modestas fueron sus veladas de estudioso, no precisamente reposición de sus primeros años desperdigados, si no justa continuidad de una vida que no quiso rehuir ninguno de sus motivos, en nombre de la tiesa compostura con la que algunos de los valores de la mediocridad se anticipan a su entrada seria en los estadios de la existencia. Así, los artículos de costumbres de Cevallos, adelantan la aparición del género, con la gracia de los personajes, con el escorzo del episodio, con los apuntes tomados del natural.

Puede y debe hablarse de las familias literarias. Hay con-

sanguinidad letrada, y el parentesco, cuando se trata de ramas de unánime vida, demuéstrase también en la semejanza de las criaturas del arte. Tal es el caso de los Meras, los Martínez. Es preciso insistir en el don pictórico que les distingue y relaciona, y en lo que saben dar, con repartida emoción que tiene raíz común, a los cuadros y a los libros. El primer Mera levantará sobre los lienzos las figuras que ya se movieron en sus libros, principalmente indígenas, como para continuar la misión que se propusiera y para la que se sentía dotado: la de poeta indiano, la de iniciador o impulsador de la letra hispanoamericana. Sus hijos seguirán el ejemplo o han de obedecer al atavismo, y si Eugenia y Juan León tocan en el paisaje con delicados pinceles o aplican la espátula a los trozos de la naturaleza serrana, todos son unos pintores por la palabra, paisajistas, literarios de prueba más o menos continuada y segura.

Luis A Martínez publica en los comienzos del siglo su novela indiscutiblemente precursora, de verdad entera en el paisaje y en los personajes, y hasta de preocupación radicalmente ecuatoriana, por cuanto su escenario, sin limitarse ni circunscribirse, consigue darnos visiones de la sierra y de la costa, y desde la quieta y limpia villa de Ibarra, de donde procede el padre de su protagonista, hasta el horizonte azul en el que parecen fundirse los ríos costeros y el suelo de pantano de las antiguas haciendas de El Milagro. Martínez, como desde el más alto escalón andino de Tungurahua que fue pedestal para su abarcadora vista, alcanza a todas las regiones de la Patria y nos la da, en páginas de su novela *A la Costa*, en lienzos vivos, en cuadros más sugeridores que los que hubiera conseguido sobre la tela. Y, asimismo, como en acercada revisión de lugares y de paisajes, de tipos y caracteres, va desde Ibarra, enjalbejada después del terremoto, y reconstruída sobre sus planos iguales y tendidos, y desde la Quito finisecular y todavía lenta, hasta el litoral que plantea evasiones sobre sus fluviales vías e iza una bandera de mayor libertad para que flamee entre los marítimos vientos. Toca, tal vez el primero, el problema del regionalismo; dibuja cuadros de la zafra, de la lucha agobiante del hombre andino a quien absorbe o consume el suelo recalentado del trópico, y dando en el asunto de la política contemporánea, anima sus capítulos con el episodio de la guerra civil entre liberales y conservadores, para que de tal hazaña cruenta se desprendan consideraciones sobre lo estéril de la contienda fratricida, y se oigan, también

por la primera vez en linderos que separan las dos regiones ecuatorianas, las palabras afiladas en promesa, de la renovación social.

Antecede a esa su obra mayor —A la Costa—, el apunte de ágil pulso, de iluminada sonrisa, de traviesa marcha, de sus Disparates y Caricaturas, y cuando, antes de entregarse a las llamas los originales de su novela *La Tierra*, requiere los pinceles para seguir o completar su biografía de los nevados, refleja también, sobre el dorso en sepia de sus amigos graníticos, algo de su propio hielo, de su soledad coronada por el ventisquero, de su árbol impar cuyos brazos se abrían a la intemperie.

Blanca Martínez de Tinajero recibe doble vertiente para su temperamento, puesto que heredará la novelística destreza del padre y la del abuelo don Juan León Mera, y la poética inquietud, resuelta en cuadros descriptivos, del autor de *La Virgen del Sol* y *Melodías Indígenas*, y el subjetivo estímulo que se buscaba de preferencia en las imágenes que resaltaron en virtud de los colores de la paleta ambateña. Aparte la originalidad o la novedad de sus páginas de Blanca Martínez hay rasgos semejantes, iguales y simpáticos, tomados del retiro de Atocha, del pueblecito aledaño que por su tibio clima parece, hasta en las tardes de lluvia, bañado de resolana; el de la achatada capilla y las viejas memorias de Seminario; de los senderos mínimos en recuesto y de los horizontes que se tapián y descubren sucesivamente, diversamente florecidos pero unificados por la misma paz agraria.

El hermano, Edmundo Martínez, desechará los cuadros y a veces destruirá los esbozos de sus cuentos y sus novelas, fino y descontentadizo en la zozobra de la creación que no se satisface a sí misma, y la hija, Eugenia Tinajero Martínez de Allen, como en rejuvenecimiento de los asuntos preferidos de sus antecesores, ha de aplicar ágil oído y vista perpicaz a las leyendas que surten de personas y cosas de los solariegos recintos, y ha de dibujarlas, impresionantes y sugestivas, con pluma heredada de los Mera y los Martínez.

Ascensionistas, geólogos, dueños del saber de la tierra así como también de la ciencia del ambiente y un poco de la pitagórica ruta de las esferas, por su Meteorología y su Astronomía, los hermanos mayores y menores de Luis A. Martínez, Augusto y Nicolás. Y como su primo Mera, retraído, de anacoreta tendencia, Anacarsis Martínez, de agudo lápiz que caracteriza y describe, autor de una novelita de actualidad que

se repite, y de crítica que da como dedo en llaga consuetudinaria: El Desfalco.



Juan Montalvo, el escritor de más entero destino para la gloria y el infortunio, el de la prosa más completa, puede acudir asimismo el aserto que aquí planteamos, y no sólo por sus "Capítulos que le olvidaron a Cervantes", ensayo feliz de imitación de un libro inimitable, quijotil en el propósito y quevedesco o más bien montalvino en la frase, si no también por los episodios que ilustran o animan sus libros, algunos de movilidad que cautiva, como los que se insertan en los Tratados o el de la wertheriana y fáustica y donjuanesca inquietud de la "Geometría Moral", y otros y otros, de señalarse en sus Crónicas, o en sus micro-ensayos de "El Cosmopolita" y El Espectador"... Las citas ocuparían espacio considerable y, de seguro, excesivo, pero valen los ejemplos, como muestra entre tantos de sus cuentos reales o ficticios, de sus anécdotas, de sus cuadros: El Padre Lachaise, La Bogotana, etc. . .

Aputamos, alguna vez, que a escritores de Ambato debemos la trilogía de estilos y tendencias en la novela: la clásica, caballeresca, de aventuras, continuación de la historia que ya es verdadera de "Don Quijote", y posible itinerario de sus pasos o de los de sus afines o desafines por tierras de América, singularmente por las del Ecuador, en los Capítulos de Montalvo; la romántica, en la Cumandá de Juan León Mera, y la realista, jalón decisivo, en A la Costa, de Luis A. Martínez.

Omitimos notas sobre los otros libros de Montalvo, porque ya estarían de sobra después de lo abundante o de lo bueno que se ha escrito acerca de los mismo. Nadie discrepa en la opinión de que sus Tratados, de vario y a la vez unificado giro, en el que se mueven eruditas señales, visiones y filosofías, didáctica y poesía, son verdaderos ensayos, y se consagra, en cada día más, el juicio a propósito de que si su "Geometría" es el octavo tratado y el primer ensayo, los siete anteriores ya lo fueron. Con Montalvo, excepcional, comenzaría también la vida de este género moderno en nuestra literatura, por más que hubieran antecedentes, todavía inseguros, en los escritos de Villarroel y en los diálogos o las "Cartas Riobambenses" de Espejo... Y con él la polémica, la crónica, y hasta, enseñoreado sin rima, el verso libre.

* * *

José Trajano Mera, el primero de los hijos de Don Juan León, cuenta con el estudio completo, antológico y crítico, de su obra, con el que Rodrigo Pachano Lalama prueba sus virtudes de análisis y nos convence de su asidua estancia, como la de un encariñado huésped de ayer y de hoy, en el Atocha físico y espiritual de los Mera. En este libro se afirma una tesis que concurre a las apuntaciones en las cuales proseguimos. J. Trajano Mera, trotamundista esencial, pero sin perder su amor al terruño, y antes, al contrario, asesorado siempre por la nostalgia, acicateado por el retorno "in mente" que la distancia pone sobre el vértice cordial como una lagrimilla que irisa sentimentales recuerdos. Cónsul de libros de doctrina y diplomático amable; poeta, preferentemente descriptivo, de Sonetos y Sonetillos, y de los romances de ciudades y personas que se revelaron recientemente gracias a la obra de Pachano, debe ser considerado como el precursor del género dramático de nuestra literatura. Antes de él, poco e indudablemente vacilante, habíase producido para el teatro. Y, por razones averiguadas, nuestros escritores daban, como en entretiem po, como en ensayo, con esperanza encendida, cerca de hipotéticas candilejas, escenas irrepresentables o escenas que no llegarían a moverse nunca. Mera es el que penetra, con mayor perseverancia, en los parlamentos del drama. Ha visitado países y su experiencia confiere a sus diálogos sustancia y ligereza, por lo que sus personajes aparecen aireados y propincuos, dispuestos a establecer acciones que constituyen la vida, y respirando, desde luego, por sus inquietudes o sus desasosiegos de aquí, con presencia de lo nuestro y descubrimiento de intimidades lugareñas para que el teatro nacional merezca este nombre.

Una ironía templada se riega por los poemas, por los artículos, por los dramas de José Trajano Mera, el ambateño también de cosmopolita tránsito, pero de frecuentes altos en Quito y en Atocha.

< ★ >

En el ingenio de Eduardo Mera el fruto del relato ecuatorial apuntó casi resuelto. Imperseverante, evaporando tristezas y dejando que fugaran los augurios de sus decires alados, sus novelitas cortas, escritas con alegre presteza, desarrollan algo de lo mejor de los criollos momentos, en cuadros anima-

dos, en conversaciones que nos hacen olvidar del autor que los mueve, por lo patéticas y naturales, y en aire de "serraniega", mezcla feliz de aquel cortante frío que nos toca y de la envolvente tibieza de soles con los cuales les baña el cielo a nuestros campos de las cuatro estaciones en un solo día.

No era desmesurado esperar de Eduardo Mera la novela mayor que superara a las del padre, de cuyo gracejo tuvo el filo más agudo, la crítica incisión del tijerazo, el humorístico contorno de la plumada. Su "serraniega" póstuma, revisada y completada por su hermano Juan León, extiende hasta los límites de una prueba satisfactoria, su capacidad de narrativa, su observación menuda, su saber de las expresiones típicas, su conocimiento de almas inquietas o sumisas que pueblas las quiebras del Ande, con su pequeño drama que no deja, en los capítulos de las "Serraniegas", de revelarse con algún acento de picaresca. Y el poeta vigila siempre, quizá con disimulado atisbo, detrás de las escenas o de las criaturas. Lírico cuando da pábulo al sentimiento, y, las más veces descriptor, como los de su casta, como los del casticismo ambateño.



Si la poesía épica nace en Guayaquil con los cantos de Olmedo, ya que las octavas reales del riobambeño José Orozco son de tema extraño y faltas, según el propio poeta, de "aurá nativa", la novela comienza en Ambato y la poesía lírica en Quito, aun en los trances coloniales de Evia y en las finas metáforas del Padre Aguirre, antes de que aparecieran los románticos de interior desvelo o filosofía elegiaca, como Dolores Veintimilla y Julio Zaldumbide.

El primer siglo de oro de nuestras letras, si breve o de contados representantes, no por eso menos dotado de fulgores, apóyase en lares ambateños. Sus nombres más expresivos son los de Montalvo y Mera, y la riqueza del idioma, la proliferación de los géneros, la madurez del pensamiento, se manifiestan desde los primeros escritos de Cevallos. Con él alcanza arraigo la Historia, después de los libros iniciales del Padre Juan de Velasco, cuya lectura estimula al ambateño, así como los del "Resumen de la Historia del Ecuador" provocan las sabias anotaciones de González Suárez, germen de su obra ejemplar que marcha hacia la difícil memoria de los orígenes, hacia la cava arqueológica, y procede con severa compulsión de los documentos para dejarnos monumental imagen de la Colonia,

con sus trechos de sombra y de luz, amapolas de pecado y margaritas de gracia.

La ruta de la historia, destinada por su propia naturaleza a los repasos y a las rectificaciones, encontrará a un escritor ambateño no sólo para la epitome didáctica, si no también para la síntesis del acontecer contemporáneo, en juicios que sopesan esfuerzo de serenidad en la tormenta de los encontrados vientos de la opinión, y en sobrias páginas de narrativa a la que no deslumbran espejismos antiguos o recientes, ni señuelos de amigos, y a las que no detienen temores temporales, recelo de caer en el desagrado de los supervivientes dinásticos, ni afanes de agradar a los descendientes de los hitóricos personajes. Oscar Efrén Reyes tiene madera de crítico y estilo sin ninguna excedencia, como forjado bajo la égida de Tácito, bueno para una ajustada narración, y objetivo, concreto, como el que nos place atribuir a los escritores tungurahueses. Su "Breve Historia del Ecuador" y los otros libros que la preparan o continúan, llevan más adelante el propósito resumidor de Pedro Fermín Cevallos, ponen al día los trascendentales sucesos patrios, movidos por aquella pluma que dibujó precisa y humanamente, los episodios de la vida de Don Juan Montalvo, en su primera biografía moderna, sin mítica fe ni tentación de penates.

Cuenta la biografía en sus primeros trazos, con los perfiles intercambiados de Cevallos y Mera, y en nuestro tiempo, con la trilogía de los Juanes de Ambato de la pluma tungurahuese de Darío Guevara.



El periodismo florece en Quito, y el primero de América, cuenta con las "Primicias" de Espejo; confirmase en las hojas vibrantes de "El Quiteño Libre", y el mismo Don Juan Montalvo ha de lanzar las entregas de su "El Cosmopolita" en el ambiente capitalino, dotado, desde antiguo, de brisas ecuménicas; parco, casi siempre, para anunciar y consagrar pero abierto a las influencias más distantes y dueño de acogida depuradora.

Montalvo, periodista unipersonal, arraiga el espíritu de libertad y establece la maestría del estilo. En sus propios días, y más aun cuando ese castellano de Ambato llegó a las riberas del sueño, supieron prolongarse las ondas concéntricas de su ejemplo, heridos por el golpe de sus epígonos. El tercer

Juan de Ambato, Juan Benigno Vela, editó periódicos en los cuales la frase castigada y cáustica, removía el ámbito, en virtud de la sustancia de sus ideas, pero también en gracia de la estilística forma de clásica estirpe y románticos arrebatos que se agitaban en revolucionaria cimera. Esa tradición libertaria alcanzará continuaciones y renovaciones en periódicos escritos por ambateños, tales como "La Sanción" y "El Shiry" de Miguel Angel Albornoz, Sergio Arias y Elias Troncoso; los de Carlos B. Sevilla y los que redacta Aurelio Soto, poeta de la voz del río y del color de la floresta, como objetivizados signos de la sensibilidad tungurahuese. O en los que, con decir montálvico, perseveran Víctor y Modesto Oviedo, Juan Francisco Montalvo, Julio P. Mera... En nuevos Espectadores y Regeneradores o novedosos Cosmopolitas, atemperados en el siglo y abiertos más bien a un empeño literario de buenas convocatorias, como el que mantuvieron en la ciudad de los Miraflores, de los Atochas y Lirias, Nicolás Rubio Vásquez, Alfredo Martínez y Antonio Montalvo. En los de Rodrigo Vela. En el primer diario de la cuna de la primera imprenta, "Crónica", dirigido por Tarquino Toro Navas.



No hay ensayo alguno de Preceptiva Literaria, anterior al Arte Poético del jesuita ambateño Joaquín Ayllón, escrito en la lengua latina y traducido a nuestro romance por el doctor Luis Cordero. De las Doctrinas de Aristóteles y Horacio, arrancan esas páginas de quien gusta de poner, bajo su nombre, como el título de mejor valía, en la lengua de Virgilio: hambatensi. Pero así como el de la Epístola a los Pisones, a partir del pensamiento aristotélico, va en pos de la estética de su tiempo y comieza a tratar de las figuras y las expresiones que para su edad serían las de vanguardia, Aillón logra descubrir algo para la maleable materia de la poesía, para sus concretas formas y sobre todo para su abstracta naturaleza que es un de las pocas en las cuales penetrará el hombre sin llegar jamás a su término.

La Preceptiva comienza también en Ambato, y en la historia literaria, le cabe a Francisco J. Montalvo el iniciador estímulo de apuntes que abarcan universal panorama, y a Juan Francisco Montalvo la obra más sistemática, que debe salir de su ineditismo, aún contrariando la voluntad de aquel talentado dúctil, de aquella capacidad entera, cuya aparente despreocu-

pación obedeció a un profundo saber de eclesiasteses, en las más modernas y serenas visiones de un siglo que es, al propio tiempo que resumen de las edades, prodigiosa y contradictoria señal de los días que llegan sobre el ala de los más raudos destinos.

La crítica, después de los atisbos de Espejo y los toques del quiteño Pablo Herrera, se orienta, analítica, en la Ojeada de Juan León Mera. La forma didáctica, de amable levadura, de claridad y sencillez, fijada como en letra transparente y ofrecida en amenos ejemplos, cuenta en Ambato con un cultor digno de recuerdo y loa: Celiano Monge. Bueno y sincero fue de los que, para emplear una frase del poeta Alberto Guillén, supieron "madurar en niño". No en vano estuvo al lado de los catecúmenos. Enseñó a varias generaciones ambateñas y cultivó, sin prisa y sin atuendo, la poesía, la crónica, la historia. Por él se salvaron episodios y anécdotas, papeles históricos e historias menudas pero de singular importancia para el esclarecimiento de los hechos que de ser conocidos sólo en su forma última, dejarían el vacío del antecedente, la inexplicable ausencia de sus raíces. Los versos de Monge salen de troqueles clásicos y sus Bagatelas Literarias insinúan la tersura que distinguirá a sus patrióticos Lauros y a sus valiosos Relieves.

Y después Ambato contará con escritos de ideas, como Aníbal Viteri Lafronte, maestro de la ciencia penalista y Homero Viteri L., autor de filosóficos glosarios, de sugerencias educacionales, de historia y doctrina internacional.



Penetrar en la biografía de los hombres de Ambato es también descubrir lo que cada uno de esos escritores y poetas tuvieron de agricultores y hortelanos, de amigos del campo, y de precursores, próximos o lejanos, de la Fiesta de la Fruta, cuyos jugos suelen dar la miel, así como la sal conserva y el vino tonifica.

Pero hasta los que no se confiaron al trabajo de la tierra, se dijera que contribuyeron a su obra modeladora, ya como contempladores, o retratando parcelas floridas y campos bordados a filo de arado, en el poema y en el cuadro. La de los poetas ambateños es, preferentemente, modalidad descriptiva; material tungurahuese el de sus cantos y savia nacional la de sus libros y sus lienzos.

De tal modo la lírica emana, desde su abstracta vida para adquirir corporizaciones a las cuales les presta forma y color el paisaje nativo, la libre geometría de sus jardines, el crecer de los azúcares de sus manzanas y sus peras.

Los escritores que formaron un grupo de adolescencia en el Liceo Montalvo y algunos de los cuales concurren más tarde a las páginas de la post-romántica Revista Figaro, mantienen tendencia objetiva en el cuento, en el poema, en el discurso. Así Víctor Manuel Garcés, ahora fien paseante por nuestros museos religiosos para encontrar las imágenes de la Madre de Dios y describirlas en estrofas armoniosas; Cristóbal Vela, Miguel Angel Albornoz, Sergio Arias... Carlos Bolívar Sevilla, que reposa ya, entre los grandes y los buenos, en la flor de tierra de su panteón de Ambato y en cuyos libros hay, con terso entusiasmo, una como continuación de los géneros literarios preferidos por los escritores ambateños: el artículo de costumbres, la novela, y en más adentado trecho, la traza de los personajes que fueran tomados por Montalvo sobre los trigos ecuatoriales, Don Quijote y Sancho, y que en el ensayo de Sevilla, a merced de un Rocinante que ascendió a Pegaso y de un singular asnillo aviatorio, subieron a la gloria como en premio de sus arduas andanzas por la tierra.

Alfonso Moscoso es el poeta de los tangibles cuadros y de la sensibilidad que se busca en la rota de la esperanza, que analiza en el espectro de las cosas. Pero sí, con cierta obstinación, volvióse misántropo en la segunda edad de su poesía, cantan en la primeras voces de bucólica nueva y se revelan trozos descriptivos difícilmente superables. Sus antologías "Los Aserradores", "Relieve", etc., palpitan en la vitalidad de la fronda, en la inminencia del risco, y es animada su segadora blanca del día de San Silvestre, y su "Viejo de la Esquina", rugoso y nostálgico, llega tan de presente, con angulosa indumentaria, como resumen de una frustrada historia. Poeta de perfecta forma y de alma ultrafina, consagrado siempre, aun en etapas de aparente silencio, la divinidad de la poesía, en su obra completa, cuyos originales poseemos, se conjugan aires y sueños, contornos y figuras, recuredos y presencias, amaneceres y serenatas de la tierra ambateña.

María Natalia Vaca de Flor ha compuesto sus poemas de encantadora remembranza con hálitos y perfumes de aquí. Son paisajes ambateños los del truncado Camino de Antonio Montalvo, magro como Don Juan, pintor de Atocha y de Ficoa con los matices de la palabra, agudo crítico, recatado y generoso

espíritu para quien se trazaron siempre, con una proximidad encariñada, los perfiles de su ciudad y el río hermano, de filosofía fluyente y lírico canto. De ambateña savia, quien elevó a personajes de diálogos a los árboles y a las frutas. Cantos entrañados de fuerza nativa los de Pablo Balarezo Moncayo. Alegóricos hallazgos de los motivos de ver y conocer estos aledaños, los de los micro-poemas de Rodrigo Pachano, que se sabe a Ambato desde el arpado júbilo de sus huertas, hasta la clausura de "La Necrópolis". Clepsidra sensitiva que filtra arena propia, como si fuese del corazón, la de Jorge Isaac Rovayo. Testimonio de imágenes en fruto logrado el de los poemas de Alfonso Barrera Valverde.



El doce de Noviembre de 1926 apareció en Quito mi libro "En elogio de Ambato", ofrenda a la tierra de mis padres. Más de treinta años han pasado sobre los puentes del tiempo y en el cordial latido parece que se hubieran afinado, perfeccionándose, las imágenes originarias, preferidas por íntimas e intransferibles. Nuevos elogios, después de aquel primero, han surgido para aventajarlo, debiéndose a la virtud, a la libertad y a la belleza de una tierra en la que maduraron los frutos del árbol y del hombre.

Téngase estos breves apuntes como reiterada prueba de amor más que de conocimiento. No se les considere como a un capítulo entero de historia literaria. Acéptelos, más bien, como regreso filial, tal como los ha juzgado Alicia Paredes Borja, cuyas líneas epistolares recojo con agradecimiento. "Como se ve, con este amor, como va siempre contemplando en nuestros cielos, en nuestras campiñas, el dulce y bello mirar de su Madre que nació en tierra ambateña".

POEMAS DE JOSE ALFREDO LLERENA

DELIRIO SOBRE EL CHIMBORAZO

Desde donde las 36 bocas del Orinoco
entregan su sangre al Atlántico,
venía Bolívar.
Un dosel de iris se alzaba sobre su frente.
Cabalgando un caballo estalagmítico de las rocas de los Andes,
dirigíase al Sur.
Vistiendo capote azul y negras botas,
dirigíase al Sur.
Tenía el rostro atenazado
por mil días y mil noches de la llanura de Venezuela;
los ojos: negros, a la vez luminosos,
en una permanente fiebre de galaxias.
¿Qué le impelía seguir al Sur?
Quizá el misterio de Quito: una ciudad
de conventos y artistas;
quizá el beleño, el copioso beleño de las distancias;
el misterio de la tierra meridional
de alarifes y monjas,
de metafísicos del escoplo
y taumaturgos del color.
A veces, la lluvia prehistórica de los Andes
le azoteaba los hombros;
a veces, el Noto, el Bóreo,
los arremolinados vientos de los páramos
cencelaban su frente.
Pero, el Libertador seguía hacia el Sur:

de ciudad en ciudad,
de páramo en páramo,
de garganta en garganta.
En los días de bonanza
soñaba junto a las encantadas lagunas
donde llueve un confeti de patos salvajes.
Continauba, incansable, continente abajo:
a ratos le asaltaba la fulgurante imagen de Boves,
del Moloc de América, a quien no pudo castigar;
sonaban entre sus recuerdos los tambores místicos de Carabobo,
el contrapunto volcánico del combate de Boyacá;
pero, él continuaba hacia el Ecuador:
tierra de hitos para el paso cotidiano de los caballos del sol.
Llegó a la tierra ecuatorial
tras haber subido
los encumbrados lomos de pórvido de los Andes
y haber descubierto a Dios, en éstos,
manejando una pesada artillería de volcanes.
Tras haber recorrido las tierras de los Quitus,
de los Pantzaleos, de los Puruháes,
pueblos que duermen ya bajo su huérfana iconolatría,
llegó al Chimborazo:
genitor de los diamantes,
estación obligada
de los sobrecargados vagones planetarios.
Llegó hasta allí el Héroe.
Ascendió al Chimborazo
hasta tocar con sus manos los raíles de las órbitas.
Allí se le apareció,
el Barbiluengo pastor de los días y las noches,
para quien la historia humana es polvo de infusorios.
El Guerrero y el Pastor
hablaron de la verdad y de la muerte,
formas fonéticas de la Nada.
El Libertador era una oruga que soñaba.
De pronto, le despertó "la Voz de Colombia"
para que continuase su obra:
aún las fuerzas telúricas le reclamaban para la carga de Junín,
aún tendría que salvar un Huerto de Olivos
en una noche septembrina,
para luego encerrarse tras la noche de sus párpados
junto a las olas, en Santa Marta.

SUEÑO DE UNA MUJER

Sobre el barandal, acodada,
creía viajar.
Y la vasta pradera oteaba:
creía que era el mar.
En la pasarela del barco, acodada,
ella creía estar.
Había pasado en presidio veinte años,
y ahora, por fin, el mar.
Sobre la borda de sus sueños
ahora podía navegar.
Su mente iba por Insulindia,
Jamaica,
la Antártida,
los fiordos nórdicos,
la luz boreal.
Bajo un candil prendido,
el mármol de su rostro
parecía la Estatua del Olvido.
Sobre el barandal,
el mármol de su brazo
era un copo de nieve en el ocaso.
Y la sombra de lejos venía,
extendía la mar su lejanía.
Vacilantes mariposas
por el astial:
—las gaviotas, decía—
en el mar de coral.
¡Ay! qué sueños:
Ay que sueños:
Desde su puente que es otero,
ve alejarse la costa desierta;
si su casa es el velero
ella es parte de la obra muerta.

HA REGRESADO DE NUEVA YORK

Desde Nueva York
regresó a su pueblo natal.
Desde la isla de concreto de Manhattan,
retornó a su alquería, en Sudamérica.
En el Empire State, el árbol más alto del mundo
preguntábase cómo sería un risco de los Andes.
Tornar a la aldea: ver si es cierto
que allí la luna entra en las alcoba.
Desde el Empire State, el árbol más rico en nidos,
en cuya copa las trinitarias son las estrellas,
añoraba las torres pequeñas, de un solo nido, de Sudamérica.
Cómo trepidaba Nueva York:
con los nervios de todos los pueblos y de todas las épocas;
cómo trabajaba allí el acero,
cómo se dilataban los vasos del concreto!
Babilonia, Persépolis, Tebas y Roma, unidas!
Motores y violines gimen en Nueva York!
Quería volver, por un instante siquiera
al villorrio monótono, en Sudamérica.
Pudiera ser que fuese cierto
que allí los hombres sean huéspedes de los gorriones
y que existiesen colinas de barro,
escaramujos y ulmarias,
arándanos y colibríes
y casuchas de tejas.
Bajo el puente Brookyn
pasaban las chimineas, los imanes,
los altos hornos de los buques;
pero aquel hombre deseaba volver
al poblado que se adormila, desde hace siglos, bajo los Andes:
con sus indios y sus asnos,
sus espadañas de ladrillo
y sus perezosos canes.
Volvió desde Nueva York,
a compartir con las golondrinas
los muros viejos y los aires.

POEMAS DE MARIA NATALIA DE FLOR

INVIERNO

La lluvia: triste mi silencio llora
juntas las manos te hablaré: ¡Dios mío!
mas, ¿qué preces del alma te dijeran
que hay en mí sombras, y nostalgia, y frío?

que el Invierno sus nieves ha dejado
como un sello en mi vida, largamente
que fui por el camino
como si fuera de mí misma ausente.

Veo sólo doliente que al bohío
la noche enferma de saudades llega,
que se curvan los álamos y el viento
la fuga errante de sus alas pliega.

Unese el viento lúgubre a los sonos
del rudo embate con que el agua ansía
llevar sus ondas hacia el Mar, ¡si fueron
preciadas hijas de ese Mar un día!...

Ah!, la lluvia, Señor, en mis ventanas
un eco pleno de ansiedad me deja:
la lluvia en mis cristales
como un recuerdo y un dolor se queja.

Ya del vecino saucedal huyeron
los cantares de brisas y de nidos:
la tarde melancólica tan sólo
rima sus ayes a la sombra unidos.

La voz del trueno retumbante ahora
me estremece, me angustia: ¡cómo hiciera
que mi angustia no escuche sino el ritmo
del agua que huye presurosa afuera!...

Mas dolorido el corazón me dice
que lloro ausencia de mi Amado hoy día
está lejos, muy lejos sin que nadie
escuche mi agonía.

Sin él enferma de tristeza muero
sin él no hay fuego en el hogar: Dios mío
juntas las manos te hablaré: tú sabes
que hay en mí sombras, y nostalgia, y frío.
El Sol verá mañana
las pobres rosas del rosal heridas,
abandonado el palomar y errantes
trémulas hojas por el viento unidas.

Verá que llevo para siempre el alma
de amor inmenso, de amargura llena:
¡trazado fue mi sino:
vivir muriendo de cariño y pena!...

Ser el árbol silvestre en cuyas ramas
tan sólo posa el huracán y en vano
buscar aquello que en mi senda fuera
lejano siempre para mí... ¡lejano!...

ALBUM

Las páginas de mi vida
Señor!, cómo están repletas:
aquí un dolor, una lágrima;
florido un rosal y en breve
la luz y la sombra inciertas.

... Un crepúsculo, unas horas
que van de tristeza llenas;
estrofas mías, tan mías...
¡el corazón al forjarlas
dejó su ansiedad en ellas!

¿Insomnios son esta angustia
que tiñe acá mis ojeras?...
como en la noche, muy lejos
el cielo y el mar se tiñen
cuando hay en ellos tormenta.

Han muerto aquí muchas flores,
sí; mi espíritu recuerda;
llegó el Invierno y heridas
las flores de mi alma fueron
antaño con Sol... tan bellas.

Después el Tiempo... en sus alas
llegó la tarde y con ella
con noches en las que ocultan
su nívea faz, las estrellas.

En veces, cuando yo escucho
que un hondo rumor se queja
también en secreto leo...
Señor y Dios, los favores
que el libro del alma encierra:

... Esta alba tiene el perfume
de un campo azul de violetas,
de azahar y de trigo; un día
mis ojos de niña hallaron
como hecha de luz la tierra;

y amantes contigo fueron
buscando de tí las huellas:
tu Cruz y tu nombre han sido
la flor de ese algo que siempre
mi vida en la sombra espera.

Acá?... la luna ha vertido
su tibio fulgor de seda,
las hojas duermen y el viento
callado y triste parece
que envuelto en la sombra reza.

El agua, la dulce hermana
que el Cielo en sus ondas lleva,
la que en sus coplas el ritmo
del aura y la flor entona
y arpegios de amor me diera.

También, Señor, en mi vida
fue gracia que el mundo anhela
¡el mar, la fontana, el río!
me he dicho al mirarlos: ¡Cielos!
¡quién onda con alma fuera!...

CAMINO DE LA PATRIA

Extraña fui, tú lo sabes,
acá en el suelo, tan suelo...
quizá mi patria una nube,
la luz del alba, un lucero...

Quizá la tarde, en la cima
de algún ciprés agorero,
bebiendo el ocaso en tintes
de arrullos y de beleños...

No sé, mi paso en la vida
es algo así como el treno
de algún cantar cuyo idioma
perdido en la tierra, ha muerto.

Por eso triste, en la senda
no encuentro sino el recuerdo
de flores y hojas heridas
al soplo tenue del viento.

Y voy con el alma, es ella
la que oye en la sombra el eco
de voces de ayer fundidas
en voz del silencio luego.

En vano el mar me da historias
de un reino —patria que anhelo;
nací en un risco, una playa?
fui onda del Sol de Enero?...

Paloma que emigra acaso
posé en algún barco y llevo
mis alas de espuma asidas
al mastil de oro del viento?...

Enferma de erranzas huyo
de lejos, de allá muy lejos:
cansancio es el mal que llena
la copa azul de mis sueños.

Mas vuelvo en mí suavemente...
la paz de la noche espero;
bien sé que mi Patria es una
serena y sin par... ¡el Cielo!

POEMAS DE ALFREDO MARTINEZ

Del Libro "Lumbre y Tiniebla"

ESTAMPA NOCTURNA

La piel de la noche se deshacía en los colmillos de las bujías. La cinta de la calle se alarga en mis ojos. Una sombra densa media, perezosamente, una acera con el compás de sus piernas. Las puertas, cerradas hermeticamente, escondían a los hombres que, inmóviles en sus lechos, soñaban en la mañana que vendrá a exprimir en sus cuerpos el jugo de la naranja del sol.

Entré a una taberna: hueco embadurnado de cal de luz mortecina. Las botellas repletas de tóxicos parecían manos alargadas, dispuestas a vaciarse y a apretar la garganta de cualquier bohemio. El tabernero, lanzaba la saeta de su mirada inquiriendo el escondrijo de algún billete. Dos bohemios, atados a una mesa por la cuerda del vicio, alzaban los vasos que buscaban, como llamas, los labios cansados de arrojar aceite de palabras vulgares.

El estampido de un grito aclaró la taberna. Una mujer, encendida de rencor, asomó a una puerta. Sus brazos, nardos marchitos, retiraron el espacio para lanzar el plomo de protesta contra un amigo que había mojado con labios de cerveza su boca de mistela caliente.

Dos policías, sostenidos por correas que medían sus espaldas, y arrimados a revólveres que auyentan el miedo, penetraron en la taberna. El grito había caído en sus oídos mojados de frío como un puñado de ceniza caliente.

Las palabras vestidas de gris acento, animaron a los policías. Crecieron sus músculos y arrastraron a la calle a los dos bohemios. En sus brazos parecían fardos de huesos descoyuntados.

La mujer, rama sin raíz, llamaba, luego, con voz de sus ojos a su amigo escondido, que saboreaba tal vez el gusto salobre del beso fugitivo.

REVERBERACION

Para la poetisa Flor de Te

Aquella mañana el cielo se había derrumbado con todo su esplendor sobre el sueño de la tierra. El sol, deshecho en polvo, reverberaba insolitamente. El paisaje serrano era una inmensa llamarada de colores. Las flores, candelas de perfume, se consumían sin término. Los árboles, meciéndose lentamente, regaban suaves melodías de fulgor.

Cerca de una fuente, cuyo líquido era un elixir de sol, de luna y de topacio, jugaban tres niños que en esa mañana eran fogatas de color y de ternura.

Hacían correr por el suelo tibio las diminutas candelas de sus bolas que al chocar despedían centellas musicales.

Juanito, cubría su cuerpo blanco, donde los lirios se habían quedado extáticos, con un calzón y saco remendados de azul desvahido de la cumbre. Su camisa, que algún día tejió la luna, estaba gris y amenazaba colgarse en lágrimas de hilachas.

Tomás, el negrito, cuyo cuerpo era una llamarada oscura, donde la noche se había quedado soñando en la lumbre del alba, vestía también un calzón que otrora tuvo el color apagado del sol. No usaba camisa, porque su madre no quería imitar a los ricos que se privan del contacto del aire. Se contentaba con el saco desteñido y las mangas rotas, por donde el fulgor oscuro de sus codos querían escaparse.

Tobías era hijo del cholo cuidador de la querencia. En su sangre se había fundido la mañana hispánica de su madre. Su color daba la apariencia del trigo. Su vestimenta, más pobre que la de Juanito y Tomás: un poncho que el tiempo borró sus franjas rojas, ocultaba algunas partes de su cuerpo de pan de centeno.

Ninguno de los tres infantes usaba zapatos. Para qué usar zapatos?... Es mejor sentir la piel del suelo con las plantas desnudas.

La bola de Tomás corrió a la fuente y dando gritos de júbilo desapareció en el agua que se levantó armoniosa en gotas llameantes de plata.

Acercóse el pequeño a la fuente e inclinóse para descubrir su bola que le miraba sonriente desde el fondo. Juan, lanzando la sinfonía de una carcajada, empujóle. Tomás cayó en la

fuelle y comenzó a chapotear. Tobias imitó a su compañero.

El agua reía; reía, sintiendo las formas inquietas de los dos niños. Tobias para compartir la felicidad de sus compañeros, lanzóse también a la fuente...



Nunca admiré un cuadro maravilloso como el de aquella mañana: tres formas radiantes jugando con la lumbre tibia y transparente del agua que gritaba también enloquecida como los muchachos.

GABRIELA MISTRAL

La muerte de la cantora de "Desolación", "Tala" y el mundo mágico de la niñez, conmovió la sensibilidad de todos los pueblos del orbe y más de los pueblos americanos que saborearon en lengua española la voz que se apagó en la eternidad de su fama y de su gloria. Niños y adultos, hombres y mujeres, instituciones culturales y organismos de orden público, en un solo eco, pronunciaron el responso dolorido porque se iba de la vida terrenal la sublime Maestra, la poetisa de la escuela y de la infancia, la dulce mensajera de la paz universal y la escritora de aquilatado estilo y seguro mensaje.

El Ecuador compartió vivamente este luto de América por la pérdida de su gran bardo femenino, no sólo porque Gabriela era una porción noble del barro de nuestros Andes, sino también porque ella entregó parte de su corazón a este país de la mitad del mundo. Pues estrechó lazos de afecto con escritores y poetas ecuatorianos, prolongó sus libros, habló de nuestros mejores recursos naturales e hizo uno de los mejores elogios de nuestro Escudo Nacional.

Nunca mortal alguno llegó tan hondo al alma toda de la niñez ecuatoriana. Tal vez no hubo escuela en el país, en donde, la infancia dejó de recordar a la mujer que le hizo sentir el tierno calor de madre, la dulzura de maestra y la ternura de su poesía que tuvo el milagro de identificarse plenamente con el lenguaje y la sensibilidad de los niños.

"El Grupo América", como era su deber, estuvo presente en el Panegirico que la Nación Ecuatoriana tributó a la Maestra y Poetisa del Elqui. Y esta vez también le rinde su homenaje póstumo, con la promesa de contarla pronto en la Galería de sus Figuras Americanas.

DESPRENDIMIENTO

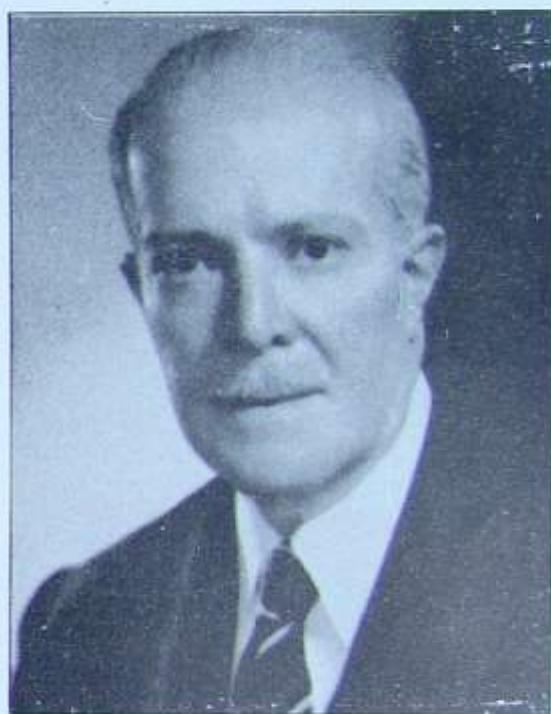
(Una anécdota de Gabriela Mistral)

La última vez que Gabriela visitó Roma, solicitó audiencia al Pontífice Romano. Concedida que le fue, hablaron de muchos temas: del Premio Nobel de Literatura, de las andanzas de la poetisa por tierras de América y Europa, de la poesía, de los niños, en fin, de cuanto parecía de interés común. Ya al despedirse, el Papa le insinuó a su visitante:

—¿Qué gracia deseas que te conceda, hija mía?

—Para mí, nada, Santo Padre! Lo que le pido es que ruegue a Dios para que se cambie la suerte de los indios de América que viven oprimidos por siglos y esperan su redención!

D. G.



Don Carlos Manuel Larrea
Premio Tobar 1958

CARLOS MANUEL LARREA

En posesión de sensibilidad exquisita y de un don de gentes extraordinario, Carlos Manuel Larrea es un rectilíneo caballero del espíritu y de las nobles causas de la Patria. Consagrándose al estudio y las investigaciones científicas, así como al servicio público de la Nación, ha sembrado una obra que merece el justo reconocimiento del país.

Después de concluir los estudios secundarios en Quito, recibió algunos cursos especiales en el Colegio de Francia y la Sorbona de París. De 1912 a 1916, realizó investigaciones históricas en los Archivos y Biblioteca de Londres, Oxford, París, Madrid, Sevilla, Simancas, etc., visitando también bibliotecas y archivos de Suiza, Alemania, Austria, Italia y Estados Unidos. Volvió al Ecuador y se dedicó a diversas actividades científicas y literarias, sobre todo en Historia, Arqueología y Bibliografía Nacional.

En la vida pública del Estado Ecuatoriano ha desempeñado los más altos cargos y las más delicadas misiones: Ministro de Estado en la Cartera de Relaciones Exteriores, Embajador y Enviado Extraordinario en comisión especial, Delegado a la II Asamblea de las Naciones Unidas, etc. Y en recompensa a la eficacia de sus cometidos, en alternativa con sus entregas de orden científico-literario, cuenta con numerosos títulos académicos y dos decenas de condecoraciones.

Aparte de los numerosos estudios publicados en boletines y revistas nacionales y extranjeras, sobre temas de su cariñosa especialidad, así como de libros y folletos de Historia y Arqueología, debemos hacer mención especial de sus cinco volúmenes de "Bibliografía Científica del Ecuador" y de su último libro galardonado con el Premio Tobar: "El Archipiélago de Coló (Galápagos)", 1958. De esta obra, el Tribunal Calificador se expresó en el Veredicto:

Entre las varias obras de alta valía, la que, a nuestro pa-

recer, llena más cumplidamente todos los requisitos de la Ordenanza que reglamenta el Premio Tobar, es la del señor don Carlos Manuel Larrea, intitulada: "El Archipiélago de Colón, Galápagos". Esta obra es, efectivamente, de alto valor intelectual, como se manifiesta en la solidez y amplitud de la documentación, en su ordenación sistemática, en la claridad de la exposición y de las conclusiones, en el valor imponderable de la bibliografía, que por sí sola haría insustituible este cuadro sobre nuestras islas. Dado el relieve cada día mayor que éstas han cobrado en el campo internacional con respecto a la defensa continental, no es posible dejar de ponderar de cuanta importancia es el contar con una obra científicamente documentada y que puede darse por definitiva, en que podamos los ecuatorianos formar un concepto claro de la trascendencia de esta porción de nuestro territorio nacional."

El Grupo América, con esta oportunidad, expresa a su distinguido Miembro Dn. Carlos Manuel Larrea, su más sincero beneplácito por este triunfo que honra a la Institución.



Don Gerardo Chiriboga
Una larga vida periodística

GERARDO CHIRIBOGA

Gerardo Chiriboga, escritor y periodista de larga y fecunda trayectoria, a fines de 1958 recibió un múltiple homenaje de varias instituciones del país, por sus cuarenta y tres años cumplidos al servicio del periodismo nacional. A ese homenaje muy merecido, se suma el "Grupo América" que lo cuenta entre sus distinguidos miembros y lo ha confiado su Tesorería por 18 años consecutivos. Su honradez acrisolada, su fino sentido administrativo y su animado don de gentes, han ganado la confianza agradecida de la Entidad.

Desde su temprana juventud, Gerardo Chiriboga ejerció el periodismo en su patria. A los veinte años, en 1915, inició su salida de Quijote de la pluma en los semanarios "Gil Blas" y "Don Quijote", pasando luego a formar parte de la redacción del "Quiteño Libre". Después, ansioso de horizontes allende las fronteras, militó en la prensa de Perú, Chile, Argentina, Brasil, Panamá, Cuba, Puerto Rico, Estados Unidos y otros países en donde le situó la aventura de trotamundos de la cultura.

Su carrera de letras y periodismo no le fue empresa de improvisada vocación. Estudió la especialización de Lenguas y Literatura en la Universidad de Columbia, y Medicina en la Universidad Central de Quito. Y cuando su carrera periodística le dio nombradía, se constituyó en Jefe de Redacción de "La Prensa" de Nueva York (1923 - 1932) y Jefe General de Información de "El Comercio" de Quito (1934 - 1941).

Profesor de las Escuelas Masónicas de la Habana y del Colegio Militar de Quito; Cónsul del Ecuador en Nueva Orleans, Hamburgo, Génova y Nueva York; miembro de numerosas instituciones culturales del país; autor y traductor de varias obras literarias; tales son los caminos principales que ha seguido Gerardo Chiriboga, siempre con la mirada hacia la patria y siempre con el corazón encendido de patriotismo y de amor a las libertades democráticas.

Sus cuarenta y tres años de periodista, ya se dijo, han sido motivo de un justo homenaje nacional. El Círculo de la Prensa de Quito, al entregarle un hermoso Pergamino de admirativa constancia dijo, por medio de su Presidente, que Chiriboga es un virtuoso periodista por su amor a la verdad, su culto a la libertad de pensamiento y su integridad que nunca se dobló ni ante las amenazas de los poderosos, ni ante el cebo del oro corruptor.

El I. Municipio de Riobamba, en sesión especial, se unió al homenaje del Círculo de la Prensa de Quito, expidiendo un conceptuoso Acuerdo en tributo a Gerardo Chiriboga, hijo notable de la Sultana de los Andes. Y la colonia riobambeña residente en Quito, en ceremonia presidida por el ex-Alcalde Mayor de Riobamba don Rafael Alcides López y por el Presidente de la Asociación de Universitarios riobambeños, alabó el talento y la obra de Chiriboga, al servicio de la Patria, y le entregó la constancia de su admiración y aprecio en elegante y expresivo Pergamino.

La Sociedad de Egresados del Mejía que le contó entre sus Presidentes y puso el retrato al óleo de Gerardo Chiriboga en la Galería de Honor de la Entidad, secundó el tributo de los demás, y lo propio hizo la Unión Nacional de Periodistas, expidiendo un oportuno Acuerdo, previa una franca constancia de su Presidente, en la que se anota la brillante labor periodística realizada por Chiriboga y las enseñanzas que él dio a sus colegas como "infatigable trabajador por el bienestar colectivo" y como "defensor ferviente de la preciada libertad de expresión de la palabra escrita".

El "Grupo América" reitera su beneplácito a su digno integrante, Gerardo Chiriboga, por los homenajes recibidos en recompensa a su larga y proficua labor periodística, y está junto a él compartiendo sus merecidos triunfos.



Profesor Darío Guevara
Doctor en Filosofía Honoris Causa, 1958.

LA ACADEMIA INTERNACIONAL

Esta antigua Institución Universal, funda en 1880 para la cruzada de unión y fraternidad de los pueblos del orbe, confirió al Profesor Darío Guevara el título de Doctor en Filosofía Honoris Causa, y por su intermedio, también a los doctores Julio Endara y Pío Jaramillo Alvarado (miembros del Grupo América), y al doctor Rafael Alvarado, miembro titular de la Casa de la Cultura Ecuatoriana. De este modo, la Academia ha querido tributar su distinción a nuestro país y tener, a la vez, sus legítimos representantes en su noble acción de procurar el ansiado anhelo de la unión de los pueblos y la verdadera confraternidad humana.

La Academia Internacional, Sociedad de Literatos, opera sobre la filosofía de las leyes naturales y el imperativo del derecho a la vida de todos los hombres, sin distinción de razas, linajes, religiones, tendencias políticas ni condiciones económicas. Hace suya la Declaración Universal de los Derechos del Hombre, expedida por las Naciones Unidas, y en aras de esos principios, auspicia la consolidación de un Gobierno único que rija a la Familia Humana, eso sí, respetando los valores esenciales y propios de todos y cada uno de los Estados del Mundo.

Su labor desplegada en aras de la concordia y la fraternidad internacionales, se ha extendido a más de cuarenta países de ambos mundos geográficos, y cuenta con organismos de causa en las capitales de Italia, Francia, Inglaterra, Holanda, Grecia y Canadá, y también en la metrópoli de los Estados Unidos. Ahora tiene su sede matriz en **The Universal Foundation**, en Burnaby, Columbia Británica, Canadá. Y allí mantiene un Colegio Superior destinado a preparar expertos para su gran cruzada. Y, para el mismo fin, dispone de Facultades Universitarias en Roma, París, Londres, Nueva York y Vancouver.

Atenta a las vicisitudes del Mundo, la Academia Internacional de Filosofía y Letras comprendió que el concierto de las naciones unidas —sin oprobiosos niveles de categorías ni restricciones de ningún orden—, debía orientarse hacia la afirmación de la Paz, después de las dos guerras mundiales que azotaron a la Humanidad de la manera más inhumana que hayan contemplado los siglos. Y por eso, precisamente, se afianza en la Cartera Política de la Organización de las Na.

ciones Unidas, para urgir la necesidad de constituir un Gobierno del Mundo, cuyo Estatuto tenga vigencia irrefutable. Así, pues, la Fraternidad Universal es su Lema, y el Amor Humano, su Bandera.

Entre los muchos objetivos que sustenta la Academia Internacional, caben puntualizar algunos:

1º—La Humanidad desea y necesita un Gobierno Mundial, y ha de regirse por una Ley que haga mejor la existencia de todos los hombres y todos los pueblos.

2º— Ese Gobierno Unico ha de alcanzar la coherente integración de todos los niveles del desenvolvimiento social, para ejercitar una función útil y equitativa en la sociedad humana, en planos de cordial y estricta justicia.

3º— El Gobierno Mundial —aspiración de la Declaración de los Derechos del Hombre—, no puede sustentarse sobre prejuicios e intolerancias de ninguna clase. Nada del color de la piel, nada de supremacías religiosas, nada de diferencias culturales o económicas, nada de intolerancias políticas ni sectarias. Todo ha de converger a la convivencia pacífica, a la fraternidad amorosa, a la cooperación recíproca, a la concordia sin escalas y a la necesidad de vivir grata y cultamente, en el seno de la comunidad universal.

4º— Dentro de la Comunidad Internacional, erigida en Estado Unico para la convivencia pacífica y feliz, el hombre ha de operar en el dominio de sus propias y naturales capacidades, en goce de los recursos de su medio ambiente.

5º— El Pueblo ha de ser el Sujeto principal de la reparación social y humana. Se ha de hacer el balance de sus necesidades biológicas y espirituales, para satisfacerlas por derecho natural y derecho de entes racionales, aplicando la justicia del derecho a la vida, bajo el imperio de la Ley que regula el Gobierno Universal.

Objetivo básico de la Academia Internacional, Sociedad de Literatos, es lograr el Gobierno Unico que haga realidad la Concordia, la Paz y la Hermandad de todos los seres de la Tierra, en convivencia de trabajo, de satisfacción de las humanas necesidades, y de examen profundo de la naturaleza del hombre en la sociedad, para perfeccionarla por los cauces de la educación y del régimen racional de la vida. Para ello, en la actualidad, cuenta con la dinámica y sabia dirección de su Presidente, Doctor William Franklin Wolsey, ya con un centenar de condecoraciones y títulos académicos ganados en premio a su esforzada tarea en pro del Mundo Mejor.

JUAN BENIGNO VELA

1843 - 1920

COMENTARIO BIO - BIBLIOGRAFICO

El Dr. Juan Benigno Vela Hervas (muerto el 24 de Febrero de 1920) es uno de los valores permanentes de la Patria. Al recordar tal hecho acaecido en su ciudad natal, queremos con estas breves líneas rendir un pequeño homenaje a su memoria, a su obra de periodista de combate y tribuno de indiscutidos méritos. La presente síntesis biográfico crítica sobre el Libro del destacado literato y profesor tungurahuese, Dn. DARIO. C. GUEVARA, publicado en el bienio de 1949 - 50, intitulado: "JUAN BENIGNO VELA, TITAN DEL LIBERALISMO RADICAL ECUATORIANO", es copia de una CARTA BIBLIOGRAFICA escrita por nosotros para enviarla al biógrafo, y que la redactamos en los primeros días de Enero del presente año. Razones de fuerza mayor impidieron, en tiempo oportuno darla a conocer como era nuestro deseo. Pero, como un Libro no pierde actualidad, y más aún, tratándose de una Biografía escrita por Guevara, queremos darla a luz, en esta fecha, por intermedio de las columnas de LA NACION, en tributo de admiración a Ambato, tierra de aplaudidos paladines del pensamiento nacional, rindiendo nuestro elogio a Carlos B. Sevilla, Augusto Arias, Juan Adolfo Vela, Eduardo Samaniego Alvarez, Tarquino Toro, Sergio Núñez y al mismo DARIO GUEVARA, entre otros escritores contemporáneos pertenecientes a su tierra y que mejor han enfocado los aspectos del eminente Ciego.

Paladin de rebeldías, cruzado de grandes reformas, dueño de una oratoria singular, altivo, irreductible en la

contienda, áspero a veces fuerte con los clérigos intonso, librador de cruentas batallas para acabar con el fanatismo de su época, la figura de JUAN BENIGNO VELA, ciertamente no ha de perder actualidad al paso del tiempo; y, si alguna vez sufrió errores de convicción política y anonadó a sus propios amigos, éstos no han de ser de bulto en el balance de su obra total, si acaso nos empeñamos en señalarlos. Por otra parte, él mismo, reconociéndolos, acaso, escribió con sincero ardor: "Defectos? ¿quién no los tiene?. Pero los errores, pero las pasiones, pero las flaquezas, se comen los gusanos en la tumba, y no sobreviven más que las nobles acciones: pues que sólo la virtud es superior a la muerte." La virtud de su talento, efectivamente ha sobrevivido sobre las marejadas de la candente política ecuatoriana. Por eso viene aquí nuestra sincera palabra, cuyo mérito no ha de ser otro sino que la honda convicción ante los hechos.

Cuenca, 29 de Abril de 1951

A. LI. B.

He aquí la copia de la Carta a Dario C. Guevara:

Llegó en las postrimerias del año anterior, su último Libro a mi poder, deferencia que vuelvo a agradecerle muy de veras, en especial por la benevolente dedicatoria que se ha dignado autografiarme, honrándome sobre manera.

Y de inmediato pasé a su lectura; pues, vivamente, me interesaba conocer la vida íntegra del tercero de los Juanes.

De las impresiones recibidas a lo largo de su Libro quiere ser trasunto esta Carta Bibliográfica, sin que ella signifique crítica histórica, literaria, o cosa parecida, ya que mi pluma no avanza a tanto; mas, si, un fiel reflejo de mi manera de sentir y comprender la vida histórica ecuatoriana a través de sus forjadores y constructores, inclinado, mal o bien, a leer y escribir sobre los hombres del Ecuador, muy especialmente de los que como Montalvo, Alfaro, Moncayo, los Andrade, etc.,

se preocuparon de implantar, en medio de largas vicisitudes, la gloriosa izquierda en nuestra Patria, izquierda en la cual militamos ambos y cuya historia detenida, fuerte y grandemente dolorosa aún está por escribirse.

Seguro creo estar al afirmar que es usted —infatigable cultor de la Biografía nacional— el primero que nos ofrece en una obra completa de un tricentenar de páginas, la Vida y la Obra del Ciego Vela, llamado el Catón, columna del radicalismo nacional; en un estilo lleno de poesía, como acostumbraba hacerlo en sus libros, ya del cual "Quijote y Maestro", o sea la "Vida Novelada de Juan Montalvo" es buena muestra, y por el cual el ilustre Enrique de Gandía llamara a usted poeta.

Recuerdo que para unas fiestas del 13 de Abril (1948) en un Programa Literario preparado para el magisterio de mi ciudad tuve el gratisimo honor de referirme a usted y a su obra, con el sano afán de dar a conocer a mis colegas del Azuay, la obra y el talento de usted, aunque bien reconozco que el aporte cultural que usted rinde y está rindiendo a la Patria es demasiado conocido aquí y en ajenos lares, para que yo hubiera hablado de presentarlo.

Ahora, con la oportunidad de su "Juan Benigno Vela", vuelvo a escribir a usted, completando mis impresiones con algunos apuntes sobre el biografiado; libro éste que cierra el propósito, muy notable por cierto, en el cual usted se empeñara, como es el de haber escrito sobre los tres Juanes de Ambato, sus compaisanos, haciendo de ellos y de sus libros, tres homenajes perennes para la nacionalidad, propósito que ha enaltecido de veras a su esclarecido autor.

De presentación sobria, clara, muy ordenada, el último Libro de usted sobre "Juan Benigno Vela", en una edición que enaltece, también, y una vez más, los afanes culturales de la I. Municipalidad de Ambato; pues, bajo sus auspicios, en el bienio de 1949-50, acabó de entregarse al mundo impreso esta Biografía del ponderado Ciego.

Usted la ha hecho, la ha trabajado y ahí la deja, nítida y limpia, para consideración de los ecuatorianos que amamos y admiramos los valores permanentes del espíritu, sea que éstos alguna vez, en su duro y tortuoso camino; pues, que a codazos debían abrirse pasos algunos, se equivocaran o erraran en sus propósitos, equivocaciones y errores surgidos no al calor de odios ni intransigencias políticas o de bandería, sino por la sanidad de los propósitos ideológicos en ellos advertidos, y que patentes más que en ninguno otro partido, se hicieron

presentes en el partido liberal y en sus caudillos militares o civilistas, al comienzo de la fragosa lucha.

Dividida en dos partes y un breve epílogo; la primera o sea: Ideólogo y Luchador y la Segunda, Tribuno y Legislador, con el Epílogo o el Panorama de Intimidación y de Presencia, usted nos presenta un "Juan Benigno Vela" completo y cabal por lo que él fue, exactamente: ideólogo, luchador, tribuno y legislador, en capítulos concisos, sinceramente apasionados, con el apasionamiento honrado que se estila en la verdadera biografía; capítulos que llaman la atención por ese poético bautizo que a cada uno de ellos va dando a lo largo de sus dos partes; pues, buena cuenta de éxito tiene un Libro, una Biografía, sobre todo, cuando su autor sabe rotular los capítulos y tratarlos de acuerdo con ese pensamiento central. Y en ello, el maestro que es usted, amigo Guevara, tiene felices aciertos.

De todo ese armónico conjunto surge para consideración del lector y de la historia, un Juan Benigno Vela comprendido en dos partes distintas y enlazado por un factor común: el de la lucha, ya que ella lo acompañó en todo momento de su existencia.

1º—Desde 1863, época del garcianismo que ya comienza a imperar en el país por mano del Dictador, hasta las postrimerías del conservatismo con el Gobierno Progresista del Doctor Luis Cordero en 1895; años que abonan con notables caracteres lo mejor del talento batallador del Ciego; y,

2º—Desde el propio año de la Revolución Liberal Nacional, con la exaltación de su máximo e incomparable caudillo, hasta 1920, hora de su muerte; cruda época que significa en Vela la oposición; pues ésta nace en él apenas Eloy Alfaro comienza a gobernar los destinos nacionales.

De esta época han de llegar para Juan Benigno Vela las críticas que acompañan su tarea y que ciertamente lo presentan como personaje de discusión en el amargo avatar de las luchas políticas ecuatorianas.

(La Biografía de Guevara no lo presenta, desde luego como hombre de discusión).

Como quiera que se entienda la misión de Vela en el panorama histórico de los gobiernos nacionales, él resume como periodista y legislador, a cambio de Calle que fue gran periodista y mejor literato, pero no legislador, y principalmente en junta de otros de su época, medio siglo de historia y de combate, tanto en Ambato su tierra, como en Quito, escenario de sus múltiples arrebatos.

Complementando estas dos partes de su existencia política, el biógrafo que es usted, va enseñándonos la intimidad del personaje, ese Vela sufrido, pobrísimo, lleno de penurias físicas, y a quien la ceguera y la sordera vuelvenlo más altivo y le impiden mirar y oír los chismecillos que se tejen en su torno, aunque él también, sordo y ciego, y algo cojo, vaya tejiendo otros chismecillos mayores en redor de amigos y enemigos.

Si tiempo tuviera más largo podría establecer, en la vida y en la obra, cierto paralelismo con el periodista cuencano Manuel J. Calle: se encuentran muchos aspectos que los hacen iguales; la fuerza, el carácter, la pasión, la encendida verdad, el elan ideológico, la gracia del insulto y el infortunio de la vida económica; aún más, el fervor político del principio por la obra de Alfaro y la apasionada oposición final a lo largo de "El Pelayo" y de "El Guante". Ahora quiero establecer ésta: ambos se sabían la vida, los "milagros" y los defectos de sus prójimos, y en sabiéndolos, a veces los zarandeaban en la prensa con esa ruda y abierta franqueza que nunca los abandonó. Ambos, Vela y Calle, estuvieron dotados, además, de una poderosa memoria.

Muchos escritores, ya en artículos de Revista y de periódico y por diversos motivos han tratado de la exaltación de Vela; o ya en libros de Biografía e Historia se han preocupado de su personalidad como legislador, periodista y radical de pura doctrina; aspectos estos que le han dado perennidad en la memoria patria. Cabe destacar el Homenaje en su Centenario (Julio de 1943) que "La Casa de Montalvo", órgano de la Biblioteca de Autores Nacionales le rindiera bajo la dirección de Dn. Carlos B. Sevilla, celoso guardián de las glorias tungurahueses, y la Crónica-Reportaje que escribiera Manuel J. Calle en su mejor Libro: "Biografías y Semblanzas". Cerrando a los estudiosos de Vela el Ciego, viene en las postrimerías de 1950, el libro completo y definitivo, este "Juan Benigno Vela", llamado por el autor: "Titán del Liberalismo Radical Ecuatoriano". Creo, firmemente, que después de este Libro no cabe esperar otro para Vela; pues, como estudio biográfico es terminante, aún sin las sombras necesarias, no quedando nada por decirse de él. Acaso alguna vez "La Casa de Montalvo" quiera entregarnos un libro con los artículos periodísticos y los discursos en la Legislatura, escritos y pronunciados por el Ciego, aunque pequen de inactuales; ya que, especialmente en lo primero, Vela no alcanza la perennidad del Libro, como en el caso de su paisano y maestro Montalvo, si

bien, Vela bajo otras circunstancias pudo haber dejado una lograda producción literaria; tal lo hicieron como periodistas y luchadores, el propio Montalvo y Manuel J. Calle, para no nombrar sino a los más notables entre los hombres de prensa de aquel tiempo.

Así, pues, terminaré esta parte de mi Carta Bibliográfica, reafirmando que gracias a usted podemos ya leer y consultar la Biografía que faltaba en la trilogía de Ambato, tierra pródiga en ingenios y en hombres de valer perdurable, como la tierra ésta desde la cual yo le escribo.



Para la crítica histórica del personaje, significa más, para mi humilde entender, la segunda época de su vida; aquella de la oposición que señalara líneas arriba, y en la cual "Juan Benigno Vela" entra en la historia, **aunque cojeando de un pie** y totalmente ciego y sordo. (A falta de estos indispensables recursos humanos, Vela adquiere la gallardía en el andar y la imponencia en el gesto, por lo cual Manuel J. Calle dirá de él un día que lo visita, que es un "Monumento Vivo").

Pero antes, Vela se ha forjado así mismo. A lo menos, ésta es la impresión a través del Libro de Dario C. Guevara. No voy a cansar al autor de la Biografía ni al lector de ésta, repitiendo los aspectos que resaltan en su vida de luchador asérrimo. Sin embargo cabe acentuar un factor muy decisivo en el forjamiento de su carácter: la estrechez económica que le acompaña en su tránsito: pobre como todo valor, y los duros defectos físicos impresos en su faz, cosas que ha de suplirlas, dignamente, desde luego, bajo un constante y disciplinado ejercicio en el trabajo diario y en la observación de preceptos honestos y pulcros.

Destacándose desde joven por su apego al estudio y su memoria de privilegio, Vela va adquiriendo notoriedad en el ambiente; primero es la secretaría en la casa de Montalvo, lo que le impulsa a imitar al maestro y luego esa ansia nobilísima de forjarse una carrera liberal y notable en medio de su acentado malestar visual, lo que hace de él un hombre de esperanzas; pues, pronto, viene a destacarse como abogado y escritor o como animador de renovaciones juveniles.

La primera arremetida es contra el poderoso y omnipotente García Moreno, quien en represalia por sus iniciales arrebatos lo sepulta largos meses en un cuartel como soldado

raso; luego contra el propio Dr. Antonio Borrero C., a imitación de Montalvo, y después contra Veintimilla el cabezudo, produciendo como prólogo a todo esto esa pieza satírico-política que hará admirar al mismo Menéndez y Pelayo, cuando se burla denosamente de la nariz del Coronel y Diputado Luis Fernando Ortega, "A una Nariz"; y, luego "El Espectador", su primer periódico de combate.

Larga es la persecución contra él: cárceles y destierros. Ciego como está, un día llega a Cuenca, de paso al Sur, y los cuencanos llenos de asombro piden clemencia por el inválido; aunque otra vez, el mismo Vela se niega a aceptar el destierro en Cuenca, porque en la ciudad, dominado por el beaterio, se lo va a hostilizar por **comecura** y radical "endemoniado". El final de su odisea está en Nicaragua, y de allí se viene en fuga, rumbo a su casa, hasta asomar en la hora de la Restauración.

¡La Restauración! Tremenda época, época terrible por la figura que la preside. En esta hora Vela llega a la cúspide de la rebeldía. Y es su periódico "El Combate" lo que le da resonancia, tanta y mayor que cualquier otro de los que posteriormente escriba.

Caamaño pretendiendo imitar a García Moreno hace reir al Ecuador. Y Vela resuelto a todo, lo estigmatiza como Montalvo a Veintimilla. Lo más singular radica en sus Cartas que escribe al Presidente, desafiando tentaciones de lucro y las iras del Poder. Bien anota el biógrafo: "la campaña periodística de Vela adquiere el más grande poder de rebeldía y sin miedo protesta por todo lo que juzga indigno, inicuo del destino de la República, defendiendo los sagrados derechos del pueblo".

En medio de todo, la cruda represalia: se le priva del derecho de ejercer la profesión, y aún más, surge la ardiente polémica con su paisano, el ilustre Juan León Mera, conservador de ceñido cuño, polémica en la cual el lado perdido saca a relucir los consabidos argumentos de clerofobia y ateísmo contra el triunfador.

Hablándonos de esta polémica Darío Guevara estampa esta certera y donosa pregunta, valiente por lo actual y por lo que nos importa mucho en defensa de la izquierda: "¿No es ésta aún la arenga macabra de la intransigencia contra socialistas y comunistas?"

Siempre los mismos argumentos y principios han de salir a flote cuando se trata de atacar la ideología izquierdista, que no por combatida ha de menguar jamás!

Vela y Mera en Ambato polemizaron a base de estos principios, atacando el uno la inconsistencia científica de los dogmas y defendiendo el otro la política del catolicismo intransigente; pero la intolerancia (o intransigencia como norma conservadora) del segundo se hace patente contra el radicalismo del primero: polémica y combate que han de conducir a Vela a la excomunión, arma flojísima por su uso y abuso en estos días y por el mismo avance ideológico que ya no puede sujetarse a la inquisición mental, pero que en aquella época de beaterio podía significar la muerte civil y material del que caía en sus garras. Y por último, el socorrido recurso del exilio cuando los caamaños y páez del poder tiemblan ante la presencia de sus opositores.

Prisiones, exilios, fusilamientos; la grotesca caricatura garciana y esa necedad o terquedad en querer convertir la Patria en convento, tal el resumen de la Restauración que Caamaño deja en la historia. Por ello Vela en Ambato, combatiéndola con todos los arrestos de su espíritu, se levanta sobre toda lucha política de las libradas por su pensamiento y con su pluma! Así lo han reconocido Guevara, Sevilla, todos los que sobre él han escrito, y así asoma, rebelde tenaz, en las páginas de la historia.

Patigado de la constante lucha, Vela hace un largo paréntesis en toda aquella época del Progresismo del segundo Flores; tentado, acaso, por el Programa de Paz y Armonía que trae entre manos el discutido Diplomático y Presidente. Alguien ha insinuado que no es un paréntesis decoroso para Vela. Roberto Andrade llega, después, a acusarlo publicamente en relación con el Contrato de Mr. Kelly, extranjero que viene a medrar a la sombra del régimen progresista floreano, a pretexto de Ferrocarriles.

Vela no escribe contra Flores. No alza ni esgrime la pluma y deja que esa paz de cementerio —característica del Progresismo— paz contra la que tanto clamara y reclamara el mismo Vela, vaya andando de largo por los ámbitos de la Patria, de brazo con la argolla implantada por Caamaño.

De todas maneras, el paréntesis de Vela puede considerarse como factor negativo en su obra de ideólogo; si bien, el biógrafo trata de atenuarle en lo posible, en largas páginas que cuentan más bien en lo personal antes que en lo político.

En brevísimo epistolario contra el segundo y último gobierno progresista (Dr. Luis Cordero) de 1892 a 1895, tampoco lo salva.

Pues ya estaba acostumbrada la opinión pública a considerar a Vela el luchador indómito y si cejó en la época de Flores y reaccionó apenas contra la del Dr. Cordero, sería acaso porque entrevía el próximo anuncio de la exaltación de sus principios. Además, los liberales de la plana mayor —desde luego él entre ellos— venían predicando con certera visión que tal gobierno —el del Dr. Cordero— no era sino el toque de clarinada para el liberalismo.

Como quiera que se mire esta actuación suya —acaso floja— discrepando aún de la opinión de Guevara, que procura, como se dijo antes, atenuarla y hacerla justa si es posible, vamos a considerar la segunda época de su lucha, la que trae para él, el peso de la crítica, junto a su actuación antialfarista, y como uno de los más célebres legisladores ecuatorianos, pues de 1896 a 1920, Vela ha de convertirse en la figura imprescindible de los escaños en las Asambleas y Congresos Nacionales.

Veinticuatro años, es decir toda una vida de discursos y polémicas se estuvo Juan B. Vela, librando en Quito, como a brazo partido, entre adversarios y amigos, enojándose y complaciéndose; resintiéndose con Alfaro, y otro día entrando en amistad con él; discutiendo y polemizando con Roberto Andrade y Abelardo Moncayo, zarandeando al General Franco, defendiendo al General Leonidas Plaza G. y peleando con la barra de los Congresos.

Así como decía Alejandro Andrade Coello al hablar de Manuel J. Calle: "odas y elegías, comedia y drama fugaz; novelas, cuentos, cartas y artículos de periódicos, velando estuvieron sus encontrados sentimientos que personificaron sus treinta años de sudores periodísticos", podría decir de Vela que: veinticuatro años de diputación y senadurías, velando estuvieron sus sudores y sus ardientes intervenciones que él las creyó justas y buenas y que la opinión pública las aplaudía y las secundaba.

Y si como a Fray Vicente Solano le cabe el mote justísimo de luchador sedentario que le diera el poeta mayor de la generación cuencana, César Dávila Andrade, yo digo que a Vela, como a Solano, le viene justo el título, porque ciego, sordo y valiente, ahí estuvo sin moverse, en Ambato y Quito, luchando, hablando, peleando!



Ante todo habría que colocar, frente a frente, la Biografía de Darío Guevara y los juicios que sobre Vela escribe Don Roberto Andrade, y acaso, agregar algunos más de sus rivales políticos, para medirlos y compararlos. De la lectura de la primera asoma un Vela casi sin manchas, un radical purísimo, un sano y fervoroso tribuno y legislador, es decir un patriota cabal. Guevara evita los contrastes y acaso las contradicciones. En un hombre de lucha diaria, como en el periodista de combate, el contraste es inevitable. Algo cae de repente y de la rama generosa una hoja seca se desprende y queda rodando en el polvoriento camino de la opinión y en el apasionado sendero de la convicción. De los segundos, asoma poco menos que un falso liberal y un hombre de bandería, algo como una "fruta putrepacta".

Cuan difícil es para el biógrafo, sobre todo tratándose de una vida agitada, de encontrados sentimientos, como la vida de Vela, como la de Calle, la de Montalvo, la de Alfaro, la de Roberto Andrade, entre otros de ecuatorianos ardientes, mantener el desapasionamiento, me parece. ¿Cuánto combate íntimo pasará desapercibido, quién más que el propio personaje para comprender su drama? Pero lo que perdura es la verdad matizada con el testimonio de quienes lo rodean, y si esta verdad, a veces, puede ser dura al personaje, hay que decirlo. Y decirlo con valentía, así se arrugue un ceño. El contraste en la vida humana; la luz y la sombra, lo grande y lo pequeño: he aquí la esencia del hombre. Contraste que en la vida de los notables, de los que han forjado Patria, de los que han dejado obra, cobra mucha mayor importancia y la hace más interesante.

Volviendo al párrafo anterior: palabras duras, juicios tenaces para Vela. He aquí la rivalidad de los liberales de la plana mayor, como Vela, Andrade y aún Calle; todo lo cual puede arrojar mucha luz en la comprensión de sus caracteres. Borrero y Montalvo, dos rivales; Alfaro y Plaza, mucho más; Andrade y Vela, Vela y Borja, Moncayo y Calle, otros ejemplos dentro de la misma doctrina; bien que circunscribiéndonos a Roberto Andrade, Manuel J. Calle y Juan Benigno Vela, tres apasionados de su idea, quizá parciales, con ese apasionamiento de las circunstancias para el juzgamiento de los hechos y tratando de llevar cada uno el agua para su molino, no sean si-

no unidades en el gran total, en el resumen de la lucha que ha de epilgarse un día con la tragedia de Enero.

En una biografía debe considerarse al hombre íntegro, como es o como fue. Con ese contraste inevitable. Con su pasión, su amor y sus yerros si los hay. Apuntarlos y así, palpitanes, humanos, entregarlos a la consideración de los lectores. No la difamación. No la calumnia. Porque si el biógrafo va a difamar la memoria del personaje, es justo que no pretenda escribir. Pero ocurre, a veces, que una simple anécdota, la historia humana del personaje, es decir la parte más bella en lo psicobiográfico, es tomada por parte interesada, como difamación. Y entonces cualquier honrada intención se desbarata. He aquí que para escribir la vida de un hombre de combate se necesitan raras cualidades: sinceridad, verdad, oportunidad, valentía, apasionamiento y calor humanos. La Biografía es en esencia la revelación del verdadero literato. Y yo diré, por conocido, que Guevara cumple en gran parte todas estas cualidades.

Dario Guevara, literato y maestro, sabe manejar la Biografía. En su último éxito que representa la "Vida de Juan Benigno Vela Vela", aunque evitando el contraste o escribiéndola muy suave, entre líneas, dejando entrever apenas al opositor o al antialfarista, se nota ese apasionamiento por hacer revivir un personaje sin manchas. Y convencido por la historia, creo yo, con absoluta sinceridad que Vela sí tuvo alguna, arrebatado por la altivez de su campaña, poniendo aquí a la historia como un juez imbatible y sereno.

Examinemos, brevemente esa oposición y juzguémosla con los hechos, diferenciando, en primer lugar, este enunciado: **el antialfarismo fue una doctrina:** atacó al círculo y atacó a la persona. El antialfarismo, rama liberal enérgica, propugnó reformas más radicales y en su afán de depuración y avance, tomó como blanco la figura del máximo caudillo, para el ataque sin cuartel, propugnando la realidad maquiavélica: dividir para reinar.

Vela, como antialfarista y como periodista de la oposición entró en el combate contra el círculo y arrimó su voz a las hogueras del Ejido.

Siempre en ese combate no dejó de asomar altivo, tenaz y cáustico, creciéndose en su ceguera y en su sordera, "en esa que le impedía ver la cara de los asesinos", arremetiendo aún contra los propios, como su rival Manuel J. Calle, cuando el

autor de "Charlas" defendía al Gobierno y a Eloy Alfaro desde "El Nuevo Régimen" de Quito.

Vela y Andrade asoman como encontradosísimos en el campo de la Legislatura. El ambateño le estampa esa frase anterior entre un ademán teatral, recondándole su participación en el 6 de Agosto, mientras el atormentado carchense le responde que su ceguera y su sordera son motivos de explotación en la Legislatura y en la prensa.

Cuando le hostilizan desde las barras, Vela grita sin miedo, hechando al rostro de los alfaristas el oportunismo y la connivencia como respuesta a sus graves denuncias. Y así, día a día, el Ciego va, entre temores, caídas y encumbramientos, labrándose en sí propio ese monumento vivo que dijera de él un gran escritor.

Examinando ese antialfarismo suyo, veremos que se origina en los siguientes hechos, tomados aquí, no en un orden estrictamente histórico:

1º— El asesinato del periodista cuencano Víctor León Vivar, caso único que provocara un estallido de pena en todos los sectores políticos del Ecuador; asesinato que significó un mazazo en plena cabeza para el partido liberal y su caudillo, provocado por el irascible General M. A. Franco, y el cual acusó formal y terminantemente Juan Benigno Vela, endilgando sus arremetidas al propio Alfaro, quien no hizo o no quiso hacer nada por el necesario castigo al autor. Esta despreocupación resintió a Vela, alejándolo de su Jefe.

2º— Cuando a raíz del 9 de Octubre de 1896, los liberales de la oposición negaron sus votos a Alfaro para la Presidencia Provisional; negativa que viene a ser el origen de la división, si caprichosa y mal fundada al principio, fuerte y razonada en su obra posterior, "acaso por el deseo de presentarse independiente"; oposición a la cual se suma Vela en Quito, en la misma Asamblea, por la razón anterior, negándole el voto para la Presidencia Constitucional, con este razonamiento que escapa a todo comentario: "no subirá al Poder con mi voto el General Alfaro; Borja (Luis Felipe) sostiene su candidatura por capricho; pero yo creo que Alfaro es peor que yo: hijo de una india". Y esto lo decía de frente al partido liberal. (En las "Memorias Históricas" de González Páez, su autor afirma que la mala voluntad del Ciego Catón no fue obstáculo para el progreso de Alfaro).

3º— La acusación con la cual se lo recibe en Quito en 1896, a pesar de que se pertenecía a la escuela de Montalvo. Esa

acusación, obra del Diputado Roberto Andrade estaba impresa en una hoja volante intitulada: "Venta al mejor postor de una pluma y una conciencia", recordándole su pasividad en la época del progresismo floreano. Roberto Andrade cuenta el caso de la siguiente manera: Antonio Flores el Presidente patrocinaba a Kelly, empresario de Ferrocarriles, pero Vela comenzó a denunciar a ambos en sus propósitos de lucro. "Ése se vende, dijo Flores a Kelly ;vaya usted derecho, convéznale, ofrézcale y verá que calla". Así lo hizo y llegado a Ambato, con la habilidad del intrigante, le conquistó. "Vamos, qué quiere. "Vela optó porque se le diera una casa; Kelly acepto y el Ciego dejó de poner el grito en la cima del Tungurahua". (Roberto Andrade en la "Vida y Muerte del General Alfaro"). La acusación, desde lugo podía estar exagerada; pero fue otra de las causas para la oposición, ante la rudeza de su contrario. Vela, altivo, la despreció las causas para la oposición, ante la rudeza de su contrario. Vela, altivo, la despreció o no respondió nada.

4º—La oposición doctrinaria, crecida ya a sistema. En la oposición, fuerte principalmente en Asambleas, Convenciones y Congresos, dejaban oír su fogosa oratoria: Juan Benigno Vela, José Peralta —que luego comprendió al héroe— Ullauri, el Dr. Peñaherrera, el General Julio Andrade, el más puro y generoso de todos y quien guardaba para el tribuno ambateño múltiples consideraciones y una leal amistad, desde que se conocieron presos en el Panóptico; el uno ya hombre maduro, joven de 23 años el otro, en la época de Caamaño. Julio Andrade, repito, venía a ser el opocionista de más honrada y recta intención; pues se fundaba en errores de concepto y no en rivalidades ni prevendas, y Juan Benigno Vela el más respetable y temido por lo mismo que había elevado a doctrina el antialfarismo parlamentario.

5º—La labor conjunta del Dr. Luis Felipe Borja y la de nuestro personaje en el Senado, conducida por pasiones profesionales; pues ambos, en su calidad de Abogados Defensores se oponían al modo de obrar de Alfaro, cuando mandara embargar las haciendas de Chicínche y Guachalá, propiedad de las familias Flores y García Moreno, las cuales ayudaron a la Revolución de 1898. Como Borja y Vela solicitaran la revocación de la orden, sin conseguirla, creyeron que el General Alfaro obraba así por venganza, retirándose de él, ya que no sólo estas haciendas fueron confiscadas, sino otras propiedades de enemigos del liberalismo.

6º—Algunas prerrogativas no alcanzadas en el Régimen. Parece que muchos periodistas pretendieron ampararse en la ayuda oficial para el desarrollo de sus actividades intelectuales, sin lograr plenamente el propósito pensado. El mismo Roberto Andrade, tan gloriosamente atormentado por la libertad, no escapa a esta, acaso, acusación, ya que quería, afán noble, editar las Obras Completas de Montalvo, contando con la ayuda alfarista; proyecto que aún lo gestionó con el General Plaza, su tan ardiente rival. Esta falta de ayuda resintió por igual, entre otros, a Calle, Vela y Andrade; de ahí la oposición de los primeros y el alejamiento del último. En escritos posteriores estos personajes de la política y la prensa tratarán de explicar, en frases dramáticas o desnudas, su conducta y actitud con el régimen, aunque siempre se esforzaron por aparecer independientes, como convenía a su postura de lucha y de combate y a su puesto de capitanes —como diríamos hoy— en la prensa nacional. El mismo Roberto Andrade, hablando más tarde de Vela, ha de menguarle con frases duras y que no escapen a la suspicacia del lector. Dice: "Alfaro se sorprendió de la conducta de Vela y lo compadeció, facultándole a jercer asesoría como abogado ciego". (Recordemos que el Congreso caamañista privó a Vela de su profesión, en represalia a su lucha tenaz). "Y cuando pretendió una dádiva le fue negada por impropia; tal el motivo de que se enemistase y asome hasta hoy (1916) entre los de la bandería asesina..." etc. (Andrade: Obra citada).

7º—Principalmente, la sucesión presidencial en 1901. El Dr. Vela fue quien patrocinó con más ahínco y fervor la candidatura del General Leonidas Plaza Gutiérrez, patrocinio que alcanzó todo éxito, aún en contra del propio caudillo; actitud política reconocida ampliamente por los biógrafos del Ciego, especialmente por el autor del Libro al que se refieren estas líneas. Que Vela, Peralta, Moncayo conocían los antecedentes del General Plaza, no hay que ponerlo en duda; pues, con Vela, el Dr. Peralta y Dn. Abelardo, sostuvieron a todo trance la exaltación del General Plaza al solio, logrando vencer en esta batalla la voluntad del que luego caería arrebatado en alas del odio, agitadas por los mismos y otros consejeros. Cuántos resortes ocultos se manejaron en esta ocasión contra Alfaro, es sólo secreto que conoce la historia... pero patrocinando al General Plaza, se estaba combatiendo a Alfaro, quien presentía con demasiada claridad lo que podía ocurrir. Fueron pues peldaños para la ascensión del rival los liberales de

la oposición. El Dr. Vela nunca se arrepintió de su patrocinado; lo sirvió lealmente después de la muerte del gran caudillo y siguió sirviéndolo y aconsejándolo en los Congresos posteriores, hasta 1920, y se vino hacia el lado de la plutocracia establecida por el General Plaza, con lo cual demostró su antialfarismo, aún después del sacrificio. El Dr. Peralta, si se retractó. Talvez reconoció su error, y escribió para vindicarse, una acusación a Plaza, ("El General Leonidas Plaza ante la Historia"), antes de que muera Alfaro. En cuanto a Dn Abelardo Moncayo, es el que menos participó entre ellos de la exaltación del General Plaza; su nombre no ha de escribirse entre los verdaderos contrarios de Alfaro, a pesar de que se alejara de él, a raíz de una calumnia y una comedia políticas forjadas en su contra.

8º— Finalmente, la participación política del Doctor Juan Benigno Vela en el cruento drama del 28 de Enero. Hablando en nombre de la Ley, de la Justicia de la República ensangrentada por las ambiciones, el Dr. Vela firma un telegrama cuyo contexto no puede sustraerlo de la "hoguera bárbara" de El Ejido, y es el resumen, digamos, de todo su antialfarismo. Y es tanta y más su responsabilidad, así la quieren hacer aparecer por propios círculos gobiernistas de esos días, cuanto que en las publicaciones oficiales —candentes debían ser éstas— se suprime intencionalmente la parte final de dicho telegrama, y que es la más importante, para hacer comparecer al Dr. Vela en el tribunal de la historia, como animador del castigo alfarista. En tal apremio Vela dice, entre otras palabras: "Sin duda que todos los pueblos piden a grito herido, lo mismo que el pueblo quiteño, sanción, escarmiento alguna vez con los malvados que han ensangrentado la República...; pues nada más justo que obedecer la voz del pueblo... no puede el Gobierno vacilar un solo instante (contra el alfarismo), toda condescendencia sería criminal... perezca el mundo pero cúmplase la justicia". Es decir que el Dr. Vela, y con él otros, y especialmente la prensa de oposición, indudablemente, exigían el castigo para los revolucionarios. Pero, anticipándose en lo que podían ocurrir, luego de tanta grito, el tribuno exclama, como suavizándose: "Pero sea ésta (la justicia) la que castigue y escarmiente; mas nunca esa que se llama justicia popular. No estoy con ella. Protesto contra ella; la condeno. Escarnecer a los vencidos, hacer lo que se ha hecho con el General Montero y Torres, es buenamente criminal; es un acto inicuo y salvaje que ninguna moral puede aprobar". Esta es

la parte suprimida en las publicaciones oficiales, que día a día, en tales agitados momentos, hacía el Gobierno de Freile Zaldumbide. Y el telegrama concluye así: "Proceda Ud. (e Freile) con la entereza que le está colmando de aplausos y obediencia la voz de los pueblos y no se ande con miramientos".

Qué grado de responsabilidad, qué papel puede señalarle al Dr. Vela, la crítica histórica en los acontecimientos trágicos de Enero?. Todavía no se ha escrito la última palabra sobre los que actuaron entre telones y no es posible condenar para siempre. Pasarán todavía muchos años, acaso hasta el próximo siglo, antes de que la Historia hable la verdad. Por su parte el destacado biógrafo Guevara, con justos razonamientos, no le asigna mayor responsabilidad, aunque no deja de esgrimir cierta franqueza que ennoblece sus páginas.

De mi parte, excusándome cualquier modestia, no estoy muy de acuerdo con el querido autor en algunos aspectos de criterio sobre su manera de juzgar al personaje en buena parte de la segunda de su obra. Transparencia de lo anterior son los párrafos que dejo escritos; por la forma en la que expone sus puntos de vista históricos, políticos y personales, en cuanto se refieren al ilustre biografiado.

El gran Vela; he aquí un antialfarista formidable, un auténtico rebelde, un periodista demodador, popular y fuerte como Manuel J. Calle, de indudable energía y verticalidad.



Y así hemos avanzado, sin detenernos, en la lectura del Libro. Vamos por el Capítulo XI, el penúltimo, en el cual se habla de la actuación tribunicia y legislativa de Vela, después de 1912. No deja de tener grande importancia, aun cuando su fuego combativo de otras horas haya menguado, ya por los achaques de la edad, ya por el caudillo político que dirige el Gobierno, cuyo amigo, como consejero y partidario es. En esos últimos años se deja notar un animado progreso por la leyes cívicas y quien las encausa y dirige, tanto por su experiencia como por la Presidencia de la Comisión Legislativa que a su cargo tiene, es el Dr. Vela, que en todo caso velan también por el avance del radicalismo nacional. Así sabemos que es el Ciego, quien pide y exige se ponga en práctica el voto obligatorio, tan en auge desde 1944, y que no ha dejado de promover ardientes comentarios en los partidos políticos. Pero como entre nosotros, aún no educados en el verdadero civis-

mo ciudadano, toda ley se transforma y degenera, no dejan de ser interesantes, por esta cuestión del voto obligatorio, las palabras de Darío Guevara al respecto.

El se pregunta, dejando transparentar una justa protesta y una natural indignación que no ha de agrandar ciertamente a los mojigatos y conservadores: "¿Es justo que se anule a un elector que tiene conciencia sobre los deberes laicos del Estado, para sustituirlo por otro cuya misión es esencialmente religiosa y hasta de renunciamento a las cosas del mundo? ¿Está en armonía político-social eso de impedir a un buen sector de los electores del Estado Republicano para dar paso a los vasallos del Estado Pontificio o del Vaticano? Si resucitara el Dr. Vela, con el fuego de su verbo admonitor y la fe radical de los principios que guiaron su vida, sin duda, diría, en alas de una viril increpación, que hemos retrocedido más de medio siglo en la justicia y la armonía del ejercicio cívico".



Larga y fructífera, desde luego, ha sido la vida de Juan Benigno Vela, el ambateño de la trilogía célebre, antes de entrar a "la triple marcha final". Setenta y siete años jalonados de sufrimientos y de luchas, de combates íntimos que diría para sí Calle, han bordeado su existencia, y sólo en esto de la vida prolongada hasta la ancianidad le diferencia del periodista cuencano. Vela tiene ya 23 años, cuando nace Manuel J. Calle; es decir ya es un hombre y está armado caballero en el combate y aun le sobrevive dos años antes de retornar al seno de la gran madre tierra. Por lo demás, muchos puntos de afinidad y de contacto, tanto en su vida de hombres, de políticos, de periodistas, de directores de la opinión pública, de polemistas, aunque también los dos se midieran en encontrados combates, y de infortunios, se los encuentra. La prensa ecuatoriana de ayer y de hoy tiene para justamente enorgullecerse ante América toda con la contribución y esplendor que a sus columnas dieron talentos como Espejo, Proaño, Montalvo, Campos, Calle, Peralta y el Dr. Juan Benigno Vela.

El día 24 de Febrero (1920) muere adicto a su ley y a su convicción, virilmente, en medio de sus nobles y cruentos sufrimientos, precedido días antes, en la marcha, por su hija predilecta Corina, y seguido de inmediato por su hijo primogénito Cristóbal: la triple marcha final que estremece y que con inolvidables plumadas ha logrado impresionarnos el biógrafo.

"Así, pues, precedido cercanamente por su hija Cora y seguido apresuradamente por su primogénito, el Ciego titán entra en el mundo de la eternidad, como si en ese cosmos desconocido necesitara también de los más asiduos y perseverantes lazarillos y secretarios de su vida".

Desde entonces, 38 años han pasado sobre su tumba y su recuerdo; sin embargo este es más grande, conforme el tiempo avanza, y principalmente por una obra que no debe escapar a los ecuatorianos de hoy día, y particularmente a los que nos ha tocado vivir desde tal año en adelante, contemplando el desgobierno nacional, ese sucederse de regimenes, dictaduras, interinazgos y ese sin fin de ambiciones personalistas, de ajetreos revolucionarios, de manías declamatorias, de traiciones e improvisaciones políticas, de gravísimos conflictos internacionales, de mutilaciones y pérdidas casi definitivas del patrimonio histórico de siglos y tratados inicuos, en un no interrumpido lapso de 25 años (1925-1948) y que ha hecho de nuestra desafortunada República, país de espectación, de melodrama y sainete en el retablo de una maese Pedro infernal, dirigido las más de las veces por militares audaces, que al amparo de la bota y la espada, no cavaron sino de veras y profundo el desprestigio y la tumba de la Patria...

No escapa, decía, a los ecuatorianos de éstas y las anteriores generaciones el recuerdo de un Juan Benigno Vela, por su obra de parlamentario y legislador, ya que como tal, autor es de la Célebre Constitución Política de 1906; autor exclusivo, y que merece por ello los votos de admiración de personajes de su época, nacionales y extranjeros. Doceava era la Constitución de 1906, que había de ser llamada a más larga vida y perdurabilidad, sobre todo en las transiciones agudas de estos 23 años últimos, en que como el ave fénix de la leyenda, volvía surgir de sus propias cenizas para amparar a esos dictadorzuelos y gobernantes de trastienda; así, el pensamiento político del Ciego, alumbraba tales momentos nacionales y salvaba del tráfago y del desprestigio republicanos, hasta 1939, los remiendos constitucionales a los cuales nos íbamos acostumbrando, como a vestido propio.

Esa Constitución de 1906 es su monumento parlamentario y pregona la perdurabilidad de su obra como legislador. He aquí que ella, entre otras reformas, implantaba por vez primera, en once años de liberalismo, la absoluta libertad de conciencia; suprimía todo asunto religioso con relación al Estado y colocaba en su puesto a los ministros del culto católico, pro-

hibiéndoles su intervención en la vida legislativa; además pregonaba la libertad de enseñanza y hacía laica y seglar la educación municipal y del Estado, y sobre todo, consignaba, expresamente, la unidad de la República y su indivisibilidad, desterrando para siempre cualquier idea federalista; conquistas todas que alcanzaron el más rotundo éxito y que nos pusieron, desde luego, en un verdadero plano de país culto; normas éstas de 1906 que difícilmente podrán ser desterradas de nuestra actual democracia, ya que por la obra y el pensamiento de un hombre, el Ciego Vela, y la de los legisladores ecuatorianos que la aprobaron, casi sin modificaciones, la entregaron firmada al pueblo el 12 de Enero de 1907, poniendo por primera vez el Gobierno en manos de ese mismo y propio pueblo.

Aquí concluyo esta larga Carta Bibliográfica, distinguido amigo Guevara, rogándole me disculpe la molesta lectura de la misma; pero ella ha corrido sin detenerse en esta tarde de Enero, un poco lluviosa y enfermiza, de la primera a estas últimas letras que va pintando la Royal, aprovechando de un relativo reposo concedido a mis tareas para reparar la salud que se me ha resentido al principiar el año; y, ha corrido así, después de la agradable lectura de su bien escrito Libro, en el afán sincero de comentarlo, condimentándolo un poco con el de mis lecturas históricas sobre las primeras épocas del liberalismo nacional que tanto me subyugan por sus hombres y sus obras, que como le dije arriba, son las raíces de nuestro altísimo y apasionado izquierdismo.

Ojalá el comentario no haya resultado indigesto. Mientras tanto, vuelvo a repetirle mi cordial admiración por su obra literaria y mi felicitación por el Libro sobre el gran ambateño, trabajo con el cual usted ha ingresado, definitivamente, en la plana mayor de los biógrafos ecuatorianos y de América. Todo Libro de usted se lee con entusiasmo y creo que se lo espera con impaciencia. Por ello, mi humilde aplauso a su talento.

En Cuenca, a 30 de Enero de 1951.

ANTONIO LLORET BASTIDAS

CRONICA DE LA INSTITUCION

REFORMA DE LOS ESTATUTOS DEL GRUPO AMERICA Y RENOVACION DE SU DIRECTORIO

Por acuerdo N° 343, de 19 de noviembre de 1956, el Ministerio de Educación Pública aprobó los Estatutos reformados del Grupo América, los mismos que cambiaron radicalmente la constitución de su Directorio. Y al tenor del nuevo Régimen de la Institución, se eligió su Personal Directivo, en el siguiente orden:

Presidente, Doctor Eduardo Salazar Gómez; Vicepresidente, Doctor Antonio Santiana; Director de la Revista "América", señor Darío Guevara; Director de la Biblioteca de Autores Americanos, señor Gustavo Adolfo Otero; Secretario, señor Francisco Terán; Procurador, Doctor Aurelio García; Tesorero, señor Gerardo Chiriboga; Vocales, señores Gonzalo Zaldumbide y Augusto Arias.

El 31 de enero del inmediato año se celebró la posesión del nuevo Directorio, mediante una sesión-comida. Entonces el señor doctor Antonio Santiana, Secretario General Interino del Grupo, leyó el siguiente Informe de las actividades desarrolladas durante el ejercicio del segundo semestre de 1956:

Señores:

En el mes de julio del año próximo pasado, recibí de la benevolente confianza de mis compañeros y amigos del Grupo América, el honroso encargo de presidir interinamente sus destinos. Como en aquellos momentos nuestra querida Institución sufría una crisis, motivada por la sensible renuncia de su Secretario General, el Sr. Dn. Luis Bosano, creí que mi deber no podría ser mejor cumplido que prestando el contingente que se me solicitaba. Y así, desde el comienzo nuestra atención se concentró en las tareas de organización y vida administrativa del Grupo. Los siguientes son los hechos que, gracias a la colaboración de los socios, nos ha sido dable realizar:

REFORMA DE LOS ESTATUTOS.—Desde hace algún tiempo se venía sintiendo la necesidad de reformar los estatutos, vigentes desde la fundación del Grupo América. Anticuados, no garantizaban ya el cumplimiento de sus finalidades, y ni siquiera la supervivencia de la Institución. Siguiendo el trámite legal propio de estos casos, procedimos a su estudio y renovación, como también su aprobación por el Ejecutivo. Están ya impresos y es nuestro anhelo que sean objeto de vivo y diario cumplimiento.

PUBLICACION DE LA REVISTA AMERICA.—Dificultades de diversa índole habían impedido la aparición de nuestro órgano de publicidad desde hace algún tiempo. Está ya en vuestras manos el número 104, el cual ha merecido, gracias a la calidad de las colaboraciones, el comentario favorable de todos.

RECEPCION DEL OLEO DE CERVANTES.—Con todo éxito se llevó acabo el 11 de Octubre último una sesión solemne para recibir el obsequio que, con mucha gentileza, nos enviara el Instituto de Cultura Hispánica de Madrid, a través de de los buenos oficios de nuestro distinguido consocio, el señor Dn. Guillermo Bustamante. El Gobierno estuvo presente en el Acto por intermedio de su Ministro de Educación, Dn. Enrique Arroyo Delgado; también honró la ceremonia el señor Embajador de España, Dn. Luis Soler y Puchol, y asistieron otras personalidades y representantes de la Prensa.

HOMENAJE AL SR. GONZALO ZALDUMBIDE.—Uniéndonos al movimiento general de aplauso que se produjo en el país con motivo de la aparición de "Egloga Trágica", el Grupo América ofreció, el 22 de Noviembre último, un acto de homenaje a su muy distinguido consocio. Innecesario es decir que gracias a las magníficas intervenciones del Sr. Gustavo Vásquez Hurtado, del Sr. Humberto Vacas Gómez y del homenajeado, la ceremonia revistió alta calidad y estilo y obtuvo el aplauso unánime.

MOVIMIENTO ECONOMICO.—De acuerdo a los datos que me ha proporcionado el Tesorero, Sr. Gerardo Chiriboga, la situación financiera del Grupo es bantante precaria en estos momentos. Ello se debe a la falta de aportes por parte del Gobierno, de acuerdo a las cuotas asignadas en el Presupuesto

General del Estado para el ejercicio de 1956. Durante este año el haber de Caja descendió de \$ 16.705 a \$ 1.810. El motivo principal de tales egresos lo constituyó el sostenimiento del servicio público de la Biblioteca durante algún tiempo, lo que fue un error, y por lo cual recomiendo no insistir en el mismo en lo sucesivo. Una serie de gastos pequeños, pero imprescindibles, derivados de la vida cultural del Grupo y el cumplimiento de sus finalidades, han constituido otra causa, aunque menor, de tales egresos. Con este informe entrego al Señor Presidente electo del Grupo América, Doctor Eduardo Salazar Gómez, la cuenta de gastos, detallada, que me ha proporcionado el Tesorero señor Chiriboga, a la cual acompañan los comprobantes respectivos.

RELACIONES SOCIALES Y CULTURALES.— El Grupo ha mantenido normalmente sus contactos con instituciones y personas que dedican sus actividades al cumplimiento de fines similares. La Revista es distribuida en calidad de canjes dentro del país y en el extranjero. Sus actuales condiciones económicas obstaculizan este servicio. Entre otras gestiones, la más importante durante los últimos días, fue la nota que por insinuación del antiguo Secretario General del Grupo, el Sr. Hugo Moncayo, fue enviada a la Cancillería con el objeto de dejar establecido el hecho de que nuestro Grupo América tuvo la iniciativa y realizó por primera vez en América, con el más completo éxito, la Primera Exposición del Libro Hispano Americano, la cual tuvo lugar en el mes de Agosto de 1935. Esta gestión se hizo necesaria cuando la Universidad Central de Venezuela organizó, hace pocos meses, una exposición a la que denominó Primer Festival del Libro Panamericano. Asumimos así la defensa del patrimonio histórico y cultural del Grupo América y del país.

El Sr. Alfredo Martínez, nombrado Bibliotecario y Administrador del Grupo América, manifiesta en su informe que el número de obras de que consta la Biblioteca, que era de 9.800 a su recibo bajo control de inventarios, se eleva en la actualidad a 10.168 gracias a aportes personales de él, como también al servicio de canjes.

No quiero terminar mi Informe con el mero enunciado de estos hechos. La experiencia que he obtenido me sugiere las siguientes recomendaciones, que os ruego me escuchéis:

PRIMERA.—La vida corporativa. La constatación más de-

salentadora es la ausencia casi permanente de algunos socios de las actividades del Grupo. Esta es la circunstancia que causa el más serio daño a la vida institucional, además del daño que ocasiona a los mismos socios. Hay que convencerse de que la productividad, la fecundidad intelectual del individuo es grandemente estimulada por su experiencia social y colectiva. El individuo aislado es más o menos estéril porque no recibe el estímulo y vigor que proporciona la palabra hablada y oída. Creo yo que el individuo que se aísla para trabajar y producir, pierde por lo menos el cincuenta por ciento de su capacidad y eficiencia.

SEGUNDA.—Hay que dar fiel y diario cumplimiento a los actuales Estatutos, sean buenos o malos, y esto tanto desde el punto de vista de su contenido general como de sus detalles.

TERCERA.—Hay que asumir las obligaciones derivadas de la posesión de los cargos que confiere el Grupo con sentido de responsabilidad y de amor a la Institución.

Quiero, al terminar, rendir mis agradecimientos por la colaboración prestada, a los Miembros del Directorio cesante y en especial a los distinguidos consocios, los Señores Francisco Terán, Gerardo Chiriboga, Darío Guevara, Alfredo Martínez, Jaime Barrera, Gonzalo Zaldumbide, Gustavo Vásquez Hurtado, Hugo Moncayo, Humberto Vacas Gómez, Guillermo Bustamante y Augusto Arias.

Debo también consignar, con mi voto de reconocimiento, la ayuda material ofrecida por la Casa de Cultura Ecuatoriana y el Dr. Sr. Rafael Alvarado para la publicación de la Revista "América" y otros trabajos menores.

Termino agradeciendo a los distinguidos compañeros del Grupo América la paciencia con que han tolerado mi momentánea e inmerecida presencia en la dirección del mismo, y saludo a su digno Presidente, el Doctor Eduardo Salazar Gómez, a quien ofrezco nuestros servicios y a quien deseo muy sincera y cordialmente el mejor de los éxitos.

* * *

A continuación, el Doctor Eduardo Salazar Gómez, en su calidad de Presidente de la Institución, pronunció el siguiente discurso:

Señores:

Ha sido para mí una singular e inmerecida distinción el

que el Grupo América, de prosapia tan ilustre y con un "curriculum vitae" que honraría a cualquier grupo de intelectuales, haya querido para este bienio, y en forma tan generosa y obligante, elegirme su primer Presidente después del primer cambio total de estatutos desde 1931 en que fue fundada.

Procuraré corresponder, en la mejor forma posible, tan señalada distinción, pero debo repetir, ante esta Asamblea, los razonamientos finales que di a la distinguida comisión que me participó el nombramiento. Estos son: Acepto la inusitada distinción, pero no me será posible actuar tan activamente como yo quisiera, ya que múltiples compromisos nacionales e internacionales, me obligan a destinar mi tiempo, tanto en este país a diversas actividades con las cuales he adquirido compromisos anteriores, ya en el exterior a otras similares que requieren continuos viajes a diversos países del continente.

El Señor Vice-Presidente, hombre de tan recia contextura espiritual y de tan altas dotes de laboriosidad, será, propiamente el Ejecutivo de la organización. Yo procuraré cooperar con él en cuanto pueda, y ayudar al Grupo en varias finalidades plausibles y fructíferas, en las cuales, dado el conjunto de mis actividades, me será dable intervenir procurando eficiencia.

Habría sido de incomparable ventaja para mis convicciones el "contribuir al desarrollo de la cultura nacional y difundirla entre las clases populares". Juzgo que, en mi calidad de Director del Partido Radical Ecuatoriano, cumplí esta misión todos los días. Desgraciadamente en esa labor tan constructiva y beneficiosa, no podré mencionar al Grupo América, para evitar, en este curioso tiempo de quisquillosas sospechas, el que se crea que el Grupo América contraviene el artículo 43 de sus Estatutos e interviene en actividades políticas.

Uno de los motivos por los cuales yo sostengo que mi designación no es un acierto es el de mi vinculación tan inoculable con la candente política ecuatoriana. En cualquier momento se nos dirá que el Grupo América interviene en política, sin otra excusa que la de que su Presidente, lo sea también del Partido Liberal. Todos estos razonamientos se presentaron por mi al expresar e insistir en la excusa para la aceptación del título con que hoy me honro. Mi criterio de minoría me hizo no ser obstinado. No pude convencer a quienes me participaban el honorífico nombramiento.

En cambio, habiendo aceptado el cargo, creo poder ser útil para el cumplimiento de diversas finalidades de este organismo.

En mis continuos viajes y a nombre del Grupo América procuraré "fomentar la solidaridad popular entre los pueblos del Continente Americano y establecer intercambios intelectuales con las naciones americanas y los centros culturales y científicos del mundo". Juzgo que poco ha hecho al respecto el Grupo América, que tiene valores espirituales de nombradía continental. El solo hecho de que se conozca la calidad de los integrantes de este Grupo, será garantía suficiente para que sus relaciones internacionales sean efectivas y tenga una acogida grata.

En cuanto a la organización de grupos similares en otros países del continente, mi opinión es la de que este debe ser un paso posterior y subsecuente, haciendo primeramente conocer nuestra obra, antes de intentar la creación de entidades semejantes, ya que éstas, lógicamente, para constituirse, desearán conocer el rumbo adoptado y los resultados obtenidos por el Grupo ecuatoriano.

En cuanto a "laborar por la desaparición de las diferencias que mantienen o pudieran mantener desunidos a los pueblos americanos" es otro anhelo que puede, desde el momento inicial, acoplarse al mismo propósito y a análoga labor, en la cual entusiastamente trabajo a nombre de otras entidades a las cuales represento. Será el Grupo América un adalid adicional en este empeño tan plausible como efectivo.

En lo relativo a "colaborar en la defensa y afianzamiento de la libertad y la democracia," tiene el Grupo América, entre sus finalidades, otra de aquellas tan loables y dignas de respeto. Pero, nuevamente, un móvil que, colocado en manos de un político, Presidente del Grupo, puede dar margen a acusaciones injustas, e interpretaciones torcidas referentes a la intervención de esta entidad en política. En la defensa de la democracia me ocupo en varias de mis actividades nacionales e internacionales, en ella seguiré con verdadero ahinco y con la fuerza de mis convicciones, pero me abstendré, mientras labore en ese campo, de hacer referencia alguna a este distinguido Grupo, para evitarle tropiezos que podrían dar resultados más graves, más perjudiciales, que las ventajas que pudiéramos obtener.

En cambio, pondré todo empeño en "Impulsar y apoyar las actividades culturales de los socios" y en que el Grupo ejercite "su actividad de tal manera que el prestigio intelectual del Ecuador se difunda en el Continente". Pero, para este empeño necesito una denonada, una constante cooperación de todos

y cada uno de los socios del Grupo América. Conjunto de alta calidad espiritual, de singular preparación cultural, filisofos, literatos y poetas de alta curnia, tienen todos y cada uno de los socios que proporcionarme las facilidades y los medios que me capaciten para el cumplimiento de tan importante cometido. Todos los socios deben contar con el irrestricto apoyo del Presidente en cuanto sea desarrollo de sus actividades culturales.

Sea la cultura, ese tan comprensivo concepto inmutable aceptación, en lo nacional y en lo internacional, en lo ético, en lo político, en lo intelectual, en lo social, en lo histórico y aún en lo económico, sea la cultura, que, como la define la Academia, es "el resultado o efecto de cultivar los conocimientos humanos y de afinarse por medio del ejercicio de las facultados intelectuales del hombre", el blasón por el que estemos amparados en todos nuestros esfuerzos y el propósito que llevemos en nuestros anhelos; con ella podremos llegar a la meta fijada en nuestros estatutos y avanzaremos en forma gallarda y de manera ejemplar. Con cultura tenderemos humanismo, con cultura tendremos comprensión y tolerancia, con cultura tendremos civilización. Indudablemente, será la cultura estímulo y acicate, refinamiento y elevación, medio y fin para el cumplimiento de nuestros tan avanzados propósitos sociales.

Señores y amigos, compañeros del Grupo América, yo os pido para este período estatutario tolerancia y colaboración. Vayamos juntos a forjar el engrandecimiento de nuestra Patria, última y suprema aspiración de todo ecuatoriano que sienta en sus venas la sangre tropical que dio empuje y altivez a los modeladores de nuestra nacionalidad, a los que fraguaron nuestro destino.

ACTOS CULTURALES Y HOMENAJES

Recepción del Oleo de Cervantes

El 11 de octubre de 1956, el Grupo América tuvo una Sesión Solemne, con numerosa y selecta concurrencia, para recibir el óleo del inmortal escritor Don Miguel Cervantes Saavedra, donado por el Instituto de Cultura Hispánica de Madrid. La entrega la hizo el señor Guillermo Bustamante, por encargo especial de la Institución donante. Su discurso fue contestado por el Excmo. Sr. Embajador de España, Dn. Luis Soler y Puchol. Habló a continuación el señor Augusto Arias, poeta y crítico de excelentes calidades, sobre varios aspectos del inmortal Quijote.

Homenaje a Don Gonzalo Zaldumbide

El 21 de noviembre del mismo año, el Grupo Amércia rindió cálido homenaje a su ilustre consocio, Señor Dn. Gonzalo Zaldumbide, testimoniando beneplácito por su gran obra literaria que tanto prestigio ha dado a las Letras Ecuatorianas. El motivo inmediato fue la publicación definitiva, uno de sus primigenios libros, "Egloga Trágica", novela recibida aplaudidamente por la crítica nacional y extranjera.

El acto ofreció el Dr. Antonio Santiana, entonces Secretario General del Grupo. Pronunciaron sendos discursos referentes a la obra y personalidad del señor Zaldumbide, el Licenciado Humberto Vacas Gómez y el Señor Gustavo Vásconez Hurtado. El homenajeado agradeció en brillante pieza literaria.

Felicitación a Don Gustavo Adolfo Otero

En la sesión especial del 31 de enero del año antedicho, el Grupo tributó un cariñoso homenaje a su benemérito consocio, Sr. Dn. Gustavo Adolfo Otero, por su gran triunfo alcanzado en Bolivia; pues el señor Otero fue acreedor al Gran Premio Nacional de Literatura, instituido por primera vez en esa hermana república.

y cada uno de los socios del Grupo América. Conjunto de alta calidad espiritual, de singular preparación cultural, filósofos, literatos y poetas de alta curnia, tienen todos y cada uno de los socios que proporcionarme las facilidades y los medios que me capaciten para el cumplimiento de tan importante cometido. Todos los socios deben contar con el irrestricto apoyo del Presidente en cuanto sea desarrollo de sus actividades culturales.

Sea la cultura, ese tan comprensivo concepto inmutable aceptación, en lo nacional y en lo internacional, en lo ético, en lo político, en lo intelectual, en lo social, en lo histórico y aún en lo económico, sea la cultura, que, como la define la Academia, es "el resultado o efecto de cultivar los conocimientos humanos y de afinarse por medio del ejercicio de las facultades intelectuales del hombre", el blasón por el que estemos amparados en todos nuestros esfuerzos y el propósito que llevemos en nuestros anhelos; con ella podremos llegar a la meta fijada en nuestros estatutos y avanzaremos en forma gallarda y de manera ejemplar. Con cultura tendremos humanismo, con cultura tendremos comprensión y tolerancia, con cultura tendremos civilización. Indudablemente, será la cultura estímulo y acicate, refinamiento y elevación, medio y fin para el cumplimiento de nuestros tan avanzados propósitos sociales.

Señores y amigos, compañeros del Grupo América, yo os pido para este periodo estatutario tolerancia y colaboración. Vayamos juntos a forjar el engrandecimiento de nuestra Patria, última y suprema aspiración de todo ecuatoriano que sienta en sus venas la sangre tropical que dio empuje y altivez a los modeladores de nuestra nacionalidad, a los que fraguaron nuestro destino.

ACTOS CULTURALES Y HOMENAJES

Recepción del Oleo de Cervantes

El 11 de octubre de 1956, el Grupo América tuvo una Sesión Solemne, con numerosa y selecta concurrencia, para recibir el óleo del inmortal escritor Don Miguel Cervantes Saavedra, donado por el Instituto de Cultura Hispánica de Madrid. La entrega la hizo el señor Guillermo Bustamante, por encargo especial de la Institución donante. Su discurso fue contestado por el Excmo. Sr. Embajador de España, Dn. Luis Soler y Puchol. Habló a continuación el señor Augusto Arias, poeta y crítico de excelentes calidades, sobre varios aspectos del inmortal Quijote.

Homenaje a Don Gonzalo Zaldumbide

El 21 de noviembre del mismo año, el Grupo Amércia rindió cálido homenaje a su ilustre consocio, Señor Dn. Gonzalo Zaldumbide, testimoniando beneplácito por su gran obra literaria que tanto prestigio ha dado a las Letras Ecuatorianas. El motivo inmediato fue la publicación definitiva, uno de sus primigenios libros, "Egloga Trágica", novela recibida aplaudidamente por la crítica nacional y extranjera.

El acto ofreció el Dr. Antonio Santiana, entonces Secretario General del Grupo. Pronunciaron sendos discursos referentes a la obra y personalidad del señor Zaldumbide, el Licenciado Humberto Vacas Gómez y el Señor Gustavo Vásconez Hurtado. El homenajeado agradeció en brillante pieza literaria.

Felicitación a Don Gustavo Adolfo Otero

En la sesión especial del 31 de enero del año antedicho, el Grupo tributó un cariñoso homenaje a su benemérito consocio, Sr. Dn. Gustavo Adolfo Otero, por su gran triunfo alcanzado en Bolivia; pues el señor Otero fue acreedor al Gran Premio Nacional de Literatura, instituido por primera vez en esa hermana república.

Condecoración a Doña Hipatia Cárdenas de Bustamante

Revistió solemnidad la entrega de la Medalla - Insignia del Grupo América a su fundadora, Doña Hipatria Cárdenas de Bustamante, única mujer que integra el personal de la Entidad. Pues ella, además de ser una notable escritora, de vigoroso sentimiento patrio, prestó eficaz contribución al Grupo cuando éste requería de estructuración y afirmación definitivas.

El Lcdo. Humberto Vacas, Presidente de la Institución, colocó la presea áurea en el pecho de la señora Cárdenas de Bustamante, después de trazar la trayectoria cultural de la Entidad en sus veintisiete años de existencia. Luego ocupó la tribuna el señor Gonzalo Zaldumbide, quien deleitó al numeroso y selecto público, recordando escenas que pasaron al calor de la amistad con la homenajeadada. Y, finalmente, el señor Augusto Arias leyó un enjundioso estudio crítico - literario de la obra de la Sra. Cárdenas de Bustamante. La escritora agradeció emocionada por el gesto de adhesión de sus consocios.

El acto se llevó a cabo el 15 de abril de 1958, en el Salón de Honor del Grupo.

Colocación del Retrato de Antonio Montalvo

A continuación del homenaje rendido a la señora Hipatia Cárdenas de Bustamante, se colocó el retrato de Antonio Montalvo en la Galería de Honor de los distinguidos consocios del Grupo América que fallecieron. Antonio Montalvo murió prematuramente, legando al Grupo que él fundó —en asocio de la señora Cárdenas de Bustamante y del señor Alfredo Martínez— una obra de constante desvelo que hizo práctico el programa cultural y americanista de la Institución.

El retrato a carbón lo trabajó el artista Carlos Rodríguez, y el retrato literario lo leyó el consocio señor Darío Guevara.

Homenaje póstumo al Dr. Eduardo Salazar Gómez

En el ejercicio de sus funciones de Presidente del Grupo América, falleció el Dr. Eduardo Salazar Gómez, el sábado 8 de febrero del año pasado, suceso que conmovió al país entero por la singular prestancia del decesado; pues era también Director Supremo del Partido Liberal Radical Ecuatoriano, a

la vez que dejaba trunca su labor internacional de defensa jurídica de la democracia occidental.

Ante tan inesperado fallecimiento que enlutó al Grupo América, éste le dedicó homenaje póstumo a su ilustre ex-Presidente, el 7 de abril. La asistencia fue extraordinaria y selecta.

Se colocó el retrato del Dr. Salazar Gómez en la Galería de Honor de la Entidad. El Presidente de ésta, Lcdo. Humberto Vacas Gómez, inició el acto solemne mediante un brillante discurso que puso de relieve la destacada personalidad política, cívica y literaria del Dr. Salazar. Luego del Dr. Wilson Córdova pronunció el discurso de fondo con detenido análisis de la vida y la obra del hombre, del político y del escritor.

En nombre de los familiares del doctor Salazar Gómez, agradeció el señor Ricardo Salazar Gómez. La prensa del país dio extensa cuenta de este homenaje.

Homenaje Póstumo a Dn. Gustavo Adolfo Otero

Como que la muerte asechaba a los mejores socios del Grupo América, el primero de junio de este mismo año, arrebató la vida del ilustre consocio Sr. Dn. Gustavo Adolfo Otero, escritor boliviano que vivió más de once años entre nosotros, en activa función cultural. La Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central, de la que era su distinguido catedrático, le rindió su tributo póstumo en el Salón Máximo de su casona. Se hicieron presente en el acto luctuoso, las principales instituciones culturales de la capital de la República. Se pronunciaron sentidas oraciones. Y el traslado del cadáver se realizó con cariñosa solemnidad, en hombros de colegas y discípulos del ilustre decesado.

Veintisiete días después de este sensible fallecimiento, el Grupo América le tributó a su ilustre miembro un homenaje póstumo solemne en el Salón Máximo de la Entidad. Se colocó su retrato en la Galería de Honor Institucional y se desarrolló el siguiente programa: 1º) Alocución del Sr. Presidente del Grupo, Lcdo. Humberto Vacas Gómez, que puso de relieve la alta valía moral e intelectual del señor Otero. 2º) Conferencia del socio señor Darío Guevara sobre "La personalidad y obra de Gustavo Adolfo Otero".

Estuvieron presentes en el acto la señora Hortensia Argüedas de Otero, representantes diplomáticos, miembros del

Grupo América y de otras instituciones culturales y alumnos del extinto.

Presea - Insignia del Grupo América

Entre las varias estipulaciones de acción americanista que prescriben los Estatutos del Grupo América, hay la que establece la Presea que será otorgada ocasionalmente a las personas que bregan afanosamente por la vinculación espiritual entre los pueblos americanos. Por lo tanto esta distinción se conferirá a exponentes de la cultura de los países hermanos en la comunión internacional y a miembros de la familia ecuatoriana que hayan empeñado inteligencia y dinamismo en aras de tan noble objetivo.

Precisamente, ateniéndose a este propósito, se inició la entrega de la Medalla - Insignia a la señora Hipatia Cárdenas de Bustamante, quien —aunque es de casa— ha sabido demostrar que el espíritu femenino es capaz de cumplir buenas empresas en favor de la Patria y sus más caras Instituciones.

Galería de las Letras de América

En el vasto programa de actividades que viene realizando el Grupo América, consta la de tributar una serie de homenajes a los escritores americanos que han logrado la consagración internacional. En la Galería de Honor de Países Americanos se irá colocando el retrato de una de las eminentes personalidades de cada país, y con este motivo se hará el recuento público de la obra del personaje y de la cultura de su patria. Al mismo tiempo se realizará una Exposición Bibliográfica de la Nación respectiva.

Con este empeño se pasaron notas a los señores Miembros del Cuerpo Diplomático acreditado en el Ecuador, habiéndose recibido la entusiasta aceptación de casi todos quienes están dispuestos a prestar toda la colaboración que sea necesaria de su parte. Por ello agradecemos desde estas columnas y esperamos que se pondrán de acuerdo con sus gobiernos e instituciones culturales para dar relieve a tan caro imperativo de americanidad.

Por las Glorias consagradas de la Cultura Ecuatoriana

Acogiendo la iniciativa de su Presidente, Lcdo. Humber-

to Vacas Gómez, el Grupo América tiene ya trazado un programa del testimonio de la Patria a nuestros grandes valores de la cultura que culminaron una etapa al servicio de las letras, las ciencias, las artes y la acción social. Fueron determinadas algunas personas que recibirán el homenaje y los encargados de hacer la exégesis de sus luminosas trayectorias. Se determinará una fecha para cada acto solemne en cuestión.

Homenaje a Jorge Carrera Andrade

Con ocasión de haber vuelto a la patria, por una corta temporada, el gran poeta Jorge Carrera Andrade, el Grupo América le tributó un cordial homenaje en su Salón de Honor, en la noche del 28 de mayo del año anterior. Estuvieron presentes todos los socios residentes en Quito y numerosos invitados.

El señor José Alfredo Llerena, por delegación del Grupo, presentó el saludo y al mismo tiempo trazó un esquema valorativo de la universalidad original de la poesía de Carrera Andrade.

Intervinieron también con magníficas improvisaciones, los señores Gonzalo Zaldumbide y Augusto Arias. El poeta homenajeado agradeció por medio de una pieza lírica "En el reino secreto de la Poesía".

A continuación se ofreció un cocktail en su honor, en ambiente de plena camaradería y clara admiración por la fama merecida del ilustre compatriota.

CONTENIDO

	Págs.
Duelo del Grupo América, por Augusto Arias	5
El Grupo América recibe solemnemente el Retrato de Cervantes	11
Discurso del Secretario General, Dr. Antonio Santiana...	13
Discurso pronunciado por el señor Guillermo Bustamante	15
Discurso del señor Embajador de España, Dn. Luis Soler y Puchol	20
Reseña del discurso del señor Augusto Arias	23
Homenaje a Gonzalo Zaldumbide	25
Discurso del Secretario General del Grupo América ...	27
Gonzalo Zaldumbide y su Obra Literaria, por Humberto Vacas Gómez	30
Discurso del señor Gustavo Vásconez Hurtado	42
Agradecimiento de Dn. Gonzalo Zaldumbide	48
Montalvo el Sembrador, por Darío Guevara	55
Fray Vicente Solano, por Carlos Manuel Larrea	67
Arturo Borja, Ernesto Noboa y Humberto Fierro, por Francisco Guarderas	73
Ambato y Augusto Arias, por Rodrigo Vela Barona	96
Las Letras en Ambato, por Augusto Arias	98
Poemas de José Alfredo Llerena	111
Poemas de María Natalia de Flor	115
Poemas de Alfredo Martínez	120
Gabriela Mistral, por D. G.	123
Carlos Manuel Larrea ^{NN}	125
Gerardo Chiriboga ^{NN}	127
La Academia Internacional ^{NN}	129
Juan Benigno Vela, por Antonio Lloret Bastidas.....	131
Crónica de la Institución ^{NN}	150